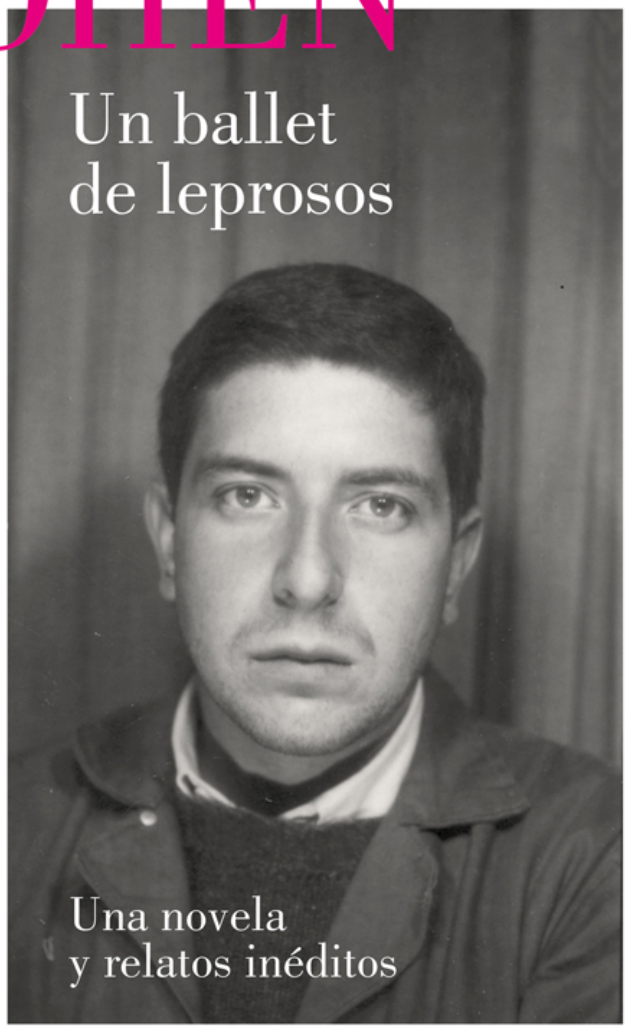
LEONARD COHEN



Un ballet de leprosos

Una novela
y relatos inéditos

Lumen

Un ballet de leprosos

Una novela y relatos inéditos

Leonard Cohen

Traducción del inglés de
Miguel Temprano García

Lumen

narrativa

Un ballet de leprosos

I

¿Acaso me contradigo?

WALT WHITMAN

Mi abuelo se vino a vivir conmigo. No tenía adónde ir. ¿Qué había sido de todos sus hijos? Muerte, decadencia, exilio… Vete tú a saber. Mis propios padres murieron de pena. Pero no debo ponerme demasiado triste al principio, o dejarán ustedes de leer y eso, supongo, es lo que más temo. ¿Quién empezaría un relato si supiese que iba a acabar cargando un carro o una cruz? La casera encontró una cama supletoria en alguna parte y la puso en mi cuarto. Subió el alquiler de nueve a once dólares. Al fin y al cabo, dijo, habrá una persona más usando el baño. Tenía razón. El pobre hombre tenía mal la vejiga y también necesitaba escupir con frecuencia. Me sorprendió lo bien que hablaba inglés. No recuerdo que mis padres lo hablasen tan bien. Cuando llegaron, se prometieron no volver a pronunciar ni una palabra más en su lengua materna. «Empezamos de nuevo, en todo», decía mi padre a menudo. Recuerdo su manera de hablar, lenta y esforzada, cuando intentaban contarse cualquier minucia el uno al otro. No creo que rompieran su promesa, ni siquiera en la intimidad de la cama. Según me voy haciendo mayor, me doy cuenta de lo gigantesco que era su aislamiento. Se negaron incluso a crear un vocabulario propio de expresiones faciales. Cada vez que mi madre intentaba usar sus preciosos ojos y las manos para describir algo, mi padre repetía: «No, no, empieza otra vez, en inglés». Ni sutilezas, ni intimidad, ni secretos:

estoy seguro de que murieron de soledad. Nunca oí hablar mucho de mi abuelo. De hecho, pensaba que había muerto. Creo que mis padres le enviaban algo de dinero al mes, pero no estoy seguro. En nuestra casa nada estaba muy claro y, además, a ellos no les gustaba involucrarme en nada que tuviese que ver con el pasado.

A finales de la semana anterior, recibí una llamada telefónica. La puerta de mi cuarto estaba cerrada, claro, y yo estaba en la única silla de la habitación contemplando Stanley Street. La noche, cada vez más oscura, empezaba a ocultar la fealdad de la calle. Incluso el torrente de automóviles enormes y absurdos se estaba difuminando en un movimiento bello y no podía distinguir las caras de los conductores al pasar. Al fondo del pasillo, sonó el teléfono. Me concentré en una pareja que había justo debajo de mi ventana. Estaba cerrada, o más bien atascada, por lo que no podía abrirla y oír lo que se decían. Era evidente que discutían. Ella se había apoyado en uno de los coches aparcados, con las manos en las caderas, inamovible. Él se plantó delante, un poco inclinado, subía y bajaba las manos abiertas con tanta frecuencia que parecía estar haciendo malabares con unas naranjas invisibles. Su movimiento empezaba a irritarme y justo en ese momento, cuando reparé en mi irritación, la joven le cogió las dos manos y se las bajó. Supongo que le gritó, como me habría gustado hacer a mí: «¡Deja de mover las puñeteras manos delante de mi cara!». Estaba abstraído en esta deliciosa observación cuando oí pasos en el pasillo y reconocí el grueso puño de mi casera llamando a la puerta. Me puse furioso. Vivir en una pensión de Stanley Street no es algo que conlleve muchos privilegios, pero siempre he intentado preservar mi intimidad allí donde voy. Lo único que pido es que me dejen en paz cuando necesito estar solo. No, por favor, no se vayan, no me refiero a ustedes. Le había dejado claro a la casera que no quería que me molestasen por las tardes. En primer lugar, porque, como acabo de decir, necesito intimidad, y, en segundo, porque siempre me ha aterrorizado que me interrumpan cuando estoy haciendo el amor con Marylin. Su llamada me puso furioso porque me había sacado de aquel drama callejero y porque había invadido mi espacio.

Aunque pueda dar estas razones, y espero no aburrirles demasiado, nunca he entendido del todo mi rabia. De hecho, a veces me asusta. Es más odio que rabia. En ocasiones como la que les cuento, me abruma, me domina, me saca de mis casillas, o tal vez sea más bien lo contrario porque, como he dicho, en esos momentos es como si me arrancaran la carne y los órganos y dejaran al descubierto mi verdadero corazón de odio y violencia. En fin, ya sé que esto tal vez no sea muy interesante, pero debo contarlo todo de mí. Quiero decir que ¿para qué estamos aquí si no? Cuando llamó, y me consumió ese odio repentino, quise gritarle, cualquier cosa, un reproche, una obscenidad, lo que fuera con tal de expresar el poder de mis sentimientos, pero tensé el cuerpo, cerré los ojos y le pregunté con voz ronca qué quería.

—Teléfono, siento molestarle, larga distancia, Nueva York, Estados Unidos —explicó—. He supuesto que querría usted hablar.

Sentí un alivio inmediato. A pesar de lo deprisa que me había consumido el odio, su explicación lo disipó. Por un instante, me regodeé en esa sensación de alivio. Observé cómo se relajaba mi cuerpo, mis ojos volvieron a abrirse y se concentraron en la pareja que discutía. Seguían en la misma postura, pero él tenía las manos en los bolsillos. Mi corazón pasó de timbal a tamtam. Una vez más, la casera me recordó lo de la llamada. Le di las gracias y me recosté en el asiento. Hace mucho que sé que estamos ciegos en mitad de un acto. La sabiduría radica en la anticipación. Especulé sobre quién podría ser y sobre cuál podía ser la naturaleza de la llamada. Me imaginé levantando el auricular, noté la forma de baquelita negra en la mano, imaginé el olor de la casera en él. Oí la voz lejana, la digerí. Una vez agotadas las imágenes en mi cabeza, me puse en pie y fui hacia la puerta. Ya me había cansado. Era como si ya hubiese ocurrido. Ahora solo faltaba un tiempo simbólico que tenía que pasar con el instrumento negro para comprobar mi deliciosa especulación. No me apetecía apretar el duro círculo contra el oído. Oiría una sola voz y antes había oído y diseccionado un coro. Recibiría solo un mensaje y antes había recibido noticias, veredictos, leyes, prohibiciones y secretos. Dije mi nombre en el auricular perforado.

—¡Ah! —exclamó una voz, con un marcado acento extranjero—, qué alegría haberle encontrado por fin.

—¿Encontrado?

—Sí, sabíamos que tenía un nieto, un nieto en Montreal. ¿Su padre se llamaba Frederik?

—Sí, así se llamaba.

—No puede quedarse más tiempo con nosotros. De verdad. Si tuviésemos el dinero…, pero no lo tenemos y además ni siquiera somos familia. Cuando su padre enviaba el dinero, era distinto. Le tenemos afecto, se lo aseguro, es un anciano muy agradable. Pero ahora es demasiado trabajo para mi mujer, ya no puede cuidar de él.

—Un momento. ¿Me está diciendo que mi abuelo está viviendo con ustedes?

—Sí, sí, ya se lo he dicho. Incluso cuando dejaron de pagar, le dejamos quedarse. Le tenemos afecto, pero es demasiado trabajo. Está enfermo, necesita cuidados.

—Sí, sí, claro. ¿Cómo han sabido de mí?

—El viejo nos dijo que tenía familia en Montreal. Recordó su nombre, lo había escrito en algún sitio, estaba en una carta que debió de enviar su padre, vimos su nombre en ella. Frederik era su padre, ¿no? En un hotel, buscamos su nombre en la guía telefónica de Montreal.

—Sí, sí, después de tanto tiempo, es extraordinario.

—No nos habría importado que se quedara, incluso sin el dinero, pero mi mujer también está enferma y cansada. Oiga, no podemos seguir hablando, la larga distancia es muy cara. Él sabe que no podemos seguir cuidándolo y quiere irse con usted. Quiere estar con su familia. ¿Lo acogerá usted?

—Tengo muy poco sitio, solo una habitación, pero por supuesto debe venir aquí.

—Bien, bien, es usted un buen nieto. Ya le hemos comprado el billete de tren. No podemos ir con él. Lo subiremos al tren y usted puede ir a recogerlo en Montreal. Aquí dice que el tren llegará el miércoles por la noche a las once en punto. Vaya a recogerlo, se alegrará mucho. ¿Lo ha

entendido?

—Sí, a las once en punto, el miércoles por la noche. ¿Cómo lo reconoceré?

—Es un anciano, un anciano. A menudo dice que es usted clavado a él.

—Muy bien. Allí estaré. Y quiero darle las gracias por todo lo que han hecho, usted y su mujer, espero que se mejore.

Pero colgó antes de que pudiese terminar la frase. Comenté la situación con la casera que de todos modos había estado escuchando la conversación; enseguida acordamos lo de la cama supletoria y el aumento del alquiler. Volví a mi habitación y me senté delante de la ventana. Ciertamente no me lo esperaba. Bueno, a veces ocurre lo inesperado. Poco a poco, noté que recuperaba un profundo amor familiar, un vínculo que unía a unas generaciones con otras. Me apetecía conocer a mi abuelo, compartir con él mi cuarto y mi comida, era de mi propia sangre, de mi propia estirpe. ¿Qué aprendería?, ¿qué fuerza descubriríamos el uno en el otro? Teníamos que estar juntos. ¿Qué hacía pasando sus últimos días con desconocidos? Una agradable sensación recorrió todo mi cuerpo. Un antiguo amor había vuelto para llevarme con los míos, llenaba toda la calle, se mezclaba con la noche y la volvía fragante. Y, como para confirmar mis sentimientos, la pareja al pie de mi ventana, aunque ya casi ni la veía, dejó de discutir y se abrazó. Un hombre se les acercó y ellos se alejaron. Estaban apoyados en su coche. Me puse en pie y me fui a la cama. Me planté delante y me imaginé tumbado en ella. Me tumbé y cerré los ojos, mezclando los colores en un mundo de amor, recreando el cuerpo de Marylin a partir de las sombras, esperando su llegada con paciencia renovada. ¿Adónde había ido la pareja abrazada? ¿Adónde había ido el dueño del coche? A seiscientos cuarenta kilómetros de allí debían de estar haciendo las maletas de un anciano. Oí los pasos de ella en las escaleras exteriores.

II

—Qué ardiente eres —dijo Marylin—. Esta noche eres mi ardiente enamorado. Esta noche, somos personas y animales, aves y lagartos, piedra y agua, barro y mármol. Esta noche somos gloriosos y viles, nobles y humillados, bellos y repulsivos. Nuestra boca brilla con la humedad del otro. El sudor es un perfume; los gemidos son oro; los jadeos, campanas; los escalofríos, plata. No habría cambiado esto por los estragos del más bello de los cisnes. Por eso, antes de nada, he venido a verte. Por eso he dejado a los demás, a los cientos que intentan agarrarme el tobillo con manos torpes mientras corro a tu lado.

En la oscuridad, la acaricié mientras hablaba, deleitado con su poesía, disfrutando del poder y los halagos, con su cuerpo sumiso, su voz siempre exaltada, siempre cariñosa.

—Siempre —exclamé en voz alta.

Este es el tipo de juego romántico al que jugábamos en nuestros mejores momentos. En los peores, no era un juego, sino un combate enconado. Se soltó de mi brazo y se puso de pie en la cama. Pensé en las piernas de mármol y en las rodillas de un coloso de piedra. Extendió los brazos a la altura del hombro.

—Cristo de los Andes —exclamó.

—De los mismísimos Andes —insistí.

Me arrodillé a sus pies, y acaricié su delta con la nariz.

—Sáname, sáname —dije con un falso tono de súplica.

—Sáname tú —exclamó riéndose y desplomándose sobre mí. Y apoyó el rostro en mi barriga.

Por fin, cuando guardamos silencio, dije con voz solemne:

—Mujer, eres libre de tu enfermedad.

Ella se incorporó, fue hasta la mesa y encendió la vela de mi candelabro mexicano de latón. Sosteniendo la luz por encima de la cabeza, como un símbolo religioso, volvió al lado de la cama y me cogió la mano.

—Ven conmigo, mi bestia, mi amante, mi destructor —canturreó—. El espejo, eunucos, el espejo.

Nos plantamos delante del espejo y ella pasó la luz de la vela sobre nosotros como un pincel suave y luminoso.

—¿Quién dirá que no somos bellos? —me desafió ella.

—Cierto —respondí yo—, ¿quién?

Observamos uno o dos minutos nuestros cuerpos de treinta y cinco años. Y lo cierto es que en ese momento nuestra carne, una carne que todos sabemos que muere deprisa y de forma poco agradable, era bella. Puso el candelabro en una mesa que había cerca y, sin dejar de contemplar nuestra imagen en el espejo, nos abrazamos con cuidado.

—Al fin y al cabo, la vida no nos ha pasado por alto —dijo.

Deseé que no le diera por ponerse a reflexionar, un proceso que a menudo nos entristecía. Me senté en la silla delante de la ventana y ella en mi regazo.

—Somos amantes —empezó, como si estuviese enunciando los axiomas antes de plantear una proposición geométrica—. Si una de esas personas de la calle alzara la mirada, alguien con muy buena vista podría ver a una mujer desnuda en brazos de un hombre desnudo —continuó—. Esa persona se excitaría en el acto, ¿no?, igual que nos excitamos nosotros cuando leemos una descripción sexual sugerente en una novela. —Torcí el gesto al oír la palabra «sexual». No hay una palabra menos indicada cuando dos personas están entrelazadas en un abrazo sexual—. Y así es como intentan verse el uno al otro la mayor parte de los amantes —prosiguió—, incluso después de largo tiempo de intimidad. —«Intimidad» era otra de esas palabras—. Es un gran error —dijo—. La emoción de lo prohibido, la emoción de portarse mal, se agota enseguida, y los amantes se aburren el uno del otro muy rápido, sus identidades sexuales se vuelven más y más indefinidas hasta que se

pierden del todo.

—¿Y qué otra posibilidad hay? —pregunté, cada vez más irritado.

—Pues hacer que sea emocionante lo que está permitido —respondió —. El enamorado debe familiarizarse totalmente con su enamorada. Debe conocer todos sus movimientos, el temblor de sus nalgas al andar, la dirección de cualquier minúsculo terremoto cuando hincha el pecho, la amplitud de sus muslos cuando se extienden como lava al sentarse, debe conocer el súbito encogimiento de su estómago justo al borde del clímax, cada huerto de pelo, rubio y moreno, el sendero de poros de la nariz, los mapas de vasos sanguíneos de los ojos, el particular color de los labios, parecido a una herida. Debe conocerla de manera tan completa, tan a fondo, que se convierta en efecto en su propia creación. Él ha moldeado la forma de sus miembros, él ha destilado el olor que ella exhala. Ese es el único tipo de amor sexual que triunfa, el amor del creador por su creación; en otras palabras, el amor que siente el creador por sí mismo. Ese amor puede cambiar, puede evolucionar y sobreponerse a la agonía y al éxtasis, la traición no afecta a su lealtad ciega, puede cambiar, pero nunca disminuye.

Mientras me decía esas palabras su voz se fue cargando de emoción. Pronunció las últimas frases con una especie de frenesí extático. Yo había dejado de acariciarla, el uso repetido de términos clínicos casi me había asqueado. Ella reparó en que me había apartado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué has dejado de abrazarme?

—¿Por qué siempre tienes que hacer lo mismo? —empecé, con la voz ronca y un nudo de rabia en la garganta—. ¿Por qué siempre tienes que hacer lo mismo? Acabo de hacer el amor contigo. Nos hemos dado amor y alabanzas. ¿No podías sentarte conmigo sin más y disfrutar de los efectos del placer y de la paz que sigue a la expresión? ¿Tenías que empezar la operación, la autopsia? «Sexual», «intimidad»…, quiero estar tumbado contigo en brazos. «Destilar», «exhalar»…, ¿es esto una destilería? No quiero memorizar todos los paisajes, quiero sorprenderme, de vez en cuando, con un nuevo estremecimiento. Quiero sorprenderme, de vez en cuando, con un gemido más profundo que los otros. ¿Adónde vas?

Se puso en pie delante de mí. El candelabro perfilaba su boca endurecida por la rabia.

—«Un nuevo estremecimiento», «un gemido más profundo que los otros» —se burló—. Dios, eres un idiota, un idiota como la otra docena de hombres con los que me he acostado. Sí, una docena de hombres como tú, que querían hacer el amor en la oscuridad, en silencio, con los ojos cerrados, los oídos tapados, la carne amortajada. Hombres que se cansaron de mí, y yo de ellos. Y ahora me vienes con uno de tus estúpidos, intolerables y frecuentes ataques de rabia porque quieres algo distinto para nosotros. No sabes la diferencia entre la creación y la masturbación. Y existe una diferencia. No has entendido ni una palabra de lo que te he dicho.

—¡Palabrería! —grité, no con enfado sino con desesperación—. Palabrería, palabrería, palabrería —balbucí, ay, Dios.

—No sabemos ni lo que estamos diciendo —dijo, ya sin rabia.

—¿Por qué no te has quedado sin más entre mis brazos?

—No tienes arreglo —dijo—. ¿Dónde están mis cosas?

La observé con la mente en blanco mientras se vestía, no, en blanco no, entumecida. Y mientras se vestía, mientras cubría su carne suave, un área tras otra, el entumecimiento aumentó, inundó mi garganta como un viento o un éter, disolvió la protección de mi piel hasta que me mezclé con el aire de la habitación, me convertí en parte de la habitación inanimada. Fue hacia la puerta. Anticipé el ruido del terrible pestillo. Se detuvo, con la mano en el picaporte.

—Quédate —susurré.

Corrió hacia mí y me abrazó. La textura de su ropa me pareció rara contra la piel. Me humedeció la mejilla y el cuello con sus lágrimas.

Ella también habló con un susurro.

—No tenemos tiempo para hacernos daño, no somos niños, nos hacemos viejos, a quién le importamos en la calle de abajo, ningún conductor apagará las luces por nosotros. Me da miedo que lo hayamos rechazado todo, no somos parte de nada. Nos conocimos fuera de la ciudad.

—No llores, no llores, no llores. —Le acaricié el pelo—. Perdóname,

perdóname, eres muy guapa, eres una mujer muy guapa.

—No podemos cansarnos el uno del otro —imploró—, no podemos, no podemos. Estoy muy cansada. No quiero tener más líos, no quiero conocer a nadie más, solo quiero conocerte a ti.

Durante su momento de pesar, volví a dominarme. He comprobado muchas veces en mi vida que solo al enfrentarme a las emociones ajenas puedo confirmar mi propia estabilidad. Su pesar me reconfortó, me volvió viril y compasivo. La llevé a la cama. Estaba sollozando, era el sollozo entrecortado de una niña.

—Soy tan vieja, Dios mío, soy tan vieja...

Se tumbó entre mis brazos desnudos.

—Eres muy guapa —mentí compasivo—. Siempre lo serás.

Se quedó dormida enseguida entre mis brazos, su cuerpo contra el mío, en cierto modo más pesado que nunca. Fue como si estuviese lastrada e hinchada por el pesar. Soñé con un enorme abrigo que me echaba sobre los hombros un hombre que lloraba en un carro volador. Por la mañana se había ido, como de costumbre, antes de que yo me despertara.

III

Debo confesar que no me gustó nada el numerito de Marylin esa noche. Parecía decidida a destruir nuestra sencilla relación con análisis clínicos y declaraciones absurdas y fútiles. ¿Por qué tenía que traer ese parloteo sobre la pena a nuestros amoríos? ¿Es que no había suficiente dolor sin necesidad de enunciarlo, suficiente dolor sin tener que diseccionarlo? Ella sabía muy bien que, en algún momento, antes o después, tendríamos que despedirnos: el cansancio y el aburrimiento nos separarían. ¿De qué servía fingir o idear tontas teorías sobre un amor basado en una familiaridad total? ¿Por qué íbamos a ser distintos de los demás? Quienes intercambian promesas de eternidad se separan con la misma seguridad que quienes tienen la honradez de guardar silencio. El amor es constante, solo cambian los amantes. A veces lo imagino como un juego de sillas musicales. Cuando la música cesa, unos pocos, muy pocos, desdichados, no pueden seguir en la partida; los demás encuentran donde sentarse antes de que vuelva a empezar la música. En la refriega, claro, hay rodillas y corazones magullados, incluso una paliza o un asesinato y la literatura se forma con esas víctimas, pero por lo general una silla es tan buena como cualquier otra. Y no digo que eso no sea triste. Todo el mundo sabe que lo es, pero no hay por qué proclamar esa tristeza. Es como la tristeza al final de una agradable comida con amigos en un país próspero o como el abrazo de dos hermanos en una ciudad desgarrada por la guerra civil. Marylin tiene razón, es cierto que nos conocimos fuera de la ciudad, pero, en cierto sentido, todo el mundo está fuera de la ciudad. Además, ¿dónde está la ciudad? Ya no tiene murallas. Nunca antes los ricos y los pobres habían compartido tantas cosas, ni los sanos y los enfermos habían vivido tan

cerca. Hace mil años, un poeta chino escribió: «El mundo estafa a quien carece de rango». Y es cierto que no tengo rango. Es mi tercer trabajo de oficinista en tres meses y Marylin, una mujer con cinco mil buenos libros a su espalda, no es más que una simple dependienta en Eaton's. ¿Y qué? ¿Qué diferencia de función hay? Con rango o sin él, creo que la mayoría de la gente lleva una existencia subterránea, solo que el viento ha arrancado el tejado de la cripta y todo ha quedado expuesto, aunque eso no cambie nada. Y Marylin tendría que haber sabido que en una ciudad sin murallas como esta, donde los enfermos y los sanos van de la mano, debería dejar su campana de leprosa y bailar con cualquiera que se lo pidiera. Eso pensé mientras esperaba en la estación de ferrocarril abarrotada y calurosa el tren que me traía a mi abuelo.

IV

Me mantuve en mi puesto mientras la muchedumbre del andén salía por las puertas que daban a la estación. Hacía mucho que no estaba en un sitio así y me sorprendió la felicidad que vi a mi alrededor. Siempre había recordado las estaciones como lugares deprimentes, pero había cientos de hombres, mujeres y niños saludándose, abrazándose, intercambiando regalos, todos con caras llenas de promesas. Busqué a mi abuelo, muy consciente ya de mi impaciencia, deseoso de saludarlo y de abrazarlo, con ganas de participar en ese encantador espectáculo de alegría humana. Al día siguiente, podrían volver a empezar las riñas y la insatisfacción, pero esa noche todo el mundo era bienvenido en su casa. ¿Dónde estaba, dónde estaba mi abuelo? La muchedumbre empezó a dispersarse, las familias y los equipajes salieron por la puerta giratoria en dirección a la calle. Busqué a un anciano que estuviese buscándome. Tal vez le hubiese pasado algo: era un anciano, el trayecto en tren era largo, todo era posible. Tendrían que haberlo acompañado, pensé con amargura; ¿a quién se le ocurre dejar a un anciano hacer ese viaje solo? Lo imaginé en el vagón recalentado, recostado contra los sillones amarillos de mimbre, aspirando entre jadeos el aire cargado.

Vi a un pequeño grupo de personas en la otra puerta y fui a investigar. Encontré a mi abuelo en mitad del grupo y lo reconocí en el acto. Tenía el mentón pronunciado de mi padre y sus grandes ojos turbios. Su rostro estaba surcado por unas arrugas increíblemente profundas, como si le hubiesen puesto la cara en una parrilla al rojo vivo. Su nariz empezaba siendo recta, pero luego se convertía en un desdichado bulbo, con grandes poros y cubierto de venillas azules. El

traje le quedaba grande, la chaqueta colgaba como una capa sobre sus hombros anchos y llevaba una enorme y deslustrada leontina en el chaleco. Se apoyaba con ambas manos en un bastón curvo. Estaba escupiéndole a un policía que lo sujetaba por el brazo.

—Aquí está prohibido escupir —dijo el policía—. Va contra la ley, hay un cartel en dos idiomas: «*Défense de cracher*. No escupir, multa de cuarenta dólares».

Era evidente que mi abuelo no entendía ni una palabra de lo que decía el policía. Creo que lo único que entendió fue que este quería prohibirle escupir, algo que le parecía intolerable, así que había empezado a cubrir de saliva los zapatos del policía. La gente, muy divertida, se puso de parte de mi abuelo.

—Ahóguelo —dijo uno.

—Métase con uno de su tamaño —dijo otro.

—Mire detrás —añadió un tercero—, alguien está intentando robar el tren.

El policía sujetó con más fuerza el brazo del anciano.

—Va a tener que venir conmigo —dijo, haciendo caso omiso de las pullas.

—Rematelo, abuelo —dijo uno.

—Y en este rincón, con pantalón azul y una placa de latón…

—¿Qué? ¿Qué? —preguntaba mi abuelo sin cesar.

Me abrí paso entre la muchedumbre que se iba formando en torno a aquel divertido altercado.

—Agente —dije—, este es mi abuelo.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó mi abuelo.

—Soy tu nieto —le dije, golpeándome despacio el pecho con el dedo índice.

—¿Qué? ¿Qué?

Se adelantó hacia mí, aprovechando que el policía le había soltado el brazo, y me observó con cuidado, con su cara muy cerca de la mía.

—¿Tú? —preguntó.

—Sí, sí —respondí con cierta impaciencia—, soy tu nieto. Es muy mayor —le dije al policía.

—Mire mis zapatos —dijo el policía—, si este hombre está a su cargo, va a tener que venir usted también. Escupir va contra la ley, lea ese cartel y mire mis zapatos.

—Bobadas —terció alguien—, el alcalde le dará otro par.

—Los zapatos tenemos que comprárnoslos nosotros, y son caros —contestó el policía con aires de superioridad.

Mi abuelo me abrazó. Tenía lágrimas en los ojos. Dio un paso atrás, moviendo la cabeza arriba y abajo con un gesto afirmativo. Movió la mano hacia mí, apelando a la muchedumbre. Hasta el policía pareció conmovido por esa escena de reconocimiento.

—Feliz Navidad, que Dios nos bendiga a todos —dijo un joven que parecía un estudiante universitario.

Luego mi abuelo fue hacia el policía y con un gran «fuap» le escupió en la cara. El viejo se desternilló de risa. Muchos de entre la multitud se rieron. Yo me quedé petrificado.

Lo que pasó a continuación ocurrió tan deprisa que dejó a todo el mundo perplejo. Por un segundo, el policía no se movió, con el rostro pálido de rabia. Luego cogió a mi abuelo de las solapas y lo zarandeó con violencia mientras le gritaba algo que no pude entender. Mi abuelo no dejaba de reírse, se lo estaba pasando en grande y empezó a moverse arriba y abajo acompasado con los movimientos del policía. Yo estaba a punto de intervenir en ese baile absurdo cuando de pronto mi abuelo dio un paso atrás, sujetó el bastón con las dos manos y golpeó con un ruidoso zas al policía en la sien. Incluso en la agitación del momento, recuerdo haber reparado en la agilidad y la elegancia con que mi abuelo había llevado a cabo su ataque. No cabía en sí de alegría cuando el policía se desplomó en el suelo de mármol con una peligrosa herida en la frente. Bailó a su alrededor, moviendo el bastón como un estandarte, y escupió sobre el hombre mudo y dolorido. Los espectadores se quedaron atónitos por aquella extraña exhibición de violencia. Noté que sus simpatías cambiaban al instante hacia el caído y no supe qué esperar de ellos. La violencia es contagiosa, y habían estado expuestos a una gran dosis. ¿Imaginé sus rostros empezando a contraerse en expresiones de furia? Cogí la mano de mi abuelo y me

abrí paso entre la multitud, que se apartó sin protestar mientras huíamos.

—Por el amor de Dios, ¡que alguien le ayude! —oí gritar a una voz mientras salíamos por la puerta giratoria hacia la calle.

La noche nos ocultó. Las farolas no funcionaban en ese lado de la calle y nos sumergimos en la oscuridad, mi abuelo aferrándose a mi mano y riéndose mientras corría. Miré atrás y no me pareció ver ningún alboroto fuera de lo normal bajo la marquesina de la estación, así que aflojamos la marcha y seguimos andando. Intenté soltarme la mano, pero él insistió en sujetarla. Se detuvo en un callejón a unos metros de la entrada a un restaurante y se internó en las sombras. Lo oí orinar. Me quedé allí incómodo, esperándolo, mirando el reloj como si mi cita llegase tarde. Dudé de si los peatones podían oírlo. Por fin salió y volvió a cogerme de la mano. Mientras subíamos la calle hacia mi cuarto, empezó a jadear y por primera vez acusó los efectos del viaje en tren y del enfrentamiento en la estación. Colgó el bastón en una farola al pasar y se rio y bailó un poquito. Yo también me reí, en cierto modo muy orgulloso del anciano.

Subimos despacio las escaleras hasta la pensión, él solo podía subir los escalones de uno en uno. Siguió cogiéndome de la mano y solo me soltó una vez para darme unas palmaditas y murmurar algo que sonó como: «Buen chico». Cuando llegamos al balcón, se asomó y escupió a la calle, guiñándome el ojo. En cuanto entramos en la habitación, se desplomó en mi cama y, al cabo de unos segundos, se quedó dormido sin quitarse los zapatos ni la ropa.

Me planté delante de la ventana, con el viejo roncando detrás de mí, haciendo un esfuerzo por organizar mis propios sentimientos sobre los sucesos de la tarde. Me alegraba ser su nieto, una emoción que no alcanzaba a entender del todo. Con provocación o sin ella, había actuado de un modo brutal en la estación de ferrocarril. Había bailado alrededor del cuerpo de un hombre al que acababa de hacer daño. Había orinado en un callejón a pocos metros de la gente, un acto que normalmente me habría asqueado. Pero en ese momento no me sentí asqueado. En realidad, me reí con una especie de admiración. El

vínculo de la sangre me pareció más importante que ninguna otra cosa. El vínculo de la familia, el vínculo del amor. Me tumbé en la cama que habían preparado para él. Un coche que hizo un cambio de sentido en la calle arrojó por un instante dos haces de luz blancos en la habitación oscura, el conductor aceleró el motor y la luz desapareció. Me incliné y cogí a mi abuelo de la mano. Se despertó con un gruñido.

—Abuelo, abuelo —empecé, mi voz creó sus propias palabras mientras mi cerebro escuchaba con interés y aprobación—, siento despertarte, quiero darte la bienvenida, antes no he tenido ocasión, quiero decirte lo feliz que estoy de que hayas venido a vivir conmigo.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó, mientras se incorporaba.

—Me alegro de que estés aquí —dije despacio, subrayando cada palabra—. Me alegro de que hayas venido a vivir conmigo. No tengo muchas cosas, pero lo compartiremos todo.

—Duerme —dijo, señalando la noche afuera.

—Sí —coincidí, dándole unas palmaditas en la mano—, mañana intentaremos hablar. Ha sido una noche muy larga.

—¿Qué ¿Qué? —dijo, apartando la mano con brusquedad.

—Duerme.

—¡Ya! —dijo, quitándose los zapatos.

—Buenas noches —dije, y «Buenas noches» fue el eco silencioso del cuarto donde guardaba mis posesiones, «Buenas noches» respondió la calle en la que casas y almacenes formaban un desfiladero.

Me lo sabía de memoria, «Buenas noches» era el gemido del policía dolorido en su sueño agitado. Unos limpiadores negros fregarían la sangre del mármol. Los trenes seguirían yendo y viniendo a través del dorso dorado de los trigales de Canadá, descendiendo por escaleras de acero hacia Estados Unidos. Marylin me querría durante una temporada. Alguien cuidaría y cosería una frente herida. Deteniéndome a las puertas del sueño, me pareció notar que mi propia frente sangraba, pero era solo sudor. Con mi abuelo al lado, por alguna razón que no quise investigar, acompasando mi aliento al suyo, por fin formaba parte del palpitante mundo del amor.

V

No sé si conseguiré que el resto de lo que tengo que contarles resulte creíble. Cuando rememoro esa época de mi vida que estoy obligado a describir, veo que estaba infectada por una especie de locura, esa locura que infecta las casas y las naciones divididas por una guerra. En realidad, no quiero entenderlo, porque al entenderlo tendré que revivirlo y no podría soportarlo. Al contarlo solo busco que ustedes me quieran.

A la mañana siguiente, mi abuelo y yo nos despertamos pronto. Se sentó en la cama y me hizo un gesto con la cabeza. Se alisó el pelo blanco amarillento con la palma de la mano. Los dos habíamos dormido con la ropa puesta y el ambiente en la habitación estaba cargado. Me había olvidado de abrir la ventana que no estaba atascada. Se levantó de la cama y fue a la que sí lo estaba. Lo vi con más claridad bajo la luz matutina. En ese momento, mientras forcejeaba con la ventana, parecía mucho más viejo y frágil. Me fijé en el gran parecido que tenía con mi padre, el cráneo grande y redondeado, la mandíbula caída e incluso los hombros, aunque ahora encorvados, daban a entender que en otra época habían sido fuertes y erguidos.

—La ventana está atascada, abuelo —le dije.

No hizo caso y siguió forcejeando. Luego cogió un pequeño busto de Byron en bronce que yo tenía en el alféizar y rompió el cristal.

—¡No! —exclamé, mientras corría a su lado—. No puedes hacer eso.

Pero ya estaba hecho. Quitó los trozos de cristal que quedaban en el marco y los tiró a la calle. Reparé, con alivio, en que la calle estaba vacía. Se abrió la chaqueta y el chaleco y se aireó con la brisa que entraba ahora por la ventana rota. Yo también me deshice el nudo de la

corbata y disfruté del frescor. Era su segundo acto de violencia en las pocas horas que hacía que lo conocía. Y, al igual que el primero, este parecía tener su propia lógica. Un policía le había humillado, así que había respondido. Una ventana atascada se le había resistido, así que la había roto. No me sorprendió lo más mínimo. «La casera se llevará un disgusto», pensé vagamente. Se asomó a la ventana y escupió en la acera, con la cabeza y los hombros asomando por el marco vacío: una gárgola goteante sobre la calle. Preparé el desayuno en el hornillo. Comió muy despacio y masticando con mucha dificultad, cortando la comida en trocitos ridículamente pequeños, llevándose cada pedazo a la boca con el tenedor como una grúa muy lenta. Después del desayuno parecía exhausto y volvió a tumbarse en la cama. Hurgó en el bolsillo de la chaqueta, sacó un tíquet de la consigna y me lo enseñó. Le dije que intentaría ir a buscar su equipaje a la hora de comer, pero no me oyó: se había quedado dormido. Dejé la habitación en silencio, igual que una madre al salir del cuarto de un niño enfermo que duerme. La casera me estaba esperando en el pasillo.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó—. ¿Ha roto la ventana?

—La que no se abría, la hemos roto mi abuelo y yo al intentar abrirla. Yo pagaré el arreglo, no se preocupe. Estaba pensando si podría vigilarlo mientras voy a trabajar, ya me entiende, y enseñarle la casa si necesita saber dónde están las cosas.

—Pues claro —dijo, con una expresión inquisitiva en el semblante—. Yo cuidaré de él.

Se marchó de puntillas.

Durante el descanso para el café, el joven que trabaja conmigo en los libros miró mi traje arrugado.

—Espero que no te importe que lo diga —dijo en voz baja—, ya sé que eres mayor que yo y demás, pero no creo que al señor Rand le guste la ropa que llevas.

—Caramba, eso es muy grave —dije—. No debemos ofender al señor Rand.

—No —dijo, muy serio—, no debemos. Anoche iba en la misma dirección que yo y me acercó a casa en su coche. Dijo que lo primero

que miraba en un hombre era el traje que llevaba. «Dice mucho de la gente», comentó. «Mire a ese tipo que trabaja con usted», añadió, «se nota que no llegará a nada. Será contable toda la vida. ¿Quién va a darle un ascenso si se presenta cada día como si hubiese dormido con la ropa puesta?».

—Es que lo hago —dije.

—¿El qué? —preguntó.

—Dormir con la ropa puesta. Siempre duermo con la ropa puesta. Así me ahorro tiempo por la mañana. Son diez minutos más de sueño.

—Bueno, solo te cuento lo que me dijo. Supongo que ya eres mayorcito para saber lo que haces. ¿Te gusta este traje? Fui hasta Plattsburg para comprarlo. Mira, tiene tres botones, un corte en la espalda y casi no lleva hombreras. Es lo que está de moda en Estados Unidos. Se llama «estilo de Madison Avenue», es una calle de Nueva York, bueno, supongo que ya lo sabes.

—Es muy bonito. Debe de ser caro, ¿no?

—Casi el salario de una semana. Voy a tener que gastar menos en vacaciones. Pero lo considero una inversión. Llama la atención, en el buen sentido, quiero decir.

—¿Te has fijado en el traje que llevaba el señor Rand esta mañana?

—Pues sí, uno marrón, creo —respondió, como si la pregunta fuese irrelevante.

—¿Y cuántos botones tenía? Eso es, dos botones, solo dos botones. Por lo visto al señor Rand dos botones le parecen suficientes. Y, por supuesto, te habrás fijado en que tenía muchas hombreras, muchas. Yo creo que no le gusta su físico.

—¿Qué estás intentando decir?

—El señor Rand no va en coche a Estados Unidos a comprarse la ropa. El señor Rand no ha oído hablar de Madison Avenue. El señor Rand compra en Eaton's y siempre está atento a las rebajas.

—¿Quieres decir que tal vez no le guste la idea de un traje tan elegante?

—Una regla general de la jerarquía es que el esclavo no debe ir mejor vestido que su amo.

—Igual tienes razón. No lo había pensado.

Cuando volvió a su escritorio, reparé en que se había quitado la chaqueta.

—Gracias —me dijo después—, no se habrá dado cuenta, ¿verdad?

—Creo que por esta vez te has librado —respondí.

Más tarde, cuando salíamos a comer, comenté:

—¿Sabías que mi abuelo orina en la calle?

—¿Qué dices? —replicó—. Vaya cosas me cuentas.

—Mi abuelo, seguro que ni siquiera sabías que tenía un abuelo, no solo orina en la calle, sino que escupe indiscriminadamente, rompe ventanas y ataca a los policías.

Había elevado la voz.

—Será mejor que hables más bajo —me dijo mientras íbamos hacia el ascensor—. Tenemos detrás al señor Rand.

—¿Qué decías antes del señor Rand? —pregunté con un susurro teatral—. Que tiene muy mal gusto. Yo no opino lo mismo. Siempre me ha parecido que el señor Rand tiene mucho gusto.

—Por el amor de Dios —murmuró desesperado—, calla, por favor. ¿Qué estás haciendo?

Los tres entramos juntos en el ascensor.

—Espero que hayan pasado ya los problemas con tu abuelo —le dije al joven.

—¿Qué problemas son esos, hijo? —preguntó benévolo el señor Rand.

El joven tartajeó con el terror pintado en el rostro.

—El anciano —intervine—, en realidad no tendría que haberlo sacado a relucir, en fin, se exhibe en la calle.

—¡Ay! —exclamó el señor Rand—, pobre anciano. —Le dio unas palmaditas al joven en el hombro—. Todos tenemos responsabilidades, ¿verdad?

—Sí, señor —se las arregló él para responder.

Cuando salimos del ascensor le dije:

—Espero que no tengas frío sin la chaqueta.

Me miró como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—Sí —intervino el señor Rand, duplicando el paternalismo de mi voz —, hace bastante fresco y recuerde lo que le dije ayer sobre la apariencia de las personas.

Me echó una mirada.

Cuando el señor Rand se marchó, el chico estaba casi sollozando.

—¿Por qué me has hecho eso, qué intentabas hacer? ¿Qué clase de persona crees que pensará el señor Rand que soy? Un abuelo que se exhibe en la calle, apariencia descuidada. Vete a saber qué opinará ahora de mí. ¿Qué tienes contra mí?

—La verdad es que no lo sé —le dije con sinceridad—. Eres tonto, feo y asustadizo, pero hasta ahora no me había importado. No, la verdad es que no lo sé. De hecho, no tengo nada contra ti. Te deseo toda clase de éxitos. ¡Ojalá te vaya muy bien!

—No puedes hablarme así. Tienes el mismo trabajo que yo. ¿Quién te crees que eres? Debes de andar por los cuarenta años y mira el trabajo que tienes.

—Ahora eres tú quien está siendo cruel. —Esbocé una sonrisa amable.

—¡Ah!, yo estoy siendo cruel después de cómo me has hecho quedar delante del señor Rand. Mírate, con tu traje sucio, tienes suerte de que no te dé un puñetazo.

Quiero registrarlo todo tal como ocurrió, sobre todo mis sentimientos. El joven había introducido la idea de la violencia en la conversación. De pronto, todo el absurdo episodio en que yo estaba participando se volvió más claro. El joven se había entrometido en mi vida, se había entrometido al trabajar a mi lado, se había entrometido al hablarme, al fijarse en mi ropa, al hablar de mí con Rand, al implicarme en su repugnante oportunismo. Por supuesto, la culpa no era suya; eran las circunstancias. Pero no se castiga al viento por traerte una plaga de langosta a casa. Se queman las langostas. «Castigo», «violencia»: las dos palabras jugaban como animales apareándose en mi cerebro. Vi a mi abuelo, no decrépito como estaba ahora, sino como una figura rutilante, escupiendo con desprecio sobre nuestras tumbas de hormigón, atacando con valor a la autoridad ciega, rompiendo las

ventanas permanentemente empañadas que impiden que entre el olor de la calle. Violencia: el acto poderoso y espontáneo, cortar, eliminar, castigar, enseñar. Lo sujeté por los hombros y lo empujé contra la pared del edificio en el que trabajábamos. Mi gesto repentino lo asustó.

—Mírame bien —le dije despacio y con saña.

En la calle, los transeúntes no nos hacían el menor caso.

—Mírame, mírame bien. Mira lo sucias que están mis uñas, lo amarillos que están mis dientes, mi traje es viejo y está sucio y sin planchar. ¿Sabes qué significa todo eso? Significa que no tengo nada que perder. Significa que podría romperte el cuello contra esta pared y que me juzgaran públicamente en televisión y me ahorcaran en el Fórum antes de un partido de hockey y a nadie le importaría una mierda más que a ti. Significa que estoy sucio y soy un fracasado, y que no tengo adónde ir y que, de todas las personas con las que me cruzo por la calle, te he escogido a ti para llevarte conmigo. Significa que no soy nada y que tú has tenido la mala suerte de haber acabado en un escritorio al lado del mío. Significa que estoy a punto de vomitar por este estúpido episodio.

Me embargó una oleada de repugnancia por él, por mí, por la calle y por los transeúntes. No sé qué había pensado hacer, pero no pude seguir. Le solté los hombros. Y él, avergonzado por el miedo que había demostrado, soltó una risa forzada.

—¡Ja, ja! Ya entiendo, era broma, ¿eh? Ya lo pillo.

—Eso es —respondí—, una broma, y ahora lárgate.

Soltó otra risa nerviosa y se alejó deprisa calle abajo.

VI

¿Qué me estaba pasando? ¿Me estaba pasando algo? Tal vez ese haya sido el mayor error de mi vida: creer que algo estaba cambiando, que estaba tomando una nueva dirección. ¡Menuda idea!; ¡qué ilusión para quienes están atados a la rueda! No hay hombre que no haya fantaseado con la violencia. El poder a través de la violencia, ¡qué sueño tan embriagador! Los regimientos con tus símbolos en los estandartes, las columnas de vehículos blindados capitaneados por serios oficiales de ojos entornados que paralizan ciudades hostiles como agujas hipodérmicas clavadas en el centro vital, la guardia personal, bella y entregada, los jóvenes, las canciones, la armadura, los violinistas, el fuego en el agua, el compromiso, el juramento, la promesa, el pacto, y lloro por mi esforzada nación por ser yo el instrumento de todo esto, ayudadme, mis lugartenientes, ayudadme a salir al balcón, debo dar gracias al pueblo, está de pie llorando a la orilla del río, llorando al lado de las montañas, gracias, Ártico, gracias, huertos, gracias, islas, gracias, campos de hierro, dedicada, oh, Canadá, por fin dedicada, las mujeres dando a luz, la carne untada en aceite, las velas perfumadas, las bandejas humeantes en la espalda de la belleza, el deseo, la inspección, la elección, el amor, ay, Marylin, abrázame, soy yo para siempre, siempre mi montaña. Lo siento, me disculpo, joven, contable con el traje de Plattsburg, perdóname, perdóname. ¿Qué me estaba pasando? ¿Me estaba pasando algo? He intimidado a un muchacho, he asustado a un muchacho contra una pared de ladrillo. ¿Estaba más cerca de un sueño? No de un sueño de dominación personal, un sueño del acto que cambia las cosas, del golpe significativo que se asesta y se siente, un sueño de la vida que descubre su propio

nivel como hacen las aguas más puras o las más sucias.

VII

Caminé deprisa hacia la estación de tren, que estaba solo a unas manzanas de donde yo trabajaba. Parecía más oscura que la noche anterior. El altavoz anunció nombres de ciudades de una odisea imposible. Hay una especie de hermandad entre las personas en una estación de tren, incluso en una grande. Por supuesto, para disponer de la oportunidad de saludarse amistosos, los humanos solo necesitan tener alguna nimiedad en común. He reparado en que los aficionados a los coches deportivos se saludan unos a otros, incluso en mitad del tráfico, si conducen la misma marca de coche.

En una estación de tren, todos tenemos en común los trenes, los horarios, el reloj que hay sobre el mostrador de información, los saludos, las despedidas. Con eso es suficiente para establecer un vínculo. Me vi a mí mismo saludando con la cabeza y sonriendo a desconocidos mientras iba hacia la consigna.

El ambiente de la consigna no tenía nada que ver con el de la estación, nada de ajetreo ni de andares decididos ni caras ilusionadas. La sala tenía el techo muy alto, techos de escayola pintados de verde. Detrás de un largo mostrador metálico había filas y filas de baúles, bolsas y maletas. Los seres humanos no viajan ligeros de equipaje, pensé, no dejan mucho atrás, con todas esas propiedades cambiando de ciudad, de armarios, de cajones. Había varias personas esperando en el mostrador y solo un empleado, me percaté con enfado. Era un hombrecillo con tirantes azules finos y una camisa verde de rayas. Llevaba arremangada la camisa y me fijé en que no tenía vello en los brazos. ¿Tenía el labio leporino? Vi su cara un instante, y luego se apartó, no podía estar seguro. Después volvió al mostrador cargado con

tres maletas.

—Hoy vamos un poco cortos de personal —le dijo a una señora mientras se las daba—. La mitad se han puesto enfermos a la vez.

No tenía el labio leporino, pero sí la boca torcida, los labios finos y deformes estaban hinchados como una vela de barco rasgada. Todas sus facciones, los ojos azules claros y lechosos que no paraban de parpadear, la nariz estrecha y con los agujeros muy anchos, parecían concentrarse en un área muy pequeña de su rostro, un área ligeramente descentrada, por lo que daba la impresión de estar mirando hacia otra parte aunque estuviese justo delante de ti. Su piel era muy clara, las arrugas alrededor de los ojos eran de un castaño claro, igual que las pocas pecas de su frente y que su pelo ralo. Su apariencia combinaba algo de la primera juventud y de la vejez avanzada. Imaginé que debía de haber tenido ese aspecto toda la vida. Se relamía después de hablar, un hábito muy desafortunado, pensé, para un hombre con la boca torcida.

—Siempre llueve sobre mojado —le dijo a la señora.

Su cara estaba caída y era fea, sí, fea; no puedo evitar utilizar esa palabra. Se sacó algo del oído y le dio vueltas entre el pulgar y el índice. Llevaba un anillo de oro en el dedo anular de la mano izquierda. Tenía las manos pecosas y extrañamente regordetas, parecían casi desproporcionadas con el resto del cuerpo. Sus ojos caídos y frágiles le daban un no sé qué afeminado a su rostro y, como ya he dicho, no paraba de parpadear. ¿Qué hay en nuestra condición que nos hace odiar a los débiles y a los feos? ¿Qué cuentos nos contaron de jinetes apuestos y delicadas damiselas que nos han convertido en perseguidores de los lisiados, los toscos y los quebrantados? ¿Por qué usamos las mismas palabras para describir la belleza del cuerpo y la belleza del alma? Esas leyendas del cristianismo, la belleza de los enfermos y de los oprimidos, ¿cómo se han marchitado tanto ante el héroe de paso firme? ¿Cómo se había dividido tanto mi corazón para sentir semejante compasión y desprecio la primera vez que vi al empleado de la consigna? De haber sabido en ese momento qué papel llegaría a tener en mi vida ese feo empleado de la consigna, me habría

marchado en el acto de aquella sala verde de techos altos. Aunque otros habían llegado antes que yo, como me vio al lado de la señora a la que acababa de atender, me preguntó si podía ayudarme. Luego se relamió los labios. Su lengua era rápida, brillante y tenía forma de dedo. No respondí y le di el tíquet de mi abuelo. Me costaba mirarlo. Cogió el resguardo, lo miró y fue al fondo de la consigna. Comprobó unas etiquetas, negó con la cabeza y fue hasta otras maletas. Allí tampoco estaba. Su búsqueda continuó sin mucha más suerte. Entretanto, algunos de los que esperaban empezaron a impacientarse. Volvió negando con la cabeza.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo—. Me temo que no la encuentro. Tendrá que hablar con el encargado. Volverá a las dos.

—Eso es imposible —le dije—. Tengo que volver a trabajar a las dos. ¿No puede echar otro vistazo? Probablemente sea una maleta muy vieja.

—Vamos —intervino un hombre alto—, sea buen tipo y deje que atienda a los demás; algunos estábamos aquí antes que usted.

No me apetecía enfrentarme a la multitud, así que cogí el tíquet, le hice un gesto con la cabeza al hombre alto y me marché. En realidad, la maleta se había extraviado, algo que, según me informó el encargado de la consigna, casi nunca sucedía. Fue difícil calcular el valor de la maleta por la barrera del lenguaje entre mi abuelo y yo, pero al final se estableció en cien dólares. Toda la gestión me pareció tediosa y no tengo intención de aburrirles con más detalles. Solo quería contar mi primer encuentro con el empleado de la consigna, un hombre cuya vida se convirtió, por un tiempo, en tan importante como la mía.

VIII

Al volver a casa esa noche, recordé el incidente que había tenido con el joven contable. Sin duda, mis actos estaban relacionados de algún modo con la llegada de mi abuelo. Su ataque al policía me había impresionado muchísimo. Había habido en él algo claro y acertado, una belleza que era casi contagiosa. Claro que yo no había sido capaz de ejercer la violencia con el joven contable. No había significado tanto para mí.

Interrumpí esos pensamientos al reparar de pronto en que no podría hacer el amor con Marylin en mi cuarto debido a la presencia de mi abuelo. Pensé en varios planes para hacerlo salir de la habitación unas pocas horas cada noche. Tal vez la casera pudiera llevárselo a su habitación unas horas como un favor especial, aunque no se me ocurría ningún motivo por el que tuviese que hacerme un favor especial. Tal vez pudiese dejarlo un rato en la cafetería que había al lado de la pensión. Intenté calcular cuánto tiempo tardábamos en hacer el amor. «Hacer el amor», qué mal gusto el de esa frase, por más que describa el acto con bastante precisión: dos personas esforzándose con diligencia, recurriendo a todas sus mañas para producir sensaciones placenteras, pero efímeras. Y ahora que nuestra relación duraba ya meses, esa labor se iba volviendo cada vez más aburrida. Tal vez pudiera utilizar el pretexto de la visita de mi abuelo para aliviar el dolor y el hastío de la separación que debía ocurrir antes o después. Luego volvería a empezar la caza, sí, la caza, el engatusamiento, la seducción (normalmente mutua), las promesas mutuas deliberadamente vagas… me fatigaba incluso pensar en ese proceso. Eso es lo que hace que muchos sigan juntos, pensé, la molestia de otra caza, la fatigosa perspectiva de repetir

historias viejas a mujeres nuevas y de oír las suyas, de aprender lo que les gusta y enseñarles lo que te gusta a ti, cómo quieres que se haga esto, cómo quiere ella que se haga aquello y todo ese ritual con el que rodeamos el acto esencial del alivio. El acto esencial del alivio, la purga, la purificación, qué bien describían esas palabras lo que había sentido, aunque fuese de forma vicaria, al observar a mi abuelo en sus escasos momentos de gloria la tarde anterior. La casera me saludó en la puerta.

—Estoy preocupada por su abuelo. Se pasa el día en la cama sin moverse, lo único que hace es gemir y gemir todo el día. Gime o ronca, ¿cómo voy a saberlo, querría saber yo, si se pasa el día en la cama sin moverse?

—Bueno, es un anciano, no querrá que vaya dando saltitos por ahí.

—Me preocupa —dijo—. No quiero que nadie se muera en mi casa, ¿entiende? No quiero que se muera nadie, da mala reputación. A la señora Raymond se le murió no sé quién en su casa y hasta pasados dos meses no pudo alquilar la habitación. Nadie quiere dormir donde acaba de morirse alguien. Dios sabe que yo no querría, y eso que no soy supersticiosa, tumbarme en la misma cama, ¿usted sí? Lo mejor es morirse en el hospital, rodeado de médicos, y así nadie pierde dinero. La señora Raymond sabía que el hombre estaba enfermo, me dijo que se pasaba el día gimiendo, igual que él, y le pidió que se fuera. «Déjeme una semana más», le pidió él, y ella tuvo que dejarle porque ya le había pagado. Luego escupió sangre y cerró la puerta con llave. Ella llamaba y llamaba, pero él no le abría. Lo oyó cantar y toser, cantar y toser, ir de aquí para allá, sin intentar siquiera ponerse mejor. «Parecía una opereta, pero maldita la gracia que tenía», me dijo. Poco después dejó de oír ruidos. Pasó un día y ella se asustó y, con la ayuda de un cartero, rompieron la puerta. Estaba muerto, como ella había imaginado, tendido en el suelo. La ropa de cama estaba cubierta de sangre, empapada en sangre, por lo visto no tenía clínex. Luego se corrió la voz y no pudo alquilar la habitación hasta pasados dos meses. Y no ha podido quitar las manchas del colchón. Dígame, ¿quién va a alquilar una habitación con un colchón así?

—Me acaba de decir que al final consiguió alquilarla.

—Al final sí, después de dos meses. ¿Sabe cuánto dinero es eso?

—Estoy seguro de que mucho —dije, y pasé por delante de ella para ir a mi cuarto.

Mi abuelo estaba tumbado en mi cama, vestido como cuando lo había dejado, respirando con dificultad y con la vista fija en el techo.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo sin volverse cuando entré.

Me incliné para que pudiera verme la cara.

—Soy yo, abuelo.

—¡Ah!, buen chico.

—¿Has pasado un buen día, abuelo?

No hubo respuesta.

Otra vez.

—¿Has pasado un buen día, abuelo?

—Bueno, bueno.

Se incorporó de pronto y me miró sobresaltado.

—¿Quién… quién es usted?

—Me conoces —dije acercándome a él—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, buen chico, sí. Es malo envejecer. Malo. Todo se te olvida. —Me cogió de la mano y sonrió—. Ahora me acuerdo.

Cada palabra que decía era importante para mí. En él había encerrados muchos secretos inocentes. Yo quería que siguiera hablando.

—¿Recuerdas a mi padre? ¿Te acuerdas de él?

—Tu padre, Frederik, él era tu padre. Mi hijo, mi hijo pequeño. Rebelde, rebelde. Un carro, le regalé un carro y un caballo, un carro rojo. Rebelde.

Se sentó y me miró. Saltaba a la vista que se había animado por esas pocas palabras.

—Un chico rebelde —repitió—. En nuestro pueblo hay una montaña muy alta al borde del agua. —Describió la pendiente con las manos—. Él recorre el pueblo y mete a todos los perros y gatos en el carro, llena el carro de perros y gatos, los lleva a lo alto de la montaña y desengancha el caballo. Una montaña muy alta hasta el agua. Empuja

el carro, todos los animales chillan hasta el agua profunda. Se sienta en el caballo en lo alto de la montaña como un general del ejército. Contra el agua, catapum, animales mueren, su carro se rompe. La gente trata de azotarle, huye en el caballo y no vuelve en dos semanas.

El relato fatigó al viejo y volvió a tumbarse en la cama.

—¿Y volvió? —pregunté con impaciencia, atrapado por la historia.

Movió la cabeza arriba y abajo.

—Sí, sí, vuelve. Primero, yo pago a todos para que no lo maten. Luego vuelve a caballo con una mujer, una chica muy joven, muy asustada. «Quiero casarme con ella», dice. Demasiado joven, él solo tiene quince años, ella tal vez doce. Se quedan en casa dos días hasta que averiguo de dónde es la chica. Del pueblo de al lado. Luego de noche, mientras él duerme, la llevo de vuelta con su padre. Tengo que pagarle más dinero. Soy el rico del pueblo, carnicero. —Hizo un ademán de cortar—. El rico del pueblo, ahora no, pobre, pobre. —Se encogió de hombros—. Pero ¿qué más da? Pobre, ja, ja… —La cara se le había iluminado mientras hablaba y al decir la palabra «pobre» se palmeó el muslo y rompió a reír—. ¡Qué más da! ¡Qué más da!

Su humor me resultó contagioso, no podría decir por qué, y yo también empecé a reírme.

—¡Pobre, pobre, pero qué más da! —dijo y los dos soltamos una risa casi histérica—. Luego intenta matar a mi mujer, su madre —dijo, poniéndose serio de pronto.

—¿Qué?

—Me has quitado a mi mujer —dice—, ahora te quitaré a la tuya. Intenta ponerle una almohada en la cara. Tengo que golpearle con fuerza. Un chico rebelde, muy rebelde, pero buena persona. Sí, hazme caso, buena persona. El chico rebelde mete todos los animales en un carro nuevo. En nuestro pueblo había una montaña, una montaña muy alta al borde del agua.

Dejé que volviese a contar la historia. Qué agradable era oír ese acento tan marcado, aunque creo que hablaba inglés con más fluidez que mis padres. Sin duda, sabía comunicarse mejor. A mitad de la historia, y por segunda vez, se detuvo y preguntó:

—¿Ya te lo he contado? Creo que ya te lo he contado.

—Sí —dije—, pero quiero volver a oírlo.

—Bueno, bueno. —Y continuó feliz, como quien le recita un antiguo poema a un amigo.

Luego llegó Marylin y le presenté a mi abuelo.

—¿Tu mujer? —preguntó, intentando levantarse.

—Por favor, no se moleste —respondió ella—. No, no soy su mujer, solo una amiga.

Su voz sonó dolida al decirlo.

Con la llegada de Marylin, mi abuelo se preocupó por su aspecto. Se apretó el nudo de la corbata, se abrochó el chaleco y la chaqueta e intentó quitarse las arrugas del traje, todo mientras seguía tumbado.

—Por favor, no se moleste por mí —le dijo Marylin con dulzura.

Por fin anunció que quería afeitarse.

—Mañana por la mañana, abuelo —sugerí.

—Esta noche, tengo que afeitarme. —Y se levantó de la cama—. ¿Tienes maquinilla?

Lo seguí al cuarto de baño y le enseñé mi maquinilla, una muy anticuada de dos cuchillas. Empecé a desatornillarla para reemplazar las cuchillas, pero me cogió la mano y dijo:

—Ya sé cómo, vuelve con dama.

Volví corriendo a la habitación deseando abrazarla. Ella me sujetó con fuerza. Vi que tenía manchas en el cuello del vestido. Su pelo olía fresco, supuse que acababa de lavárselo.

—Marylin, no sé qué vamos a hacer ahora, quiero decir, que no sé adónde vamos a ir ahora que mi abuelo se ha venido a vivir aquí.

Ella eludió el problema.

—Parece un anciano muy amable —dijo.

—Si no compartieras habitación…

Ella respondió con cierta amargura:

—No tenemos que dormir juntos todas las noches. No creo que ninguno de los dos vayamos a desintegrarnos por unas cuantas noches de abstinencia.

Ya ha empezado, pensé, este es el comienzo, la lenta disminución y la

lenta separación. Miré su pelo colándose entre mis dedos como si fuese arena.

—No hagas eso —dijo, apartándose.

—¿Que no haga qué?

—Tocarme el pelo así. Pareces un cazador de cabezas inspeccionando a una víctima antes de la operación.

—Con toda esa palabrería sobre la abstinencia, a lo mejor lo que prefieres es que no te toque.

Me acerqué a ella y utilicé la rodilla. Siempre he admirado su rápida respuesta sexual. Nunca me canso de eso.

—No, no, no me toques —me susurró al oído—: «Ojalá fuésemos, amor mío, pájaros blancos en la espuma del mar».

Se había puesto a citar a Yeats. Cuando se excitaba, a menudo se volvía más elocuente y literaria. La llevé a la cama.

—Tu abuelo —dijo.

—Se está afeitando. Tenemos tiempo.

En el acto se puso rígida y se apartó de mí.

—Uno «rapidito», ¿no?, ¿no es así como lo llamáis los hombres? Dios mío —dijo yendo hacia la ventana donde yo había bajado las persianas —. Tenemos tiempo, tenemos tiempo, podemos arreglarnos, ¿no? Me obsesionan islas innúmeras y muchas costas cananeas donde el Tiempo nos olvidará sin duda y no habrá más pesares; pronto estaríamos lejos de la rosa y el lirio y el apresuramiento de la llama, si fuésemos pájaros blancos, amor mío, flotando en la espuma del mar. ¿Te obsesiona mi cuerpo como esas islas innúmeras?

—¿Por qué haces eso? Te deseaba y ya está. ¿Tiene algo de malo? — pregunté.

—Sí, sí, ya sé que solo querías amarme a la antigua. Me cubriste de especias, perfumes, encajes, me pusiste en las manos el poema con las flores que habías arrancado después de cruzar los rápidos. ¿Es eso todo, es solo un abrazo y una despedida entre nosotros?

«Eso es exactamente», me dije con tristeza para mis adentros. Eso es exactamente, un abrazo ciego en una calle de la ciudad y una despedida a través de una ventana con las persianas echadas. «¿Qué

más quieres —quise gritarle—, qué más puedo darte?».

—¿No hay nada de amor, no hay nada semejante? ¿No el amor de dos fugitivos que se encuentran por casualidad en un sumidero, sino algo buscado, encontrado, aclamado y confirmado?

—Ya te he dicho que te quería.

—Un diálogo entre dos fugitivos.

—Supongo que eso es lo único que significaba para ti, algo que pudieras reprocharme en uno de tus discursos.

—No, por favor, no. Valoraba y atesoraba esas palabras, lo juro. Son las palabras más importantes que me has dicho jamás. —Se quedó callada un instante y se frotó la cara con la palma de la mano—. Lo siento —añadió—, perdóname. Supongo que me ha disgustado que me desearas tan deprisa, cuando apenas habíamos tenido tiempo de saludarnos. —Volvió a meterse entre mis brazos—. Perdóname —repitió.

—La culpa es mía, la culpa es mía. La próxima vez te cortejaré. —Ella sonrió, lo cual me animó a seguir—: Te cortejaré con perfumes, especias y encajes, y pondré en tu mano el poema y las flores que habré arrancado después de cruzar las cataratas. Te quiero, Marylin, de verdad.

No debería haberle dicho eso. Tendría que haberle dicho: «Déjame, déjame, me obsesiona el cuerpo de una mujer, pero da igual cuál sea». Tendría que haberle dicho: «No te entiendo, no he entendido nada de lo que me has dicho, no vives en mi mundo». Debería haberle dicho: «Soy indigno de ti porque quieres amor y yo no sé qué quiero».

—Te quiero, Marylin —repetí.

Me abrazó con fuerza. Su pelo olía a perfume. Tenía una mancha en el cuello del vestido. Me rodeó el cuello con los brazos y quedó colgando como un orgulloso pájaro que yo hubiese matado.

—Gracias —dijo—. Ay, gracias.

El ruido de la cisterna del váter, una puerta al abrirse y un grito de la casera. Marylin y yo corrimos al pasillo. La casera estaba de pie al lado de mi abuelo. La cara de él estaba cubierta de sangre, sus manos (una de las cuales seguía sujetando la cuchilla) estaban cubiertas de sangre,

la toalla que llevaba al cuello estaba cubierta de grandes manchas oscuras. Lo primero que pensé fue que había intentado suicidarse.

—¡Sangre! —exclamó la casera—, ¡justo lo que me había advertido la señora Raymond! ¡No lo tumben, no lo tumben en el colchón!

Mi abuelo la miró y se encogió de hombros. La mujer hablaba demasiado deprisa para él. Sonreía como un niño confuso al borde de las lágrimas, al borde de la risa con los ojos húmedos y centelleantes a través del jabón y la sangre. Me mostró la maquinilla. Al cambiar la cuchilla, se había olvidado de atornillar la parte de abajo, por lo que se había afeitado con una cuchilla suelta.

—Maquinilla va mal.

Se la quité y volví a empujarlo hacia el baño. Marylin mojó una toalla y le limpió la cara. Los cortes no eran profundos, pero sí muy numerosos. Probablemente se había afeitado toda la cara antes de reparar en que algo no funcionaba.

—Perdón —dijo—, muchas complicaciones.

Después de repetidas aplicaciones de la toalla fría y húmeda, la hemorragia casi cesó y volvimos meterlo en la cama.

—Pongan periódicos debajo —dijo la casera, que entretanto se había dedicado a limpiar las gotas de sangre que habían salpicado el suelo—. Pobre hombre.

Nos empujó para cruzar el umbral y cubrió la cama de periódicos.

Él se tumbó, se despejó las fosas nasales y buscó un sitio donde escupir. Le di un pañuelo.

—Tendría que haberlo vigilado —dije con culpabilidad—, podría haberse cortado a pedazos.

A partir de ese momento, yo mismo afeité a mi abuelo. Las semanas siguientes, aprendí, cada vez con más lástima por él, lo sucios que pueden ser los viejos. Una comida o una defecación podían ser desastrosas para la ropa. Un estornudo podía arruinar una camisa. Las maquinillas de afeitar, las escaleras, los espejos, los bordillos, todo eran peligros. La casera supervisó las cosas unos momentos y, cuando se aseguró de que el colchón no corría peligro, salió de la habitación.

—Chico rebelde —empezó mi abuelo—, dice: «Me has quitado a mi

mujer. Yo te quitaré a la tuya». En lo alto de la montaña como un general y todos los animales chillando. Tengo que pegarle, corto rama y le pego. Pronto le doy otro carro.

Enseguida se quedó dormido. Apagué la luz y Marylin y yo nos tumbamos en la otra cama. Cada vez que mi abuelo se movía, los periódicos tronaban en torno a él. Le conté a Marylin lo del ataque de mi abuelo al policía y mi incidente con el joven contable.

—Todos estamos al borde de la violencia —dijo—. Siempre parece un sendero muy honrado a través de las marañas de la humillación.

—¿Me humilló ese joven nauseabundo?

—Creo que sí —afirmó Marylin, siguiendo los rasgos de mi cara con la mano—. Creo que te hirieron sus comentarios sobre tu ropa y tu posición. Por todas partes hay violencia: las bombas, los accidentes de automóvil, los crematorios de los campos de concentración están integrados en nuestra memoria; es algo tan familiar que me extraña que la gente no recurra a la violencia para resolver sus problemas.

Yo conocía casi toda su ropa, sus botones, cintas y corchetes y la desvestí con facilidad. Había prometido hacerle el amor cortésmente.

—Tu cuerpo siempre me sorprende.

Mentí. Su cuerpo ya no me sorprendía. Conocía todos sus secretos. Yacía desnudo en mi prisión, languidecería allí hasta que el resto de sus enamorados peregrinos la descubrieran y se sorprendiesen. Pensé en esos amantes, incontables muslos y pechos, incontables cuerpos en su historia que todavía jadearían sorprendidos la primera vez que la desnudaran, como habían hecho siempre que habían desnudado a alguien en sus largos viajes.

—Marilyn, me encantan tus muslos, siempre me asombra su forma, son como maravillosos continentes listos para la exploración.

Mentí. Nunca antes sus muslos habían estado hechos de carne, hueso y sangre tan mortales. Juro que noté cómo se morían bajo mi boca y mis manos.

—Tus manos.

Mentí, mentí. ¿Por qué no tenía un cuerpo especial para el amor, uno que floreciera de noche como una flor extraña? ¿Por qué me ofrecía ese

cuerpo, que usaba a diario, que trabajaba, sudaba, eliminaba, sufría? ¿Qué podía hacer? Mentí y mentí, tomé su cuerpo anhelante y lo acerqué cada vez más hacia la mayor mentira, el clímax de mentiras cuando su cuerpo se arqueó, se estremeció y luego volvió poco a poco a la realidad, poniéndosela como si fuera ropa.

—Gracias —susurró—, qué bueno eres conmigo, me has tomado completamente. —Luego, como si hubiese leído mis pensamientos en un espejo, dijo—: Dios mío, ¿no es hermoso que podamos hacer esto juntos con nuestro cuerpo cotidiano, que nos lleva de ida y vuelta al trabajo, y con nuestra mente de todos los días?

—Sí, sí.

Y pensé en Canadá, no con patriotismo, sino con pasmo por su súbito tamaño, más allá de la carne que había acariciado con falsedad, más allá de la habitación que me asfixiaba con mis mentiras. Pensé en Canadá mientras abandonaba mi cuerpo a Marylin, enviando mi imaginación con un *Pax vobiscum* por la franja dispersa de ciudades oscuras hasta el agitado Pacífico, al norte de los cuerpos congelados de animales muertos, exangües en la noche blanca y fría, a través de innumerables islas, siguiendo los enormes ríos continentales, hundiéndose en bosques de árboles antiguos, durmiendo sobre las llanuras despejadas y bajo las montañas. Mi abuelo hacía crujir las hojas de periódico.

—Te quiero —le dije a Marylin—, te quiero, te quiero.

—Te quiero —contestó ella.

IX

Las semanas siguientes, seguí haciéndole el amor a Marylin. Todas las noches esperábamos a que mi abuelo se quedara dormido y empezábamos. A veces, se despertaba y preguntaba dónde estaba, y yo me apartaba de Marylin, agradecido por la interrupción, y tranquilizaba al viejo. Un médico fue a hacerle un chequeo y me dijo que lo único que tenía mi abuelo eran muchos años, y me aconsejó que le hiciera la vida lo más fácil posible. Nuestros apuros económicos no eran tan grandes. Le compré unas pocas camisas, él tomó prestada parte de mi ropa y comía muy poco. Por supuesto, la factura de la lavandería aumentó. Empecé a echar de menos mi intimidad, así que iba a dar paseos por la ciudad solo siempre que podía. No fueron semanas muy felices para mí. Supongo que no notaba la pérdida de intimidad tanto como podría haberla notado, debido a la abrumadora sensación de culpa que me causaba mi relación con Marylin. No conseguía animarme a romper con ella. Por alguna profunda razón que no acertaba a comprender, la necesitaba. O tal vez la razón no fuese tan profunda. Tal vez temiera la soledad que se produciría después. Tal vez me asustara romper un ritual, perder algo que tenía. Creo que dejé de pensar. Las pequeñas fantasías que antes me habían proporcionado tanto placer parecían haberse esfumado. Todas las mañanas me levantaba después de un sueño profundo y, tras preparar el desayuno para mi abuelo y para mí, afeitaba al viejo mientras él me contaba historias. Todos los días trabajaba para el señor Rand, y el joven contable me evitaba religiosamente, y por las noches trabajaba para Marylin. Mi abuelo pasaba casi todo el tiempo en la cama. Yo había olvidado su espectacular llegada. Ya no pensaba en la violencia ni en

ninguna otra cosa. Al cabo de unos pocos días, ni siquiera me molestaba Marylin, solo me entumecía con ella. Interpretaba mi papel y me alegraba cuando llegaba el sueño.

Un día, después del trabajo, yo estaba en las librerías de Ste. Catherine Street antes de regresar a la pensión y también con Marylin. Me puse a hojear esto y aquello, con una vaga sensación placentera mientras la gente se apresuraba a volver a casa. Buscaba sobre todo en la sección de segunda mano de esas librerías, entre todos aquellos volúmenes absurdos, pomposos, serios y oscuros que nadie quería, libros sobre la naturaleza de Dios escritos por curas estadounidenses, libros sobre la naturaleza escritos por millonarios, libros de viajes como *A pie por Nueva Escocia*, soluciones políticas escritas por teóricos de segunda, *El universalismo, el Estado ideal*, libros elogiosos, instructivos y de una locura encantadora. Al otro lado del pasillo, vi a un hombre con la boca torcida y los labios finos y distorsionados, hinchados como una vela de barco rasgada. Era el empleado de la consigna. Al ver su cara, que solo puede describirse como caída y fea, una sensación de odio recorrió mi cuerpo. Literalmente, me estremecí. Fue la primera sensación intensa que tenía en mucho tiempo y recuerdo haberla disfrutado. Parecía nervioso y absorto en algún libro, aunque desde donde yo estaba no pude acertar a ver cuál. Me acerqué con cuidado y me puse detrás de él. Era un libro de Boccaccio ilustrado por Rockwell Kent. No lo leía, solo hojeaba las ilustraciones. Miraba las ilustraciones eróticas e incluso le vi tocar una con la mano. La sensación de odio que me había embargado al verlo no disminuyó, más bien aumentó y se volvió aún más placentera. Me desplacé para poder verle la cara. Se estaba recreando en una mujer desnuda acorralada por un monje de túnica negra. Se relamió los labios, con el rostro absorto en ese interés sensual, y volvió la página a regañadientes. Qué placer nos proporciona ver la fealdad, regodearnos en la fealdad. Lo odié con toda mi alma, como si todo el mal, la hipocresía y la vergüenza habitaran detrás de aquella cara distorsionada y en ningún otro sitio.

Lo seguí fuera de esa librería hasta otra que había cerca. En esa miró las revistas de arte y de fotografía repletas de fotos de desnudos.

Contemplé su orgía con el secreto placer y el desprecio que sienten los puros por los degenerados. Como si me hubiesen escogido para una misión, sentí que mi encuentro con aquel hombre no había sido casualidad, sino que nos habían preparado para ese día. Me habían entregado a mi víctima, mi prueba, mi salvación y, debido a ese odio que anidaba en mi interior, experimenté un profundo amor por él. Mi pequeña víctima, mi querida víctima, mi preciosa víctima. Debía ser protegida y salvada solo para mí. Después de hojear cinco o seis revistas, volvió a salir a la calle. Lo seguí. En una esquina compró un *Montreal Daily Star*. Ni siquiera miró los titulares, sino que se lo metió debajo del brazo. En otro quiosco, compró un ejemplar de un conocido periódico sensacionalista que exhibía el titular: MONSTRUO ATACA A SU MADRE. Avergonzado de su última compra, lo envolvió con el *Montreal Daily Star*, que era más grande. Recorrí unos pocos metros tras él por Ste. Catherine Street y por Peel Street, que está a solo una calle de mi habitación. Subió los escalones de una pensión y hurgó en el bolsillo, supongo que buscando la llave.

—Espere —lo llamé desde la calle—, espere.

—¿Es a mí? —preguntó, mientras yo subía los escalones de tres en tres.

—Sí —dije con una sonrisa—. Estoy hablando con usted. —Me planté delante de él, asintiendo despacio con la cabeza—. Tengo una cosa que decirle.

—¿Una cosa que decirme? —preguntó con curiosidad y un poco asustado—. ¿No nos hemos visto antes?

—Nos hemos visto antes, pero eso es lo de menos. —Él se relamió el labio—. Le he estado observando en las librerías —dije.

—¿Qué? —balbució. El miedo empezó a adueñarse de sus ojos y descendió hacia la boca, tensándole la carne.

—Le he estado observando en las librerías. Le he visto mirar las fotos guarras. Le he visto pasar la mano sobre la ilustración de un monje abrazado a una mujer desnuda. Le he visto hojear las páginas de seis revistas «artísticas». —No se movió ni habló. Me acerqué más a él—. Y le he visto comprar esto y envolverlo en el *Star*. —Le quité los

periódicos que llevaba debajo del brazo. Arranqué las páginas del *Star* hasta dejar el periódico sensacionalista al descubierto. Las páginas aletearon hasta la calle—. Esto: MONSTRUO ATACA A SU MADRE.

—¡Eh! No puede hacer eso —tartajeó y se relamió los labios.

—Pues claro que no. —Me reí, y le golpeé la cara con el periódico—. Pues claro que no. Dígame, ¿no le duele el labio? ¿No le duele estando tan retorcido?

—Ay, ay, ay —susurró, totalmente aterrorizado. Hurgó desesperado en el bolsillo en busca de la llave—. Ay, ay, ay.

—¿No le duele al comer o al hablar? ¿A sus mujeres les gusta besarlo? Eso, eso, ¿les gusta besarlo a sus mujeres?

Metió la llave en la cerradura y forcejeó con ella mientras apoyaba el hombro en la puerta, que se abrió de pronto, y entró trastabillando en el pasillo oscuro.

—¡No se olvide de esto! —grité, tirándole el periódico.

Se arrojó contra la puerta y la cerró de un portazo. Bajé despacio las escaleras y fui a mi habitación, concentrado, callado, indiferente a la gente que pasaba a mi lado.

X

La casera estaba esperándome en el balcón. Empezó a hablar antes de que yo llegase.

—Tiene que irse, su abuelo tiene que irse. Después de lo que ha hecho no puede quedarse aquí ni un día más. ¿Quién se ha creído que soy? Soy una persona. No voy a tolerar eso de él, de un donnadie, de un viejo asqueroso. Lléveselo de aquí, no quiero a un hombre así.

—Un momento —le dije—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—No voy a decírselo, me da demasiada vergüenza repetirlo. Tiene que irse, no puede quedarse.

—Si me cuenta lo que ha hecho, podremos hablarlo y asegurarnos de que no vuelva a suceder. Tal vez podamos llegar a un acuerdo con el alquiler.

Eso rompió el silencio.

—¿Con el alquiler? —preguntó.

—Bueno, si de verdad es una molestia, tal vez un dólar o dos más por semana podrían compensarle. —No tenía intención alguna de pagarle nada a no ser que el viejo hubiera hecho algo grave de verdad—. Dígame, ¿qué ha hecho?

—Es sucio —dijo la mujer—, no se controla. Esta mañana entro en la habitación para hacerle la cama, y a usted también, como siempre, muchas caseras no hacen la cama, ¿sabe? «He venido a hacer la cama», le digo, ya sé que no entiende inglés, pero sabe para qué he ido, ¿no?, porque todas las mañanas hago lo mismo. Pero no se levanta de la cama, qué va. Supongo que a lo mejor está cansado, así que voy a ayudarle. Entonces me la tira.

—¿El qué?

—No puedo decírselo.

—Bueno, creí que habíamos decidido que no podríamos hacer nada si no me lo contaba usted todo. ¿Qué le ha tirado?

—No puedo decírselo. No sé cómo llamarlo.

—¿No sabe cómo llamar a qué?

—A lo que me tiró.

—Esto es ridículo —dije—. Entraré y se lo preguntaré yo mismo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Se lo diré. Mierda.

—¿Qué?

—Me ha tirado mierda. Se caga en la cama, intento levantarlo y me la tira a la cara.

Me reí, no pude dejar de verle la gracia.

—¡Ah! —dijo ella—. Se ríe como él. Bueno, pues pueden irse los dos. Con usted y esa joven haciendo lo que hacen, es un milagro que no haya venido la policía. ¿Qué se cree que regento? Esta casa tiene buena reputación.

—Siento haberme reído, de verdad, pero tiene que admitir que la historia tiene su gracia.

—Claro, claro. Si tanta gracia le hace, puede entrar y limpiar usted. Yo no pienso hacerlo.

Intentó hablar con enfado, pero noté que incluso ella, que había sido la víctima, había empezado a verle la gracia. Tuve que portarme como es debido y le dije que le pagaría un dólar extra por semana.

—No sé por qué lo soporto —dijo.

El cuarto olía fatal. Mi abuelo estaba vestido, sentado en una silla delante de la ventana. El olor emanaba de un rincón de la habitación donde estaban amontonadas las sábanas sucias y su pijama.

—Veo por ventana que tú hablas con ella —dijo.

—No te preocupes, abuelo, ya está olvidado.

Recogí con cuidado las cosas sucias, las saqué y las eché al cubo de la basura.

—¡De momento me debe ya dos sábanas! —gritó la casera—. Serán al menos cinco dólares.

—Pero estaban usadas.

—¿Y qué tiene eso que ver? Tengo que reemplazarlas, ¿no? Y no habría tenido que reemplazarlas de no haber sido por él.

—De acuerdo.

Lo cierto era que mi imaginación estaba recordando, con gran deleite, el episodio con el empleado de la consigna y nada podía trastocar ese placer.

Cuando volví a la habitación, mi abuelo dijo:

—No te ha contado verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Siéntate, escucha —dijo—. Viejo, me cago en la cama, no está bien, pero viejo no tiene ayuda. Entra casera. Yo vergüenza y no quiero levantar. Cree que quiero hacer jugarreta. Cree que es otra cosa. Se sienta en cama, a mi lado, coge mi mano y la pone aquí. —Tocó mi pierna—. No me importa, muevo mano donde me dice. Bueno, pienso, es vieja, pero yo también soy viejo. Luego de pronto, me quita la mano y de pie se pone. «Olor espantoso», dice. «¿Qué es ese olor?». «Viejo sucio». «Puta», digo yo, «eres vieja puta». Me pega en la cara y yo le tiro mierda a la cara. Es verdad. Sale corriendo de habitación y luego me visto y limpio habitación.

«La vieja puta —sonreí para mis adentros—, la vieja puta y la democracia de la lujuria». No pude tomarme el episodio en serio.

—Creo que te has portado como un perfecto caballero —le dije, pero él no lo entendió—. Has hecho bien —le dije, simplificando.

—Ya, es gracioso.

Abrí la puerta y vi que la casera había estado escuchándonos.

—Supongo que va a creer a ese viejo sucio —dijo.

—No me gusta que espíe detrás de la puerta —dije con firmeza.

—¡Largo aquí, vieja puta! —gritó mi abuelo desde la silla.

—¡Esta es mi casa! —exclamó ella—, no pueden hablarme así.

Mi abuelo se rio e hizo un gesto obsceno con la mano. La casera juró que los dos estaríamos en la calle antes de la noche.

Mi abuelo se rio:

—Vieja puta.

Me alegró verlo de tan buen humor. Su entusiasmo se correspondía

con la vitalidad que yo había extraído del enfrentamiento con el empleado de la consigna.

—¡Un poco de silencio, por favor! —gritó otro inquilino desde el fondo del pasillo.

—¡Váyase al diablo! —chilló ella, dando un portazo y metiéndose en su propia habitación.

Mientras yo esperaba a que llegase Marylin, charlé con el viejo, como él quería, y le pregunté qué tal había pasado el día y también por su salud.

—No muy bien, querido. —Había empezado a llamarme «querido» y «cariño»—. No muy bien. Pronto moriré, soy demasiado viejo para todo. Demasiado viejo para la guerra y demasiado viejo para las mujeres. Demasiado viejo para pelear, porque no sé descansar. Mi país era grande, nadie podía atravesarlo. Y mi lago, solo una persona lo cruzó a nado. Después le digo, yo no puedo nadar lago, pero puedo vencerte. No entiende por qué tengo que pelear con él. Porque somos hombres y nadie más nada lago, solo tú, así que tengo que ganarte como sea.

—Entiendo, entiendo —dije emocionado—. Tenía que ser derrotado porque había vencido, porque se había convertido en un ejemplo imposible de emular, tenía que ser derrotado para demostrar que todos somos hombres, que todos somos sucios y gloriosos, victoriosos y envilecidos, que no hay un hombre sucio y otro glorioso, sino que cualquier hombre en sí mismo es sucio y glorioso.

—¿Qué? ¿Qué?

Por supuesto, no había entendido nada de lo que yo había dicho.

—Dime, abuelo, ¿le venciste?

—Era único hombre en cruzar a nado el gran lago. Me golpeó con fuerza, mucha fuerza en nariz, cara, todas partes.

—¿Te ganó? No, es imposible, debiste de ganarle tú.

—Mira, cariño, me gustaría decirte otra cosa, pero me ganó él.

—Bueno, a mí no me vencerán.

—¿Qué?

—Nada.

Vacié el cuenco donde, por fin, había enseñado a escupir a mi abuelo. Y, de pronto, sentí el deseo de estar cerca de mi empleado de la consigna, de verlo moverse y relamerse los labios, de deleitarme en lo repulsivo que era y, con ese deseo, surgió un amor más profundo del que había sentido nunca. ¿Dónde estaba ahora, qué estaba haciendo? En una de las habitaciones de Peel Street había una mujer dándole de comer, viéndolo manipular su comida entre los labios torcidos, esos labios exquisitamente deformados. ¿Acaso se preguntaría qué hacía con ese hombre débil de piel pecosa y con los rasgos concentrados y desplazados a un lado, como si nunca te mirara a la cara? ¿Hasta qué punto conocía esa lengua, rápida como una serpiente, brillante y con forma de dedo? ¿Conocía las papilas de esa lengua y perecía en ella como en cráteres cuando lo besaba? ¿O vivía una mentira como tantos otros, pensando que su marido era normal en un mundo feo? Oí entrar a Marylin, pero me quedé en el cuarto de baño mirando el reluciente cuenco de porcelana al que la saliva se adhería como musgo blanco en el agua. Tiré de la cadena y destruí el jardín con un torbellino. En realidad, creo que llegué a murmurar: «Adiós». Cuando volví a la habitación, Marylin estaba hablando con mi abuelo. Se levantó y me abrazó y yo la besé en los labios. «Debe de saber —me dije—, debe de saber que no siento nada». Pero no lo sabía, no quería saberlo. Nos preparó la cena y nos dio de comer, moviéndose ya por la habitación como una esposa y una madre, animando a mi abuelo a comer un bocado, sirviéndome un poco más de comida, sin escuchar nada de lo que yo le decía, totalmente sumida en ese cómodo ritual doméstico. Yo la había dejado representar ese papel, incluso me había parecido bien por… bueno, en realidad, no lo sé. Solo puedo decir que la dejé invadir mi vida, tal vez por indiferencia, tal vez por miedo. Si no la hubiesen cegado sus éxitos, podría haber reparado en que había dejado de pensar o de sentir y que la aceptaba con el mismo entusiasmo con que aceptaba los edificios y las paredes.

—Hoy te he echado de menos —dijo después—. Cada vez que atendía a alguien, quería romper la relación dependienta-clienta, cogerla de la mano y decirle: «Mire, señora, míreme, un hombre me

quiere, anoche un hombre me dijo que me quería».

No tuve fuerzas para decírselo todavía, para decirle que me dejara, para decirle que estaba harto de ella, para decirle que no sabía nada de ella. Mi sistema automático de respuesta se puso en funcionamiento.

—Marylin, yo también te he echado de menos, el día se me ha hecho muy largo.

Y la conversación se alargó y se alargó hasta que mi abuelo se quedó dormido, hasta que la tuve en mis brazos y le dije que la quería, que necesitaba estar con ella. Estaba tendida muy quieta a mi lado, mi cuerpo era suyo, mi imaginación perseguía a mi víctima.

«Matrimonio». ¿Fue ella quien dijo la palabra, o fui yo? Ni lo sabía ni me importaba.

—Sí, sí, es lo que siempre he querido, estar contigo.

«¿Quién estaba hablando?», me pregunté vagamente.

Ella me zarandeó.

—¿Estoy soñando? —Se rio—. ¿Estoy soñando? ¿Es cierto?

—Pues claro que sí —respondí con dulzura.

Se quedó tumbada a mi lado un buen rato. Noté lágrimas en el pecho.

—¿Estás llorando?

—Sí, de felicidad. Me haces muy feliz al quererme.

—Siempre te he querido.

Al cabo de un rato, añadió:

—Quiero decírselo a alguien. Por favor, deja que se lo cuente a alguien.

—Se lo diremos a mi abuelo, lo despertaremos y se lo diremos.

Nos vestimos deprisa y en silencio y luego encendimos la luz. Mi abuelo gimió. Le puse la mano en el hombro y lo zarandeé con cuidado. Se sentó en la cama de repente, protegiéndose los ojos con las manos. Me quitó la mano del hombro y empezó a quejarse cada vez más alto, como una viuda afligida.

—No, no, déjame, déjame.

—¿Qué ocurre, abuelo? No hay de qué asustarse.

—Perdona, pienso otra cosa.

Marylin se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Su nieto y yo vamos a casarnos. ¿No se alegra?

—¿Qué? ¿Vosotros casar?

—Sí —respondimos al unísono—, vamos a casarnos.

—Muy bien, muy bien. No es bueno estar juntos tanto tiempo sin casarse. Os oigo cada noche a mi lado y no es bueno. «¿Qué hacen?», pienso. «Son jóvenes, tienen mucho futuro, ¿qué hacen?». Ahora Marylin y mi querido nieto van a casarse, muy bien.

Marylin se sonrojó por primera vez desde que la conocía. Se inclinó y besó a mi abuelo en la frente.

—¿Puedo llamarle «abuelo» yo también? Nunca he tenido uno.

—Sí, llámame «abuelo».

Tuve sensación de asco. Toda la escena se estaba volviendo sensiblera.

—Vamos a contárselo a la casera —propuse.

—Son las dos de la madrugada —dijo Marylin.

—Tanto mejor —repliqué.

Fuimos juntos por el pasillo y llamé a la puerta, los dos nos reímos.

—¿Qué pasa? —gritó ella desde adentro, con voz adormilada.

—¡Soy yo, querida casera! —grité—. Su inquilino favorito.

—Por el amor de Dios, ¿no puede dejarme en paz? Son las tantas de la madrugada.

—Tenemos una cosa que contarle —insistí—. Hoy empieza mi vida.

La oímos arrastrar los pies y abrir la puerta.

—¿Es que se han vuelto locos?

—Pues claro que sí —dijo Marylin—, vamos a casarnos.

La casera se quedó ante la puerta abierta con un ridículo batín rojo. Inclinó la cabeza a un lado como un terrier y empezó a sonreír, verdaderamente conmovida por nuestro anuncio.

—Caramba, eso es maravilloso, es maravilloso para ustedes.

Abrazó a Marylin y estuvo a punto de abrazarme a mí, pero retrocedí.

—No le voy a comer —dijo.

—Nunca se sabe —repliqué, y todos nos echamos a reír.

—Ya que me han despertado, ¿qué les parece si nos tomamos una copita?

—¿Una copita? —dijo Marylin—. Pues claro.

—Desde luego —coincidí.

—A lo mejor el viejo también quiere, llevemos allí la botella. Además, aquí podemos despertar a alguien y ya es bastante difícil encontrar inquilinos.

—Tenemos copas —dijo Marylin—, vamos.

La casera llevaba la botella de whisky escocés como si fuese un valioso pergamino, bailando como el rabino de una secta feliz y misteriosa.

La seguimos en fila india canturreando la marcha nupcial.

—¡Chist! —dijo la casera.

Mi abuelo enseguida se sumó a nuestro buen humor. Incluso le besó la mano a la casera y ella le hizo una reverencia. Marylin sirvió cuatro copas y esperamos a que mi abuelo hiciera el brindis, que pronunció en su idioma europeo.

—Ahora —dijo—, lo mismo en inglés, ustedes perdonan mi inglés. Padre y madre es feliz. Marido y esposa es feliz. Animales en el campo, pájaros en árboles, todos felices. Los bebés pronto vendrán, lloran en la oscuridad.

—¡Qué bonito! —exclamó Marylin.

—Venga, brindemos —nos instó la casera—. ¿Cómo suele decirse: «La noche es joven y tú muy guapa…»?

—Todos son guapos, pero él más que nadie —dijo Marylin, levantando mi mano como si fuese un campeón de boxeo.

—¡Oh, bobadas! —repliqué.

—Una auténtica monada —dijo la casera.

Marylin se sentó a mi lado. Llenaron y volvieron a llenar los vasos. Encontramos otra botella en la habitación de la casera y, aunque solo estaba medio llena, la recibimos como si fuera el nacimiento de un salvador.

—«Me pareció oír gritar una voz en la taberna» —dijo Marylin citando los *Rubaiyat*, y añadió con pomposidad académica—: De la

quinta edición de la traducción.

—Supongo que creías que pensaría que era de la tercera —dije con solemne suspicacia—. Pues claro que es de la quinta.

Me besó la mano. La casera se había convertido en una bailarina. Se sujetaba las esquinas del batín rojo como si fuesen alas, dio unas vueltas en círculos cada vez más pequeños agitando esas alas de tela y por fin se desplomó en el suelo.

—Bravo, bravo. —Mi abuelo aplaudió, se agachó y le dio una palmada en las nalgas.

—Hay que hacer círculos más grandes —dijo la casera, sin moverse.

—Vamos, vamos —replicó Marylin, ayudándola a levantarse—, no debemos animarles o nos violarán a plena luz del día.

—Tienes toda la razón —coincidió la casera—, otra invitación y se nos echarán encima.

—Toda precaución es poca —dijo Marylin.

Luego llegó el turno de mi abuelo. Se puso en pie y con una cortés reverencia invitó a bailar a Marylin.

—La, la, la. La, la, la —canturreó la casera, yendo hacia mí con los brazos abiertos—. La, la, la. La, la, la.

—Creo que me voy a saltar este baile, si no le importa —dije.

Sin desanimarse por mi rechazo, la casera se encogió de hombros, cogió la almohada de mi abuelo como pareja y bailó soñolienta hacia la otra pareja.

—La, lala, la, lala.

—Qué demonios —dije, y me levanté y le cogí las manos, la almohada cayó al suelo. La pisoteamos mientras le hacía dar vueltas entre mis brazos.

—En el Danubio azul… zul, zul, zul —canturreé.

—Y me gusta follar... llar, llar, llar —añadió la casera.

Luego los cuatro unimos las manos en círculo.

—Chist, chist, todos abajo —cantó Marylin y todos nos sentamos.

Las ventanas empezaban a iluminarse, y decidí acompañar a Marylin a casa.

—No os preocupéis por los viejos —dijo la casera yendo hacia la

cama que había al lado de la de mi abuelo—. Sabemos cuidarnos, ¿verdad?

Mi abuelo estaba tumbado a su lado, exhausto por el baile.

—Vieja puta —dijo y volvió a darle una palmada en el trasero.

Marylin y yo fuimos a pie hasta su apartamento. Yo no sabía qué hacía a su lado. Era como si hubiésemos estado en la fiesta de alguien y hubiese sido muy divertido. Se agarró con fuerza a mi brazo y me irritó un grano con el pulgar.

—Es la mejor fiesta que me han hecho nunca —afirmó—. Nos vamos a casar, Betty, nos vamos a casar —dijo, zarandeando a su compañera de piso para despertarla.

Betty se despertó. Era la primera vez que yo la veía. Parecía más joven que Marylin y desde luego era más guapa.

—¡Qué buena noticia! —dijo, saliendo de la cama y abrazando a Marylin. Los pechos se le veían a través del camisón—. Me alegro muchísimo por los dos.

Me besó y recuerdo que pensé que la deseaba. Marylin me acompañó hasta la puerta y salió al pasillo conmigo.

—Nos esforzaremos en construir algo juntos —dijo—. Desmentiremos todos los poemas tristes de muertes y traiciones.

—Sé que lo haremos —respondí—. Sé que podemos.

—¿No te parece una bobada? Me siento como una niña novia, como una virgen.

Apoyó la cabeza contra mi pecho.

—No, no es ninguna bobada —respondí mecánicamente—, es muy bonito.

—¿Tú te sientes como si fueses virgen? —preguntó en voz baja e infantil.

—Sí, en cierto modo sí, como si hubiese encontrado una nueva virginidad.

—Sí —dijo ella—, sé lo que quieres decir, es un tipo de virginidad que solo pueden alcanzar los degenerados, por lo que resulta aún más dulce. Una virginidad que simboliza logros y no abstinencia.

En ese momento, quise apartarla de mí, liberarme para siempre de la

carga imposible de su amor. Quise hablarle de mi nueva virginidad, de mi nueva pureza y devoción, pero aún no tenía fuerzas suficientes. Pronto las tendría, mi víctima me las daría, su fealdad me colmaría y su vergüenza la sustentaría. Estaba harto de ella, de ella, que no tenía nada que hacer en esa misión, que me llevaba de la mano a las mentiras y el engaño. ¿Cuándo tendría la fuerza para decirle que me dejara?

—De pronto, me siento tan limpia... —me dijo—. Nuestro amor hace que me sienta muy limpia.

«¡Dios mío! —grité con desesperación para mis adentros—. ¿Cómo puedes estar tan ciega? ¿Por qué eres tan débil que dejas que te haga esto? ¿Por qué no te resistes? ¿Por qué haces que te haga sufrir? ¿Por qué me obligas a hacerte daño?».

—Yo también —dije, besándola.

—Es casi de día —observó ella—. Mañana estaré muerta, pero no me importa. ¡Buenas noches! Recuerda que te quiero. ¿Lo recordarás?

—Por supuesto que lo recordaré, buenas noches, Marylin. ¿No vas a entrar?

—Quiero verte marchar. Quiero ver cómo te alejas por el pasillo.

—Bueno. —Me reí—. Nos vemos mañana.

Casi había amanecido. Los más madrugadores no tenían tráfico con el que competir y su ajetreo era firme y ruidoso. Los días eran cada vez más calurosos. Bajo la suave luz matutina, la ciudad parecía tallada en una perla oscura. No volví directo a casa. Fui hasta Peel Street y me planté delante de la casa de pensión donde dormía el hombre que tanta importancia empezaba a tener en mi vida. Yo no estaba cansado en absoluto. Quería verlo. Y tenía que averiguar cómo se llamaba. Necesitaba saberlo para tranquilizarme e inquietarme, para repetirlo para mis adentros como una fórmula y un encantamiento. Subí las escaleras de mi propia pensión y, al abrir la puerta, oí unos pasos azorados en mi habitación. Me detuve en el vestíbulo para dar ocasión a la casera de retirarse con dignidad. La puerta de mi cuarto se abrió despacio, asomó la cabeza y, como no vio a nadie, huyó por el pasillo hasta su habitación, ajustándose el camisón con la mano que le

quedaba libre mientras corría y con el batín rojo en la otra. Mi abuelo dormía profundamente, su pijama estaba tirado en el suelo, al lado de la cama. «Carne vieja», me dije a mí mismo, cubriéndole el cuerpo. En la habitación olía mucho a alcohol y lo agradecí. No quería oler su piel o el hedor de la carne decrépita de la casera. Abrí la ventana que no estaba atascada y agujereé el cartón que sustituía al cristal que había roto mi abuelo. Recordé su gesto con placer y pensé en lo mucho que me había enseñado ya el viejo. Era como si hubiese sido él quien hubiera puesto al empleado de la consigna en mis manos, y aunque él no sabía nada del episodio de esa tarde, yo había notado que me guiaba durante toda la operación. Era él quien me había enseñado a actuar de manera rápida y decisiva. ¿Por qué no lo había apreciado durante esas últimas semanas? ¿Cómo podía haber pensado que era aburrido? Incluso con sus dificultades con el lenguaje se expresaba mejor que nadie que yo conociera. Me maravillaba su insulto definitivo a la casera que lo había humillado, tirándole sus propios excrementos a la cara. Repugnante, sí, pero también un acto claro y firme y eso, por sí mismo, ya era algo en este mundo de riñas y vaguedades. Dormí una hora hasta que sonó la alarma.

Mientras desayunaba, mi abuelo dijo:

—Es bueno tú casas. No bueno estar solo. Yo estuve solo demasiado tiempo.

—Mira, abuelo, más vale que te lo diga ahora. —Hablé muy despacio para que entendiese lo que le decía—. En realidad, no estoy seguro de querer casarme con ella.

—Tienes miedo, es difícil.

—No, no es que tenga miedo o que me asuste, es que creo que no la quiero.

—No quieres a ella —dijo—. Creo que es cierto. A veces no apagas todas las luces y te veo cuando estás con ella. No me ves. Crees que estoy dormido. Lo finjo para que no tienes vergüenza. Sé que no tienes dinero para ir a otro sitio. Veo tu cara cuando la abrazas. Refleja dolor, como hombre muy enfermo.

—¿Qué crees que debo hacer, abuelo?

Golpeó la mesa con la palma de la mano y volcó una copa vacía.

—Debes dejar a ella. Romper. Tienes que poner fin. No la quieres, debes decir adiós. Romper. —Se puso en pie, señalándome con el dedo desde el otro lado de la mesa y casi gritando—. Tu padre, padre rebelde, teníamos cerradura en su puerta, todas las noches teníamos que cerrar su puerta y el caballo. Quería escaparse para buscar chica de doce años. Lo atrapamos muchas veces. Le golpeamos. No bueno. Después de dos años, fue a buscarla a caballo, y pronto es su esposa. Eso es amor, ¿entiendes? Él la quería mucho, mucho.

Mi abuelo se sentó en la cama, respirando con dificultad. Por supuesto, tenía razón. Tenía que romper con Marylin lo antes posible. Pero debo confesar que incluso mientras hablábamos de ella, no ocupaba el primer lugar en mis pensamientos. De hecho, fue como si hubiese aceptado mi rechazo de Marylin como una conclusión previsible y ahora estuviese animándome a aceptar un nuevo tipo de pureza. Acabar. Empezar de nuevo. Acabar. Empezar de nuevo.

Mientras lo afeitaba, dijo:

—Tienes que decírselo pronto.

—Sí, sí —coincidí.

—Buen chico.

Pasé la cuchilla como un arado por el jabón de su cara, su piel vieja brillaba entre las paredes de nieve. En los surcos de su cara había estrechos huertos de pelillos erizados protegidos de la cuchilla por su profundidad. Mi abuelo estaba sentado en el váter, muy erguido, como si siempre hubiese tenido barbero. Al ir a trabajar, me encontré con la casera en el vestíbulo.

—Lo de ese dólar de más a la semana… —dije.

—Está bien, está bien —replicó—, lo entiendo. Olvídelo.

—Tal vez debería pagarnos usted —sugerí de buen humor.

—¿Quién se cree él que es, Valentino? Se quedó dormido a la mitad. Pero no está mal para ser un viejo.

—Estoy seguro de que juntos serán muy felices —dije.

En la calle sentí una punzada de nostalgia, una necesidad tan profunda de estar en presencia de mi víctima que decidí no ir a trabajar

y acercarme cuanto antes a la estación de tren.

XI

Al llegar a la estación, no fui directo a la consigna. Estaba lo bastante cerca de él para poder retrasar un poco el exquisito placer de obtener lo que quería. Me senté en el banco de madera de la sala de espera y observé a la gente que me rodeaba. Hojeé las revistas del quiosco. Repasé un horario de trenes en el tablón de información. Por fin, me harté de esas diversiones. «¿Por qué he convertido eso en un juego?», me pregunté con severidad. No lo perseguía solo por mí; aquello iba más allá de lo personal. Intenté recordar la sensación de dignidad y de tener una misión que había experimentado la tarde anterior cuando el hombre había huido de mí metiéndose en su oscuro portal. ¡Qué difícil rememorarla! Qué destructiva había sido esa velada de mentiras con Marylin. Pureza, una vida debe ser pura, una búsqueda de la pureza. La contaminación era tan fácil y tan peligrosa... Y con el espantoso poder de las palabras mismas, al concentrarme en la pureza, la dignidad, la dedicación, al decirlas despacio, besando la primera sílaba de «pureza» con los labios, tragando saliva, bañando mi garganta con la profunda «g» de «dignidad», rechazado por el golpe de la lengua contra el paladar, mientras exploraba la dedicación, sentí cómo me limpiaba poco a poco. Con el corazón acelerado entré en la consigna. No olvidé mis ejercicios mientras andaba. Pureza, dignidad, dedicación. Allí estaba. Parecía sano y libre de enfermedades. No estaba marcado por la vergüenza, excepto por la vergüenza constante de su fealdad. Me rendí a la emoción abrumadora del odio, del amor y del éxtasis. «¡Dios! —grité en los huecos de mi alma—. Los hombres se ponen a prueba ante el fuego». Lo único que importa son las horas pasadas ante el fuego. Yo nunca había sido impuro, nunca me había apartado de mi propósito.

Allí estaba, en mi labor, en mi amor, y nunca había estado en ninguna otra parte. No sé cuánto tiempo lo observé; tal vez dos horas, quizá tres. Me quedé de pie detrás de una columna y él no me vio. Si la gente me rozaba al pasar, yo no me di cuenta.

Entonces salió de la consigna por una puerta trasera con un cartel de SOLO PARA EMPLEADOS. Pasados unos momentos, salté por encima del mostrador de acero y lo seguí hasta el cuarto de baño. Nadie me detuvo. Era la única persona en el cuarto de baño. El olor a antiséptico y los azulejos blancos y brillantes hicieron que esa sala fuese la indicada para la tragedia que estaba a punto de ocurrir. Estaba sentado en el tercer cubículo, con los pantalones plegados como un acordeón alrededor de los tobillos. La luz del techo lo traicionó. Su sombra le rodeaba los tobillos igual que un charco oscuro. Estaba masturbándose. Me apoyé en la pared pulimentada para esperarlo. Los grifos cromados, los lavabos blancos y húmedos, los pulcros cubículos, todo parecían instrumentos de purificación o persuasión. Llené un lavabo de agua fría y metí las manos hasta que se me entumecieron. La sombra se movió y cambió cuando se puso en pie. Lo oí ponerse los tirantes sobre los hombros. Abrió la puerta y salió.

—¡Usted! —dijo con voz chillona, relamiéndose los labios.

Su rostro estaba lívido y temblaba. No creo que vuelva a ver un rostro tan retorcido de puro terror. Su propia fealdad, la culpa y el miedo transformaron su cara y le dieron una belleza terrible y repulsiva.

—Estaba masturbándose —dije.

—¡Déjeme en paz! —gritó, corriendo hacia la puerta.

Yo fui más rápido y chocó contra mi pecho.

—¡No me toque! —le ordené.

Retrocedió mecánicamente, con las manos colgando sin fuerzas.

—¿Por qué? —dijo en tono patético con una voz que era apenas un susurro.

—Sí —dije—, ¿por qué? —Señalé al cubículo donde había estado—. ¿Es un ritual matutino habitual?

—Deje que me vaya, por favor, deje que me vaya.

—¿No ha oído mi pregunta? Le he preguntado si este es un ritual matutino habitual.

Fue incapaz de responder. La sorpresa había sido demasiado grande. Estaba sumido en una especie de pasmo. ¿Podía permitirme tocarlo? «Porque ningún varón en el cual haya defecto se acercará; varón ciego, o cojo, ni mutilado, ni monstruoso». El recuerdo de un viejo capítulo de un libro viejo, las palabras se desplegaron en mi memoria como un pergamino. «O varón que tenga quebradura de pie o rotura de mano, o jorobado, o enano, o escorbútico, o con costras, no descubrirá su cabeza, ni rasgará sus vestidos, ni entrará donde haya alguna persona muerta, ni saldrá del santuario».

—¡No! —exclamé—. ¡Esos mandamientos son viejos, demasiado viejos!

Quise abofetear a mi víctima para que no pudiera seguir refugiándose en su conmoción. Esos mandamientos son demasiado viejos, no podemos ser puros en el santuario; solo podemos ser puros entre los leprosos. «Cuando el hombre tenga en la piel de su cuerpo hinchazón, o mancha blanca, y haya en la piel de su cuerpo como llaga de lepra, será llevado al sacerdote. Y el sacerdote mirará la llaga en la piel del cuerpo; si el pelo en la llaga se ha vuelto blanco, y parece la llaga más profunda que la piel de la llaga, llaga de plaga es: y el sacerdote le reconocerá, y le declarará inmundo».

—¡Inmundo! —grité.

«¡No —grité para mis adentros—, esos mandamientos son viejos, demasiado viejos!». «Y otra vez entró en la sinagoga: y había allí un hombre que tenía seca una mano. Y se le acercó un leproso. Y llegaron unos hombres llevándole a un paralítico». Sí, sí. «Sal fuera. Y el que había muerto salió». Al muerto, toca al muerto. Sí, sí. Lo abofeteé con la mano abierta y luego me besé los dedos.

—Por favor, deje que me vaya. ¿Por qué me hace esto?

—Porque eres débil y feo, y sucio.

Se quedó derrotado ante mí. Lo odiaba porque no se resistía. Lo quería porque era mi víctima. Volví a abofetearlo. Se llevó una mano pecosa y regordeta a la mejilla.

—Por favor, no —imploró.

—¿Estás casado? Respóndeme.

—Sí.

—¿Sabe tu mujer lo de este ritual?

—No, no sabe nada de mí, me odia.

—¡Ah! ¿Por qué te odia? ¿Alguna vez te ha dicho que te odia?

—No, pero lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

No respondió. Su rostro se ablandó como una máscara de papel maché sumergida en el agua. Tenía lágrimas en los ojos, y su labio retorcido tembló.

—¿Cómo lo sabes? Respóndeme.

—¡Míreme, míreme! —gritó con voz tensa y chillona, abalanzándose sobre mí e intentando golpearme el pecho con los puños—. Soy feo, soy feo.

Le golpeé con fuerza en la cara con la palma de la mano y cayó de espaldas. Me planté encima de él y le golpeé el muslo con el pie.

—Eres asqueroso —dije, le di la espalda y fui hacia la puerta.

Al agarrar el picaporte, noté que giraba. Alguien estaba intentando entrar. Me apoyé contra la puerta y ordené al empleado de la consigna que se levantara.

—¿Qué pasa ahí? —gritó el hombre desde fuera.

Cuando se puso en pie, abrí la puerta y dejé entrar al hombre iracundo. El templo se convirtió en un baño público.

—Debía de haberse atascado —le dije, contento de salir del baño público y de llevarme a casa el templo—. Hasta la vista —saludé al empleado de la consigna, que estaba mojándose la cara en el lavabo lleno de agua fría que yo había llenado.

No respondió. Con los codos apoyados en el borde del lavabo, se inclinó sobre el agua. Tal vez pudiese ver su reflejo en la superficie y estuviera contemplándolo. Fuerte y purificado, anduve entre la gente de la estación. Saludé a personas que no conocía y ayudé a un anciano a subir a un taxi. Los seres humanos eran mis amigos; todos éramos ciudadanos de la preciosa ciudad gris que se expandía a mi alrededor.

Cada uno tenía su ceremonia secreta; cada uno tenía su arte secreto. Abracé a las multitudes del mediodía con una sonrisa.

XII

Pensarán ustedes que fui cruel. No deben pensar que fui cruel. ¿Qué precio debemos pagar por la compasión? ¿Cuál es el mal profundo en la sangre del mártir que hace que siga siendo feliz en el fuego sagrado? En mi vida, ahora estaba esa persecución menor, un hombre había sido humillado por otro, pero ¿cómo podía eso disminuir el amor que inspiré mientras andaba esa tarde por las calles? Estaba en sintonía con todo el tráfico de la ciudad. De pronto, los paseantes y los que habían salido de compras entonaban de manera muy bella una canción que había empezado en mi corazón, los coches y las bocinas la proclamaban, los edificios vibraban a su ritmo. Qué tristes y bellos éramos los humanos con nuestro sufrimiento y nuestras torturas. Yo, el torturador; él, el torturado; nosotros, los sufridores. Yo, sufriendo en el fuego claro y punzante de la pureza; ardiendo, agonizando y extrañamente tranquilo. Él, sufriendo en las oscuras llamas de la humillación y empezando el viaje hacia la pureza. Yo, el instrumento de su entrega, y él, el instrumento de la mía. ¿Acaso la recompensa de los degenerados era humillar a otros? ¿Sería esa la triste cadena hacia la salvación, porque sé que hay una cadena? La humillación, pues claro que era eso. La humillación era la carga de la que me había liberado. La humillación, una tenia de la fuerza, matándome de hambre entre mentiras y cobardía, creciendo en mis intestinos, un peso que me obligaba a arrodillarme para después arrastrarme. Y ahora, ya me había purgado. No conseguía entenderlo. Había aprendido algo de mi abuelo, no, no era eso, más bien la presencia de mi abuelo me insuflaba una especie de fuerza. Su vida, el modo directo y honroso en que vivía, me había indicado el camino para escapar de la humillación. Yo debía

infligir a mi víctima una humillación más, con la que podría liberarme del todo y que lo metería en un aprieto desde el que empezaría su viaje hacia la pureza. Pero enseguida hablaré de eso.

Esa tarde no volví al trabajo, de hecho, ya no volví más. Por un lado, estaba harto de ese empleo y no conseguía relacionar el tedio de la rutina de la oficina con mis nuevos sentimientos. Tenía casi cien dólares en el banco que bastarían para mantenernos a mi abuelo y a mí una temporada. Y, por otro lado, lo que era más importante, no tendría tiempo para trabajar si quería conseguir lo que quería. Aquella tarde estuve deambulando por el centro de la ciudad, mirando escaparates, escuchando conversaciones ajenas y maravillándome con las invenciones humanas, regodeándome en esa nueva forma de comunicación. Ya no estaba fuera de la ciudad. Sí, la ciudad tenía muros, muros entre los puros y los impuros, entre los débiles y los fuertes, muros de dedicación y de violencia, muros que se caían y se reparaban solos, personas que cambiaban de lado, como había hecho yo, y personas que se preparaban para cambiar, igual que mi empleado de la consigna, y esa era la música de la vida, la música que me gustaba.

Cuando volví a casa aquella tarde, Marylin ya estaba en mi habitación. Sollozaba confundida. Cuando entré, corrió hacia mí, se apretó contra mi cuerpo y esperó a que la abrazara. En ese momento yo era demasiado fuerte. Me di cuenta de lo fácil que hubiera sido abrazarla, amarla y de la debilidad que eso habría supuesto.

—Abrázame —suplicó—, por favor, abrázame.

No la abracé. Miré por encima de su hombro hacia mi abuelo, que asentía despacio con la cabeza.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Es cierto? ¿Lo que me ha dicho tu abuelo es cierto? ¿No quieres casarte conmigo? Cuando ha empezado a decírmelo, yo no daba crédito a lo que oía.

Quise darle las gracias a mi abuelo por contárselo, pero pensé que tal vez fuera demasiado cruel. Intentaría ser lo menos cruel posible mientras durase aquella penosa vivencia para ella.

—Sí, es cierto, lo que te ha dicho mi abuelo es cierto.

—No lo entiendo —dijo—. Por favor, no digas eso.

Es interesante observar cómo, en los momentos de desesperación, nos volvemos extremadamente, ¿cómo decirlo?, educados. Decimos «por favor» y «gracias» y empleamos todo tipo de fórmulas de cortesía.

—No puedo casarme contigo, Marylin, no te quiero.

Puso la mano despacio sobre mi boca, como para frenar las palabras o cambiarlas.

—No, no digas eso, por favor. ¿Qué ocurre?

—No pasa nada. No te quiero. No podríamos vivir juntos así.

Seguía apoyada en mí.

—Creo que es mejor que te sientes —dije, y la acompañé hasta una silla.

Se sentó desconcertada, como obedeciendo una orden. Ya ni siquiera lloraba.

—¿No me quieres? Dijiste que me querías. —Su voz sonaba plana y dolorida—. Anoche, anoche mismo, en esa cama, nos desvestimos y me hiciste el amor, dijiste que me querías.

—Lo sé. Y siento haber tenido que engañarte. Tengo que confesar que te mentí.

—¿Tienes que confesar?

—Sí, que te mentí.

—¿Y todas estas semanas pasadas?

—Mentí, mentí. Ay, Marylin, siento mucho hacerte esto. No pude evitarlo, fui muy débil.

—No puedo creerme que todo lo que hemos vivido aquí, en este cuarto, todo lo que hemos sentido, las promesas que nos hemos hecho, fuesen mentiras. Sencillamente, no puedo creérmelo.

—Pues tienes que creértelo. Debemos acabar con esto ya. —Fui hasta donde estaba mi abuelo, que nos observaba en silencio—. Abuelo, dile lo que me dijiste a mí, cuéntale qué aspecto tenía mi cara.

—¿Tu cara? —preguntó Marylin—. ¿Qué quieres decir?

—Nos veía hacer el amor, no siempre estaba dormido.

—¡Dios mío! —exclamó—. Esto es increíble.

—Díselo, abuelo, por favor.

Al principio no me entendió, pero cuando se lo aclaré, se levantó y se puso en pie a mi lado, delante de ella.

—No puedo soportarlo. Los dos como jueces acusadores e impersonales —dijo Marylin antes de que mi abuelo empezase a hablar.

—Veo su cara cuando te abraza —dijo él, juntando las manos y haciendo un círculo con los brazos. Marylin apartó los ojos—. No, no —insistió él—, tienes que mirarme. —Ella lo miró a los ojos—. A veces lo veo —continuó, hablando despacio y con dificultad, ilustrándolo todo con sus manos—. Por encima de tu cuello, lo veo, su rostro dolorido como hombre muy enfermo. —Mi abuelo contorsionó el rostro con un dolor artificial—. Así. A veces cuando dejáis lucecita encendida, o vela, lo veo dolorido. —Mi abuelo se inclinó hacia ella—. Así.

—¡No, no, pare, váyase! —le gritó a mi abuelo—. No sé qué mosca os ha picado a los dos. Llévatelo —imploró.

No me moví. Era necesario que lo oyera y entendiera todo. De pronto, levantó el pie, lo apretó contra la barriga del anciano y lo empujó, sin violencia, pero con firmeza. Por un momento, vi sus ojos brillar de rabia y temí lo que vendría después. Pero él se encogió de hombros, se dio la vuelta y salió de la habitación, quizá para ir a la habitación de la casera.

—Pobre Marylin —dije en voz alta.

—Pobre Marylin —repitió ella—. ¿Cómo puedes decir eso, cómo puedes humillarme así?

—¿Cómo? —pregunté en tono beligerante, cansado de pronto de tanta escena.

—¿Cómo puedes hablarme con esa frialdad, después de todo lo que hemos vivido?

—Mira, Marylin —dije con la mayor ternura posible—. No quiero hablarte con frialdad, y no quiero ser cruel contigo, es solo que no creo que sea bueno seguir.

Se tapó la cara con las manos y se balanceó adelante y atrás. Las viudas de Ashur lloran en voz alta. Parecía vieja e hinchada, más vieja que yo, y mi casa y mi ciudad, antigua como la mujer, antigua como el dolor, más hinchada que las torres redondeadas de grano podrido, más

hinchada que los regimientos de cadáveres ahogados.

—¿Lo entiendes? —le pregunté con dulzura—. ¿Entiendes que ahora sí te quiero? Ahora te quiero en tu dolor.

—Cásate conmigo, por favor —sollozó—. Soy demasiado vieja para empezar de nuevo. No puedo empezar de nuevo.

—Por supuesto que puedes, aún eres joven y eres una mujer muy bella. —Oí a mis labios decir esa mentira y sentí asco—. No —rectifiqué—, no eres joven y no eres bella. No debo volver a verte.

—Por Dios, no me digas eso. No quiero oírlo.

—No hay nada más que oír. Podríamos repetir lo mismo una y otra vez.

—Sí —dijo Marylin—. Sí, debemos repetir lo mismo una y otra vez. Nos queremos. Sé que es así, podríamos construir una vida juntos, podríamos ser felices.

Se puso en pie y acercó su cuerpo al mío. ¿Cuánto tiempo durará esto?, me pregunté. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que se vaya, hasta que se aleje calle arriba hacia su apartamento, hasta que se lo cuente a su compañera de piso, hasta que lloren y duerman? ¿Serán quince minutos, una hora, se quedará hasta mañana? Hasta entonces, no debo escuchar, no debo pensar, no debo enredarme en su dolor. Pronto habrá terminado, se habrá completado, estaremos separados y libres, hasta entonces, debo dejarla fuera, debo ser una isla, un cilindro, una bomba, un reloj silencioso, sin rostro ni carillón, marcando el tictac sin ruido, en mi mundo de intestinos retorcidos. Se desabrochó la blusa y me puso la mano sobre su pecho, renuncié a mi mano.

—¿Cómo puedes olvidarme? —imploró.

Hizo de su cuerpo un argumento desesperado. Me metió la lengua en la boca. Abandoné mi boca. Adiós, pobre boca, nadie te llorará. Me lamió las orejas y media mejilla y me hizo un corte indoloro en el cuello. Ahora estaba desnuda y, mientras se quitaba cada prenda, anunciaba la carne que tenía debajo como una revelación. Era elocuente, pero no recuerdo qué dijo. Solo pensé, «qué triste, qué triste que tenga que hacer esto delante de mí, que se haya visto reducida a esto». El dedo índice de mi mano izquierda sujeto en su mano como un

lápiz, ahogado en líquido por su blanda traición. Sin que nadie lo llorara.

Me arrastró hacia la cama diciendo:

—¿Cómo puedes olvidarme?

Expuso mis costillas desnudas quitándome la carne con la camisa. Por fin libre, suspiré. ¿Por qué no podía abandonar mi cuerpo temporalmente? ¿De dónde venía ese mandamiento que centelleaba en mi constreñido mundo donde me ocultaba hasta que cesaran los estragos? No diré que de Dios, no les avergonzaré. Algún día podré decir que de Dios. Digamos que venía de la memoria, aunque era más fuerte y más intenso que ningún recuerdo que hubiese tenido jamás. «Tomará por esposa a una mujer virgen. No tomará viuda, ni repudiada, ni infame, ni ramera, sino tomará de su pueblo una virgen por mujer». Volví a ponerme la carne de pronto, como una gruesa prenda que me hubiese dado un fuerte brazo extendido. Grité extasiado y agónico.

—¡Suéltame! —exclamé, forcejeando entre el círculo de sus brazos.

—No, quédate conmigo, por favor, no me dejes, tú me querías.

Apretó los brazos en torno a mi cuello. Le clavé con fuerza los codos en las costillas.

—¡Hazme daño! —jadeó—. Te quiero.

—¡Para! —grité—. ¡Para de hablar!

La golpeé en la cara. Su cuerpo empezó a retorcerse y a temblar en una orgía de dolor y ebriedad sexual.

—Pégame —imploró.

Le pegué y le pegué con los puños y los brazos, con la cabeza y las rodillas. De pronto la puerta se abrió y mi abuelo apareció a mi lado y también la golpeó y ella no se resistió, no creo que se resistiera, nos instó a seguir, nos imploró que no parásemos, hasta que los tres empezamos a movernos en una danza frenética, como tres trozos de basura en la misma ola en un mar embravecido, arriba y abajo y arriba, enemigos y camaradas en una guerra ciega, asesinando y salvando con maniobras ciegas, mientras nuestras voces se alzaban y adoptaban un ritmo común, el clamor y la armonía de todos los hombres en una

guerra total. Cuando nos agotamos, nos apartamos unos de otros, respirando al unísono como relojes humanos. Todo había terminado, la operación, la cirugía estaba completada. Al cabo de un rato, se puso en pie y, como una vieja rebuscando en la basura, recuperó su ropa. Le sangraba un ojo. No se despidió. Nuestra despedida había sido muy elocuente.

XIII

He ido demasiado lejos. Les he contado demasiado. Es una historia descabellada, dirán ustedes, contada por un loco. Y la verdad es que ahora mismo estoy demasiado cansado para que me importe que me crean o no. Sucedió y ya está, sucedió igual que sucedieron Buchenwald, Bergen-Belsen y Auschwitz, y volverá a suceder. Se planificará y ocurrirá de nuevo y descubriremos las atrocidades, los ultrajes y las humillaciones y diremos que es el plan de un loco, la idea de un loco, pero el loco somos nosotros, los planes violentos, las crueldades y las indignidades son nuestras y no estamos locos, estamos clamando por la pureza y el amor. Ha pasado mucho tiempo desde que ocurrió todo esto, desde que golpeé o pensé en golpear, desde que consideré la violencia como un método. ¿Puedo sonreír ahora? ¿Puedo recordar esta historia y sonreír tristemente al pensar en la fragilidad humana? ¿Puedo susurrar con un dulce remordimiento: «¡Ay, mundo, ay, muerte!»? Puedo, maldita sea, claro que puedo: porque me pasó a mí; yo cometí esas pequeñas crueldades y actos violentos, y me conozco y sé que no soy malo; por tanto, ¿qué otra cosa puedo hacer salvo sonreír con dulzura, con tristeza o llorar con alguna enamorada y abrazarla con ternura y desesperación? No estamos locos, somos humanos y queremos amar, alguien debe perdonarnos por los caminos que seguimos para amar, pues los caminos son muchos y oscuros, y nosotros somos ardientes y crueles en nuestro viaje, asesinamos todo lo que se interpone en nuestro camino, ya sea roca, animal, niño o cadáver; y alguien debe perdonarnos por los rituales que inventamos para aislar la pureza, porque queremos que nuestro amor sea puro; rituales en los que lavamos y frotamos, y cortamos y fustigamos, y

despellejamos y hervimos y mutilamos hasta que el minúsculo fragmento de vida que tenemos por fin entre las manos se vuelve puro y sagrado, aunque a nuestro alrededor se pudra la carne descartada, envenenando el aire que respiramos; alguien debe perdonarnos nuestras faltas, que no son gloriosas ni lo bastante dignas para que valga la pena exponerlas. Pero ahora debo seguir. Ya he interrumpido lo bastante la historia con estas reflexiones.

XIV

Es fácil seducir a una mujer, sobre todo a una esposa, sobre todo a la esposa de un hombre débil y feo. He ahí la humillación definitiva que había planeado, quitarle a su esposa, hacer que le traicionara. Me consagré a mi tarea a la mañana siguiente. Averigüé el nombre de mi víctima por el jefe de la consigna, a quien fui a ver con la excusa de reclamar el equipaje de mi abuelo.

—Se llama Cagely —dijo—. ¿Por qué?

—Por nada —respondí—. Pensé que lo conocía, me pareció familiar.

—El bueno de Cagely —dijo— trabaja por tres, pero por alguna razón no parece tener lo que hace falta. No cae bien, ya me entiende. Por supuesto, podría decirse que tiene un defecto, con la boca torcida y esa manera tan rara de mirar hacia otro lado cuando habla contigo, no es exactamente un defecto, pero es difícil congeniar con semejante tipo.

No soportaba oírle hablar así de ese hombre que se había vuelto tan importante en mi vida. No tenía ningún derecho a ser parte de Cagely; Cagely era mío. El nombre de mi hombre en sus labios me causaba el mismo resentimiento que experimenté una vez cuando un conocido, a quien le había hecho una confidencia indiscreta, me preguntó una semana después por la dama en cuestión, usando su nombre de pila. Pensé que, si volvía a pronunciar su nombre, podría llegar a golpearle.

Fui hasta Peel Street y esperé delante de su pensión casi una hora, hasta que alguien que salía de la casa me dio la ocasión de entrar en el vestíbulo. Comprobé los nombres en el buzón y descubrí en qué habitación vivían los Cagely. Me quedé delante de los buzones, fingiendo leer los nombres hasta que la vi salir. No recuerdo cuánto tiempo esperé. La puerta se abrió por fin, una mujer salió al vestíbulo y

yo salí de la casa. La vi bajar las escaleras. Me pareció mayor y más alta que su marido. Era delgada y andaba con rigidez y con los hombros ligeramente inclinados hacia delante. Sus labios eran finos, y no había exagerado sus dimensiones al aplicar el lápiz de labios: una fina línea roja dibujada entre la nariz afilada y la barbilla puntiaguda. Quizá él se había rajado el labio con su cara, especulé divertido. La suavidad de sus ojos contrastaba con sus facciones cortantes. Fui tras ella, siguiéndola de un escaparate a otro. No compró nada. Dudé de cómo empezar. Se trataba solo de entablar conversación. Giró hacia el campus de la universidad y se sentó debajo de un árbol. Pasé de largo y esperé unos minutos. El campus estaba bastante abarrotado, había gente sentada en la hierba, almorzando y viendo cómo la primavera cambiaba los árboles. Pensaba en ella no como en una persona, ni como en una compañera de cama, sino como en un instrumento para causarle a mi víctima un dolor definitivo. Cuando la humillación es privada, es soportable; también es soportable cuando saben de ella unos desconocidos, pero cuando nos exponen vergonzosamente en presencia de nuestros íntimos, entonces es insoportable. Esa humillación total era la que yo quería infligirle a mi empleado de la consigna.

—Por lo visto ha encontrado usted el mejor árbol y todos los demás están ocupados. ¿Puedo compartirlo con usted? —le pregunté.

—Por supuesto —dijo ella.

—Hace un día precioso, ¿verdad?

No había por qué andarse con sutilezas.

—Sí.

—Ha sido una primavera muy larga, ¿no le parece? Todavía no ha empezado el verano.

—Hace tres años pasó lo mismo, ¿no se acuerda?

No les aburriré más con este diálogo tedioso. Todos hemos tenido conversaciones así. Lo importante no son las palabras, sino la provocación sexual. Era una mujer que rondaba la mediana edad, de aspecto corriente, sin hijos, su matrimonio era un fracaso. Me contó estas cosas y muchas más en la primera media hora que pasamos charlando, encantada de desahogarse con un desconocido.

—¿Y su marido? —pregunté.

—Bueno, hace lo que puede. Creo que si volviese a empezar no me casaría otra vez con él. A mí no me iba mal, todas mis hermanas se habían casado y mi madre repetía a diario: «Y tú, ¿qué?». Al cabo de un tiempo empezó a entrarme pánico. Supongo que me dio miedo quedarme sola. Caramba, sí que le estoy contando cosas y eso que solo hace unos minutos que nos conocemos.

—Para eso sirve hablar… y los desconocidos. Aunque no tengo la sensación de que seamos desconocidos, ¿y usted?

—No —dijo ella—, tiene razón. Es raro, ¿verdad?

—Sí que lo es; por favor, continúe.

—Bueno, parecía ser el único que estaba disponible, así que me casé con él. Es un buen hombre, a veces pienso que habría podido encontrar a alguien mejor, pero es un buen hombre. Todos tenemos que abrirnos camino en la vida.

Era solo una cuestión de tiempo que encontrásemos alguna cama y yo alabara su cuerpo decrépito y ella el mío, y ella recordara el odio que le inspiraba el hombre que la había tomado por esposa y enterrado en la pensión de una gran ciudad. Su sueño era muy fácil de entender. Era vieja, y su marido era feo y débil, y su sueño era un sueño de pasión. Soñaba con un desconocido que la tomara como a una niña novia, que entendiera su amor, su pasión, su fuerza, que la nutriese y la dejara florecer. Su sueño era el sueño de todo el mundo, el secreto de todo el mundo, un sueño de fuego y violencia y ternura, un sueño del descubrimiento y la plenitud del corazón. Fue fácil para el desconocido. La invité a comer y luego fuimos a su cuarto.

—Aquí es donde vivo —dijo—. Aquí es donde he terminado.

—Aún es usted joven —repliqué—. Puedo sentir su juventud y su vitalidad. Podría usted empezar de nuevo. Aún tiene una vida por delante.

Tal vez reconociera la mentira igual que yo, pero era una tarde en su vida y, para ella, la mentira fue bella.

—Me siento joven —dijo, poniéndose de pie delante de mí con los hombros hacia atrás, en un intento por exhibir sus pequeños pechos—.

Quiero tener hijos. Quiero educar a mis hijos.

Luego hicimos el amor. Por suerte, no recuerdo nada. Intenté ser habilidoso. Sí, algo recuerdo. Recuerdo sus ojos cerrados y su boca abierta y una concha en la repisa de la chimenea con la inscripción CATARATAS DEL NIÁGARA.

—Eres mi amante —dijo con ingenuidad—. Siempre he querido tener un amante.

Pero esa no fue su traición. El cuerpo desnudo, el temblor, el clímax no tuvieron nada que ver con la traición. La traición empezó después de su pasión. Estábamos tumbados en silencio.

—Él nunca me ha hecho el amor así —dijo—. No sabría cómo. Quiero decir que no tiene nada de imaginación, ya sabes a qué me refiero. Cuando pienso en todos estos años… y eso que él lo ha intentado, no te creas, lo ha intentado. Pero nunca he sentido nada por él. Nunca he sentido nada por su cuerpo. Hacía mucho que deseaba esto. Él no me entiende. Nunca esperé que me entendiera, pero nunca pensé que sería tan difícil. Es espantoso decirlo, lo sé, el pobre hace lo que puede, no es listo, pero siempre ha pagado las facturas, y aun así no puedo perdonarlo. Tengo la sensación de que me ha arruinado la vida, como si me lo hubiese robado todo. ¿No te parece espantoso?

—Lo entiendo —dije, acariciando su pelo áspero—. Lo entiendo.

Me marché después de quedar en que nos veríamos al día siguiente.

Al segundo día, dijo:

—Soy tan feliz que no sé qué decir. Siempre había soñado con conocer a alguien como tú, apenas puedo creer lo que me cuentas. A veces pienso que debes de estar hablando con otra persona en la habitación, pero miro alrededor y solo estamos tú y yo. ¿Será posible que de verdad me desees? Es maravilloso sentirse mujer; es como volver a nacer. Vete a saber qué diría él si supiese que tengo un amante, él, que me hizo un favor al casarse conmigo.

Al tercer día, dijo:

—Anoche le conté que tengo un amante. Tenía que decírselo. No podía soportarlo más. Se limitó a decir: «¿Tú, un amante?». No me creyó, fue incapaz de creerme. Le grité: «¡Tengo un amante, tengo un

amante!». Él no sabía qué decir. Nunca te lo había contado, pero es feo, es la única palabra que puede utilizarse. Le dije que lo odiaba por lo que me había hecho. Se limitó a mover la cabeza arriba y abajo como un idiota.

Al cuarto día, dijo:

—Lo odio. Si intentase besarme, creo que no podría soportarlo. Nunca lo has visto, tiene un labio que parece una llaga. Debe de haberme obligado a besarlo un millar de veces. No, no debería contártelo o no querrás besarme. ¿Cómo puedes quererme? Soy muy vieja.

La besé. Azucé su venganza. Él la había arruinado. La había ultrajado. Yo le había proporcionado una lógica a su odio. Yo ya no era importante para ella. No es raro que una mujer desprecie al hombre que se ha llevado su juventud y su inocencia, pero la mayoría recuerda que la violación iba acompañada de promesas, música y novelerías. Ella no había tenido música ni novelerías y las promesas eran cadenas. Él la había rescatado de la soltería y ella nunca podría perdonárselo; la había rescatado con un cuerpo débil y pecoso, con un labio partido y pocas luces. Yo había roto la presa de su odio y la riada iba a consumirlo todo.

Al quinto día, dijo:

—No quiere creerme, sigue sin creerme. Sigue sin creer que haya alguien que me quiera como le he contado que me quieres tú. Espero que no te importe que se lo diga, por favor. Tengo que decírselo. Anoche no pude ni meterme en la cama con él. No soportaba la idea de tumbarme a su lado. Intentó obligarme y le golpeé. Le dije: «Mírate, mira qué eres, ¿crees que alguien querría acostarse contigo?». Me cogió del brazo y me imploró. Estaba excitado, quiero decir sexualmente, y saltaba por ahí como un perro en celo. Intentó tocarme aquí y volví a golpearle. Sé que fui cruel, pero no se me puede culpar después de lo que me ha hecho. Después le dije: «Somos desconocidos, recuerda que somos desconocidos». Creo que se echó a llorar. Si hay algo que no soporto es a un hombre llorando, me revuelve las tripas. Y luego, ¿sabes lo que vi? Casi me avergüenza decírtelo. Había poca luz en la

habitación y vi las mantas moverse arriba y abajo. Estaba, en fin, ya sabes, masturbándose allí mismo, conmigo en la habitación. Me acerqué sin ruido y le arranqué las mantas. «Menudo cerdo estás hecho», le dije. Él se acurrucó con la cara en la almohada y se echó a llorar como un crío. «No tienes un amante», sollozó, «por favor, dime que no tienes un amante». Le duele de verdad. Luego le mentí, no sé por qué, solo por hacerle daño. Le dije que siempre había tenido amantes, que tú no eras el primero, que los había tenido desde el principio, incluso cuando estábamos recién casados. Luego empezó a golpearse en la cabeza con la mano e intentó ponerse encima de mí. Su comportamiento fue repugnante, pero no me sorprendió.

XV

Y así, los días siguientes continuó torturándolo para vengarse de él. Yo lo acompañé en su sufrimiento, lo apoyé, lo animé a encontrar el camino de la purificación a través de la humillación absoluta. A menudo iba a la estación a observarlo, a ver si podía detectar trazas de la lucha en su rostro. Parecía impasible, pero yo sabía lo que bullía en su cabeza y en su corazón. Conocía la vergüenza, conocía la humillación, las había sentido, habían bullido en mí. Una vergüenza, una culpa y una humillación viejas, más que mi propio cuerpo y que el suyo, más viejas que las palabras y los mundos, que Dios mismo. La creación era el principio de la vergüenza, el nacimiento de Dios, el nacimiento de la primera estrella, la violencia de la creación, la cruel puñalada en la nada que trajo las rocas, el agua y la carne; antes de eso, el gesto de la puñalada ya había puesto en marcha la vergüenza; la idea de la puñalada trajo la vergüenza. La vergüenza convirtió el espacio en aire y la luz en rocas. A veces pronunciaba una oración para mis adentros. Una oración repleta de esas paradojas que solo significan algo para los obsesos. Una oración de palabras y ambigüedades antiguas, que no tenía otro significado que la música, el ritmo de la dedicación y la pureza. Y a veces me balanceaba mientras la pronunciaba, oculto detrás de mi columna, con el mostrador de acero convertido en un altar, pulido, limpio y purificado, con mi víctima yendo y viniendo como un azogado entre el altar y las misteriosas y complicadas hileras de maletas de cuero. Y en cada maleta había una vida, un alma, y los cadáveres hacían cola, esperando a que él les devolviera el alma, y él se la devolvía a petición mía, sufriendo bajo el peso de cada una de ellas, esforzándose en subirla al altar, y luego ellos

le pagaban con los tíquets dorados. Sufre, mi pequeño sacerdote, mi pequeña víctima, sufre mi miseria, mi sufrimiento, mi dolor. Aprende la traición para que no puedas traicionar. Aprende la vergüenza, aprende la humillación, sé diligente al recordar tus culpas. Lava tu sangre en las limpias aguas del dolor, convierte tu carne en un filtro para el río de la angustia, tus huesos en un canal para el caudal de la amargura. Estoy contigo, estás a mi diestra, me abrazas, pero no puedes tocarme, he ido por delante de ti. Entiende la contaminación para que puedas ser puro, la violencia para que puedas ser pacífico. Sé puro conmigo, asfíxiate en el estiércol para poder respirar con libertad. De qué manera tan bella realizó su ritual, mi ritual, su carne bañada en leche, su labio deforme, una marca en su rostro, para que lo matase quien se encontrara con él, yendo y viniendo entre el altar y las hileras de maletas, el peso precioso de la vida entre sus brazos.

Parece un truco de magia. Lo sé. No intentaré justificar esos días, unos días en los que me moví en un absurdo sueño de pureza, pronunciando eslóganes falsos como un místico de pacotilla, cometiendo crueldades y adulterio en casa de un desconocido. No intentaré justificar esos días. Necesitaría un vocabulario y unos oyentes distintos, no quiero ni un vocabulario ni unos oyentes distintos. Les quiero a ustedes más que a nada, sí, a ustedes. No quiero que paren de leer. No quiero que paren de leer. No quiero que cierren los párpados, que me dejarían fuera como si fueran unas puertas frágiles e inexpugnables. No quiero que se arrebujen en las sábanas como si se prepararan para un largo sueño, se den la vuelta y se hundan poco a poco en esas profundas cavernas a las que no puedo seguirles. ¡Ay!, ahora duermen y estoy totalmente excluido. Ahora les diré que les quiero, que siempre les he querido, que he estado muchas veces al lado de su cuerpo dormido y les he dicho muchas veces que les quería desde siempre. No puedo estar en desacuerdo con nada de lo que digan acerca de esos días. Recuerden solo una cosa: fueron ordenados y felices. En su mágica locura, significaron más para mí que ninguna otra época de mi vida. No creo que vuelva a tener jamás esa sensación de integración, dedicación y misión, la deliciosa entrega de mi vida a una

causa superior. Incluso ahora, cuando recuerdo esa época, la recuerdo como un desfile glorioso entre hombres apasionados. No quiero recordarla de manera demasiado íntima. Quiero recordarla siempre, pero no con detalle, sino como una especie de mancha borrosa y dorada en mi vida. Ya solo me falta contarles cómo acabó este episodio. Me sorprende haber llegado tan lejos sin haberles revelado más de mí. Tengo la sensación de no haber hablado apenas, de que seguimos siendo desconocidos. Les he contado que la señora Cagely estaba más interesada en vengarse de su pobre marido que en el amor que pudiera haber entre nosotros. Fui un instrumento para ella, tanto como ella lo fue para mí. Por supuesto, es lo que ocurre a menudo entre los amantes, y era exactamente eso lo que yo había planeado. Yo esperaba que llegase el día en que insistiera en presentarme a su marido, y ese día su humillación sería completa.

—¿Te imaginas? —me dijo—. No quiere creerse que tengo un amante. Intenta tomárselo a broma. Tengo la sensación de que, al no creérselo, hace que nuestro amor sea menos de lo que es.

Era increíble cómo podíamos hablar de «nuestro amor». Ninguno de los dos creíamos en él ni lo queríamos, pero la expresión se coló en nuestro vocabulario por comodidad y la utilizamos como eslogan en nuestras respectivas misiones. Hablábamos de nuestra víctima durante horas, antes, durante y después de hacer el amor. Yo utilizaba su nombre y su fealdad para excitarla y ella me hablaba de su impotencia para excitarme a mí. Los dos jadeábamos mientras hablábamos de su piel lechosa y cubierta de pecas, de sus piernas delgadas y de su boca mutilada, gruñíamos ejemplos de su estupidez y alcanzábamos el clímax maldiciendo su vida patética y sin esperanzas. Decidimos confrontarlo con «nuestro amor» la tarde siguiente.

—¿Crees que se pondrá violento? —le pregunté.

—¿Violento él? No me hagas reír. Probablemente se desmoronará y se echará a llorar.

Su rostro puntiagudo brillaba embotado como una cuchilla en la penumbra de la habitación. Se apartó de mi abrazo y se quedó de espaldas mirando el techo, con las manos en la nuca.

—Estoy deseando ver su cara —dijo.

—Se relamerá los labios —repliqué.

—Se esforzará en tomárselo a broma —insistió.

—A lo mejor da media vuelta y echa a correr.

—¿Y dónde va a ir? —quiso saber.

—La habitación estará oscura —dije—. Al principio no nos verá.

—No lo creerá hasta que nos vea —dijo ella.

—Quedémonos en la cama cuando venga. Y sin ponernos la ropa.

—Sí, sí —respondió ella—. Solo así lo creerá. Y cuando nos vea y se lo digamos, quiero que te vayas. Quiero quedarme a solas con él, ¿lo entiendes?

—Pues claro que lo entiendo. —Le besé los pechos pequeños y resecos—. Pues claro que lo entiendo —repetí—. ¿Querrás volver a verme? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No lo creo —dijo—. Me gustas mucho, pero no podemos ir mucho más allá.

—Tienes razón —contesté con auténtica ternura—. Los dos hemos hecho lo que queríamos.

Ella asintió con la cabeza.

—Supongo que encontrarás a alguien —dijo—. Eres de esos que necesitan a una mujer.

—Supongo que sí.

XVI

Esa noche, de camino a casa, comprendí que un capítulo de mi vida se acercaba a su fin. No sabía qué haría cuando acabara lo del empleado de la consigna, y no me importaba. Solo sabía que me hallaba a mitad de una prueba, de un ritual importante, y que me estaba aproximando al final de mi época de neófito. La primavera ya había llegado a la ciudad. Parecía haber gente en cada esquina, esperando sin más. Jóvenes con el pelo engominado y la camisa abierta se apoyaban contra la pared y tramaban fabulosas orgías con cada mujer que pasaba. Los viejos se apiñaban en los bancos públicos y nombraban nuevos gobiernos. Los capullos y el olor fértil que se las arregló para llegar incluso al centro de la ciudad parecían afirmar mi nueva vida de pureza. La casera y mi abuelo estaban en el balcón, disfrutando del buen tiempo. No me importaba el perverso apego que ella sentía por mi abuelo mientras a él no le importara. ¿Cómo saber quién estaba utilizando a quién? Desde hacía un tiempo, la casera estaba siempre con él y, como yo no era buena compañía porque mi mente estaba obsesionada con mi ritual, le agradecía sus atenciones con el viejo.

—Es tu nieto —le dijo, cuando subí las escaleras.

Como de costumbre, no me reconoció hasta que estuve delante de él.

—Vaya, hola, cariño.

—A mí nunca me dices eso —le reprochó la casera, pero él no le hizo caso. Luego se dirigió a mí—: Han vuelto a llamarle de la oficina. Quieren que rellene no sé qué papeles. Les he dicho que se pasaría en cuanto pudiera.

—Ha hecho muy bien. —Me pasaría en cuanto pudiera. Pronto necesitaría ganar un poco de dinero, pero de momento no, al menos

hasta dos días después—. ¿Qué tal estás, abuelo?

—Bien, bien. ¿Cómo quieres que esté? Los viejos están bien en cualquier parte.

La casera se rio y le acarició el pelo.

—Cualquiera que le oiga… —dijo—. Y eso que tiene todas las comodidades del hogar.

Le pellizcó la mejilla. Él le agarró la mano y la empujó contra el brazo del sillón. Le hizo daño, pero ella dudó de si lo había hecho con rabia o en broma. Mi abuelo se rio como si alguien hubiese contado un chiste y la casera también decidió reírse.

—Menudo genio tiene, ¿eh? —dijo con una risita.

—Sí, mucho genio —replicó él y le dio una palmada en el muslo.

—Os dejo que os peleéis —dije, saliendo de la habitación.

—¡Yo le daré la cena! —gritó ella.

A mí no me apetecía comer. Ese día, como los demás, había sido de una intensidad emocional tan grande que estaba muy cansado. Me quité los zapatos y la chaqueta, me tumbé en la cama y enseguida me quedé dormido.

Mi abuelo me despertó en plena noche. Me levanté y encendí la luz. Estaba muy nervioso y respiraba con dificultad. Señaló al pasillo con el bastón.

—Ven, ven —dijo.

Lo seguí por el pasillo hasta la habitación de la casera. La puerta estaba abierta. La escena que vi parecía sacada de la portada de una novela policiaca barata. En el tocador, una lámpara teñía la habitación de luz anaranjada. Sobre la cama de hierro colgaba un recargado crucifijo que arrojaba una sombra de espinas. En el tocador, sobre una bandeja de espejo, se alzaba una fortaleza de cristal de frascos de medicina y de perfume. En el marco del espejo, había instantáneas y estampitas religiosas. El empapelado con enormes rosas en columnas colgaba suelto de una moldura en forma de racimo de uvas. La habitación era la destilería de ese olor tan peculiar que exudaba siempre la casera. Estaba tendida en diagonal en la cama, desnuda y bocabajo, con un brazo enredado entre las sábanas y el otro colgando

lacio a un lado de la cama. No estaba inconsciente, sollozaba. Tenía rojos verdugones en la espalda y en las nalgas. En realidad, reconocí el dibujo del bastón tallado de mi abuelo en los moretones. Mi abuelo daba saltos alrededor de la cama, blandiendo el bastón y mirando hacia mí en busca de aprobación. Fue la primera vez desde que lo conocí que consideré la posibilidad de que estuviese loco. Dio un saltito y le golpeó con el bastón en los hombros. Ella no hizo el menor esfuerzo por defenderse. Soltó un gemido conmovedor, tembló y siguió sollozando. Mi abuelo se me acercó bailoteando y me dio el bastón para que la golpeara.

—Vamos, vamos —me animó tirándome del brazo para acercarme a la cama—. Yo ayudé a ti con Marylin, ¿recuerdas?

Atónito, cogí el bastón. Él le tiró del pelo con ambas manos y le escupió en la cabeza. Era una violencia que no tenía lógica ni propósito. Su único objetivo era infligir dolor a otro ser humano. Estaba loco, sin duda, estaba loco.

—Vamos, vamos —me indicó con un gesto, mientras le golpeaba las nalgas como un tambor.

La habitación de pronto se volvió sucia, contaminada. Mi abuelo pululaba alrededor de la mujer, golpeando, pellizcando, tirando, como si fuese una obra de arte creada por él que despreciase y quisiera mutilar. Ella yacía bajo la luz anaranjada, igual que un cadáver exhumado, con el pelo enredado y el cuerpo amoratado, temblando vagamente con los golpes, sollozando y atragantándose con su propia saliva. Una violencia sin propósito alguno. Me incliné hacia él y le sujeté los brazos contra los costados.

—¿Qué, qué? —preguntó.

Se escurrió y me dio una patada en la entrepierna. Le solté un puñetazo en el rostro furibundo y luego en el vientre. Cayó al suelo sin aliento.

—¡Basta ya de hacer tanto ruido! —gritó un inquilino desde el otro lado del pasillo.

Mi abuelo estaba dolorido, con la boca cubierta de sangre. Murmuró algo en una lengua extranjera. Yo no soportaba la luz anaranjada. Quité

la pantalla de la lámpara y dejé expuesta la bombilla. Desenredé la sábana del brazo y tapé a la casera con ella. Mi abuelo se me agarró al tobillo al pasar. Fui al cuarto de baño y empapé una toalla en agua fría. Le lavé los hombros y la cara a la casera. Ella intentó tumbarse de espaldas, pero no pudo.

—Gracias —dijo en voz baja.

Llevé a mi abuelo de vuelta a mi habitación y lo metí en mi cama. Le lavé la cara con una camisa que alguien había tirado en un rincón.

—Cariño —dijo—, no debes pegar tu abuelo. Soy un viejo. Una vez nadé lago. Ya no puedo. Fui único hombre en nadar lago. Todos querían vencerme. Solo yo nadé lago.

Intentó mover los brazos como si nadara. La pelea lo había agotado y se quedó dormido. Pasé toda la noche yendo de una habitación a la otra, llevándole agua y un poco de sopa caliente a la casera, cuidando de mi abuelo, sin pensar en otra cosa que en la comodidad de ambos cuerpos. Llegó la mañana y la casera seguía dormida. Dejé un vaso de leche fría con cereales al lado de la cama. Mi abuelo me saludó con afecto, como si hubiese olvidado lo sucedido la noche anterior. No se lo recordé. Decidí vigilarle más de cerca en el futuro. Dispondría de más tiempo para estar con él cuando concluyera el episodio con mi empleado de la consigna. Mi empleado de la consigna, mi víctima, casi había olvidado la importancia de aquel día. Era el día de la confrontación, de la resolución. Sonó el timbre. Sonó por segunda vez antes de que me diese cuenta de que la casera no estaba en disposición de abrir. Encontré a cuatro personas de pie en el vestíbulo, tres hombres y una mujer. Uno de ellos era un agente de policía. No me sorprendió. No sabía qué hacía allí un policía, pero no me sorprendió. Uno de los otros pronunció mi nombre como si fuese una pregunta.

—Sí —respondí—, ¿quieren pasar?

Los cuatro entraron en mi habitación.

—¡Ese es! —gritó uno de ellos, y corrió hacia la cama de mi abuelo —. Este es, este es mi abuelo.

—¿Qué, qué? —preguntó mi abuelo sorprendido.

—No entiendo… —dije.

El hombre que había pronunciado mi nombre dijo:

—Soy el inspector Forret. Creo que vamos a darle una pequeña sorpresa.

—Sí —coincidió la mujer—, una sorpresita.

—Deja que se lo diga el inspector, cariño —terció el hombre que estaba sentado al lado de mi abuelo—. No nos causará ningún problema.

—Seguro —dijo la mujer con amargura—, probablemente esté deseando librarse de él.

—¿Qué están diciendo? —quise saber.

—Verá —respondió Forret—, ha habido un error. Este hombre —dijo, señalando a mi abuelo—, este hombre, que usted cree que es su abuelo, no lo es, es el abuelo de este caballero.

—Eso es absurdo —dije.

—Estoy de acuerdo —dijo la mujer—, quédese con el viejo y olvidemos que esto ha sucedido.

Su marido se puso en pie y le gritó:

—¡Te prohíbo hablar así del padre de mi padre! Será un gran honor tenerlo en casa.

—Un gran honor, seguro —dijo ella—, otra boca que alimentar, más camisas que lavar, otro plato en la mesa, un gran honor.

—Bueno, amigos, eso tendrán que decidirlo ustedes. Yo tengo que explicarle una cosa a este caballero.

—Sí, por favor —dije—. No sé de qué están hablando.

—Como le iba diciendo —continuó Forret—, este no es su abuelo. Los que le llamaron desde Nueva York cometieron un error. Se dedicaron a llamar a un número tras otro hasta encontrar a su familia. Usted se apellida igual y probaron a llamarle también a usted. Si usted hubiese dicho que no era su nieto, habrían terminado llamando a este caballero y todo habría ido bien. Dicho lo cual, ¿por qué dijo que era su nieto? Los registros muestran que su abuelo murió hace unos años.

—Mi padre se llamaba Frederick —dije en tono inexpresivo.

—El mundo es muy grande —intervino el marido con arrogancia—, el mío también se llamaba Frederick; eso no es una explicación.

—No me lo creo —dije a la desesperada—, tendrán que demostrármelo.

El marido sacó un sobre de cartón del bolsillo y me lo dio. Dentro había cartas y fotografías, la acumulación de una historia familiar. Me senté y las coloqué en la mesa delante de mí. Las pruebas eran abrumadoras. Había fotografías de mi abuelo de joven con grupos familiares, en los que no reconocí a nadie. El marido miró por encima de mi hombro.

—Ese es mi padre —dijo, señalando a un niño que estaba de pie al lado de mi abuelo—. Y ahí están los dos el día de nuestra boda.

—Un día aciago —comentó la mujer.

Miré a mi abuelo, que seguía tumbado mirando a la pared, sin hacer caso a lo que ocurría. Los cuatro desconocidos pululaban a mi alrededor.

—Supongo que se habrá convencido —dijo Forret.

—¡No, no me han convencido! —grité—. ¡No me han convencido en absoluto!

—Esto es ridículo —dijo el marido dirigiéndose al inspector—. ¿No es ese el motivo por el que hemos traído al otro agente?

—No hay ningún problema y todo es legal —dijo Forret—. Vamos a intentar arreglar las cosas de la manera más fácil posible.

—¿Y qué hay del carro y de los animales? —grité de pronto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Forret.

—Vaya, se lo ha contado, ¿eh? —dijo el marido, en tono aburrido—. Es una vieja anécdota de la familia. De joven, mi padre metió en su carro, un regalo de su padre creo recordar, a todos los perros y gatos del pueblo y los lanzó al fondo del lago.

—Típico de él —dijo su mujer.

De pronto me sentí solo; de pronto me habían expulsado de la ciudad. «Estás solo, estás solo —decía una voz aguda y silenciosa que latía en las brasas de mi imaginación—. Estás solo, y siempre lo has estado».

—Por favor, no se vayan —les dije con educación a los desconocidos —. Prepararé un poco de café.

—Me temo que no tenemos tiempo. Gracias de todos modos.

El marido negó con la cabeza y se rio.

Ayudaron a mi abuelo a salir de la cama y a ponerse la chaqueta. Él no opuso resistencia. No creo que entendiera lo que ocurría. La voz en mi imaginación proclamaba mi soledad una y otra vez como la promesa apasionada de un oráculo. «Ahora no tienes a nadie, ahora no tienes nada».

Me dejé llevar por el pánico.

—¡Por favor, no se lo lleven!

Ninguno me hizo el menor caso.

—Creo que ya lo tiene todo —dijo el marido.

—¡Abuelo! —le grité al viejo a la cara—. ¡Quieren que te vayas de aquí!

Me planté delante de la puerta para impedirles salir. Con un gruñido, él se llenó la boca de saliva y me escupió.

—Cariño —dijo—, no debes golpear un viejo. —Luego se volvió hacia el marido y dijo—: Anoche me pegó.

—Qué gente tan encantadora estamos conociendo —dijo la mujer.

—No perdamos la calma —rogó Forret.

—No pueden llevárselo —imploré—, no pueden llevárselo. Le quiero. Es mi abuelo. No les dejaré. No saben cómo manejarlo. Es peligroso. ¿Saben que al fondo del pasillo hay una mujer a la que casi mata a palos anoche? —Luego apelé al policía—. Y el primer día en la ciudad golpeó a un policía con su bastón, con este bastón. Y luego la tomó con la mujer. Y le tiró a la casera excrementos, sus propios excrementos, a la cara.

—Encantador —dijo la mujer—, simplemente encantador.

—Creo que ya es suficiente, señor Forret —dijo el marido.

Forret le hizo un gesto al agente, que me cogió del brazo y me apartó de la puerta. Yo le escupí en la cara.

—¿Ha visto eso, señor? —dijo—. ¿Lo ha visto?

—Más vale que vaya con cuidado —me advirtió el señor Forret.

—Más vale que vaya con cuidado —repitió el marido.

Los cinco salieron al vestíbulo. Corrí tras ellos. El policía fue el

último en salir del vestíbulo y choqué contra él. Miró hacia atrás deprisa para ver si los demás lo veían. Estaban ocupados bajando las escaleras con mi abuelo y ayudándolo en cada escalón. Me golpeó con el lateral de la mano entre el cuello y el hombro. Caí al suelo y me apartó unos centímetros con el pie, para que los demás no pudieran verme. Luego dio media vuelta y se marchó.

—No se lo quedarán —sollocé—. Los matará a todos. Es un asesino. Se está muriendo. Es mío. ¡Es mío!

XVII

Me quedé tumbado en el suelo un buen rato, con la mejilla apoyada en las frías y sobrias baldosas. Eran de color óxido y estaban rodeadas por un foso de cemento. Las baldosas eran lisas; el cemento era áspero. Había un montón de chanclos y botas de goma embarradas en un rincón, acurrucados como animales ciegos y subterráneos. En el centro se alzaba un paraguas como un árbol negro y venenoso. Ahora las baldosas eran campos sin sembrar, regados por un complejo sistema de irrigación. Ahora eran los escaques de un tablero de ajedrez y yo planeaba un jaque mate con un regimiento invisible. Ahora las baldosas eran islas en un plácido océano de cemento, cada una cerca, muy cerca de las demás, aunque nunca llegasen a tocarse. En algún lugar, en mitad de mi fantasía, un coche aceleraba llevándose a mi abuelo y a sus nuevas víctimas: un marido y su mujer insatisfecha. Luego, alguien se lo llevaría a otra casa y después a otra y a otra más. Lo vi pasar entre los edificios de la ciudad, con el bastón en la mano, enseñándoles a todos los que pasaban un bello y peligroso ritual de violencia. Un ritual que él mismo violaba. La paliza a la casera había sobrepasado el ritual. Lo vi moverse entre las familias, las iglesias y los patios, tentando a todos los hombres con una nueva vida y una nueva dedicación. ¿De verdad había surtido algún efecto en mi vida? ¿Estaba atribuyéndole una influencia que nunca había tenido? ¿No se enseñaba lo bastante la violencia en esa ciudad, en el bosque, en el cielo cambiante? Ahora yo estaba solo, solo. Mi habitación estaría tan vacía como mi vida. «Pureza, dedicación»: repetí las palabras una y otra vez. No significaban nada. Me sentí víctima de un juego estúpido. Qué sinsentido había llegado a creerme. Qué absurdo sinsentido. «Estoy

muy solo», les dije a mis islas, fijas en su mar de piedra, e intenté encontrar dos para juntarlas. Cuando por fin me puse en pie, los dedos me sangraban. Noté un dolor agudo en el hombro. Aparté el incidente de mi pensamiento. No quise recordar la farsa que acababa de escenificarse en mi habitación. Eso había sido, una farsa en la que no habían faltado ni documentos familiares desenterrados ni identidades confundidas. Pero esa cínica reflexión no calmó el dolor del hombro ni del dedo, ni el profundo dolor en mi mente que abrazaba al dolor físico como a un hermano y lo hacía propio.

Fui a la habitación, que ahora parecía una llanura despejada, y no pude soportar su vastedad. Las camas eran promontorios yermos e inmensos y el techo, un cielo imposible. Las paredes se habían disuelto en un desierto descolorido. En la calle, las personas eran fantasmas atareados que iban en grupos de dos o tres entre los ladrillos indefinidos y oscuros. Solo el dolor y el pánico creciente a la soledad eran concretos. El rostro de un edificio contrastaba con la ciudad borrosa. Subí las escaleras y encontré el camino hasta su puerta. Recuerdo el timbre porque lo noté duro contra mi dedo lastimado.

—Llegas pronto —dijo la señora Cagely—. ¿Qué te ocurre? Parece que te haya arrastrado un tornado.

No dije nada. Me tumbé en la cama y, por primera vez, me fijé en la habitación. Era verde, de hecho era del mismo tono verde que la consigna donde trabajaba su marido. Una moldura de escayola blanca sujetaba un techo que estaba hinchado en el centro como un trozo de cartón. Una vena de escayola nueva trazaba la hinchazón. La recargada estufa de gas se enroscaba como un sistema digestivo metálico bajo la repisa de la chimenea. En la repisa había un pequeño calendario de un banco, una fotografía de boda y el recuerdo en forma de concha que me había llamado la atención la primera tarde que hice el amor con ella. En cada una de las cuatro paredes había una reproducción de una escena de las tierras del norte. Probablemente las hubiese conseguido en el ferrocarril. En la habitación no había nada femenino, ni frascos de perfume, ni cosméticos, ni cintas de seda. No había rastro de ninguna expresión individual de su propia vida. Y, ya puestos, de la de él

tampoco. Ni una pipa, ni una revista, ni unos gemelos. Sobre la cómoda, no había más que un sucio tapete de encaje. Podría haber sido la sala de espera de un dentista venido a menos. No se me ocurrió nada que pudiese hacer allí una mujer. No había rastros de comida. Se sentó en la cama a mi lado y me cogió la mano.

—Tienes los dedos amoratados —dijo—. ¿Qué has hecho?

El calor de su mano me dio seguridad y besé su carne humana. Quería que se quedase a mi lado. Era la única persona a la que conocía en la ciudad.

—Me desvestiré —dijo.

Se quitó las prendas una a una, las plegó con cuidado y las metió en un cajón de la cómoda. Imaginé su cuerpo al lado del mío y suspiré por él.

—Espera, deja que te ayude con la corbata. ¿Qué te ha pasado en el hombro?

—Me caí… No, no, no pasa nada. Por favor, túmbate aquí. Quiero notarte cerca.

Se metió en la cama, bostezó y se desperezó.

—Ya ha llegado el día —dijo—. El día que tanto, tanto he esperado. Espera, deja que baje las persianas.

—Por favor, no te vayas de la cama.

—¿Qué te pasa hoy? Pareces un niño. No podemos hacerlo a plena luz.

—Date prisa, por favor.

—De acuerdo. —Se rio—. Me daré prisa. —Se cubrió con la colcha y oscureció la habitación—. No he tardado tanto, ¿no? —dijo, acurrucándose a mi lado—. Ahora oscurece muy tarde. Así habrá bastante luz para que mi marido nos descubra. Ahora veremos si me cree o no.

«Por favor, que no venga, por favor, que no venga», recé con desesperación para mis adentros.

—Me parece verlo ahí de pie, relamiéndose —dijo ella—. Se echará a llorar y ya está, ¿te apuestas algo a que se viene abajo y llora? Será digno de ver.

Mientras hablaba, empezó a acariciarme, sus movimientos se volvieron más apasionados a medida que la descripción de su marido afligido se volvía más elocuente.

—Se pondrá a cuatro patas. Sé cómo actúa cuando se altera. A cuatro patas.

«No podemos permitirlo —quise decirle—. No podemos permitirlo. Ha sido un error. No tenemos derecho a hacerle esto». Pero no podía decírselo. No podía hablar. Me asustaba que dejase de acariciarme, que se levantara de la cama y bajara todas las persianas de la ciudad, que me dejara solo. Mientras me hacía el amor, no articulé palabra y no creo que a ella le importara. Usó mi cuerpo como si fuesen cuentas religiosas, sujetando este miembro, acariciando esta parte, hablando una y otra vez de su venganza, y no reparó en el momento en que me estremecí y me relajé en mitad de su rosario.

—Ahora nos quedaremos aquí a esperarlo —dijo.

Intenté abrazarla, pero su cuerpo estaba rígido y anguloso. Habría querido que me masajeara el hombro, pero no lo hizo. «Da gracias por estar al lado de un ser humano», me dije. Hay millones que están solos. La casera, la pobre casera, estaba sola. Y, mientras me sumía en el sueño, vi a multitudes de durmientes solitarios, dando vueltas y vueltas, a muy poca distancia unos de otros, pero sin tocarse jamás.

—Eso es —me dijo, y acercó mi cuerpo a ella aún más—. Duerme mientras esperamos.

Me adormecí sobre sus pechos pequeños, soñando no con humanos, sino con estrellas, galaxias y lunas que giraban despacio en el firmamento.

—Creo que lo oigo —dijo, y se incorporó.

Oímos cerrarse la puerta de la entrada y unos pasos que iban hacia nosotros por el pasillo.

—Es él —susurró nerviosa—. Reconozco su forma de andar. —Retiró la ropa de cama—. Quiero que lo vea todo —dijo.

La puerta se abrió y se cerró, un haz de luz iluminó nuestros cuerpos por un instante. Reconocí la silueta menuda. La habitación estaba a oscuras. Él no podía ver nuestros rostros.

—Hola —dijo ella—. ¿Por qué no enciendes la luz?

Algo, que no llegó a ser una palabra, escapó de su boca.

—¿Por qué no te acercas un poco más? —lo provocó ella. Él fue mecánicamente hacia la cama. Mi temor y el suyo, mi vergüenza y la suya inundaron la habitación como una riada—. Querrás conocer a mi amigo, ¿no? Es el hombre de quien te hablé, ¿recuerdas? —La crueldad de su voz era increíble. Yo no quería que me viese. Oculté la cara en su vientre y le abracé la cintura. Mi desnudez me quemaba—. ¿Qué haces? —preguntó, sorprendida.

—Te quiero —murmuré en su carne—. Tápame, por favor, tápame.

Ella se quedó confundida. Intentó apartar mi cara de su vientre con ambas manos.

—No debe verme, no debe verme —repetí nervioso.

La abracé con más fuerza y oculté más la cabeza.

—Lo estás echando todo a perder —jadeó ella—. Me haces daño.

—Te quiero —repetí una y otra vez—. ¡Por favor, no me dejes solo!

Yo estaba de rodillas, con el peso de mi espalda y mis hombros contra su vientre y los brazos temblorosos por el esfuerzo.

—Mis costillas —gritó ella dolorida y soltó una tos sin aliento.

Me arañó el cuello, y noté la convulsión de su estómago bajo mi frente. Echó los brazos hacia atrás intentando frenéticamente agarrarse al borde de la cama.

—Te quiero. No me dejes. ¡Te quiero!

Olí el fluido repugnante. Mi rodilla resbaló en él. Se estaba asfixiando y movía las piernas arriba y abajo, como un nadador esprintando. «Nos hundimos —pensé—. Todos nos hundimos. Este es el fin. Se acabó. Nos hundimos por última vez y me alegro de estar exhalando mi último aliento, desnudo y ardiente en esta cama ponzoñosa en la oscura antesala de la muerte».

—¡Socorro! —jadeó ella—. ¡Ayuda!

Noté las manos de él en mis hombros, apartándome. Hice una mueca de dolor cuando me agarró por la herida de esa mañana. Me metió los dedos en los ojos y en la boca y me tiró de la cabeza hacia atrás.

—No me mires —rogué—. Me conoces.

Pero daba igual, porque estábamos descendiendo los tres, despacio y con calma en plena batalla, con la llama de nuestro cuerpo extinguiéndose a través del agua turbia y las algas, hacia el lodo suave y ondulado.

—¡Tú! —dijo, sin dar crédito a lo que veía—. ¡Tú, no puede ser!

—¡Mátalo! —chilló ella arañándome la cara.

—Sí, soy yo —susurré para mis adentros con algo de humor—. Ven con nosotros, amigo. Nos estamos hundiendo para descansar, por fin, y esta ha sido una larga, larguísima caída.

Se abalanzó sobre mí y me golpeó la cabeza con los puños y los codos.

—¡Me has destrozado la vida!

Me tapé la cara con los brazos, pero no me moví mientras me golpeaban. Enseguida pararon. El hombro me dolía mucho. Tendrían que ayudarme a vestirme. Ella estaba en sus brazos y él le limpiaba la boca con un pañuelo.

—No llores, no llores —le dijo.

—Échalo de aquí —sollozó ella—. No quiero volver a verlo. Lo odio. Lo odio.

—No sé quién es usted, señor, ni por qué nos ha hecho esto, pero más vale que se vaya antes de que llame a la policía.

—¿Dónde guardas tus fotos guarras? —le pregunté, sin motivo—. ¿Sabe tu mujer lo que haces en el váter?

No se lo pregunté para avergonzarlo, sino para oírme a mí mismo y lo absurdo que era. Me alegré de preguntárselo. No tenía sentido. Me golpeó en la boca.

—Largo de aquí. Largo de aquí ahora mismo.

—Tendrás que ayudarme a vestirme —dije, notando el sabor a sangre en la boca—. Tengo el hombro bastante mal.

Me levanté de la cama con cierta dificultad. Encendí la luz. Él cubrió a su mujer con la colcha. Yo vi mi ropa plegada en una silla. Miré debajo de la silla y luego debajo de la cama. La cama olía fatal.

—No encuentro mi ropa interior —anuncié.

—En el cajón de arriba —murmuró la señora Cagely, y luego añadió

a modo de disculpa—: No soporto ver las cosas por ahí tiradas.

Me puse la ropa. Él me ayudó con la camisa. Observé la foto de boda y la concha. La concha estaba cubierta de un barniz marrón. Qué chimenea tan rara y tan anticuada... Pregunté si aún funcionaba, pero no me contestaron.

—Siento que no haya podido ser —dije.

Ella apartó la mirada asqueada. Él se relamió el labio, que en ese momento no me pareció tan extraordinario. No me regodeé en su fealdad. Los dejé consolándose mutuamente y me fui. Calle abajo. Todavía quedaba algo de luz. Suaves y grises, los edificios se alzaban a mi alrededor como guardianes gigantescos y mudos. Tuve cuidado de no pisar las grietas de la acera. Era difícil no hacerlo sin romper el ritmo al andar. Nadie me saludó ni me miró al pasar. Era anónimo. Los automóviles empezaban a encender los faros. Tal vez Marylin estuviese en mi habitación. De pronto, quise abrazarla y hablarle de mi libertad. Recordé todos sus movimientos, el temblor de sus nalgas cuando caminaba, el modo en que sus muslos se extendían como lava cuando se sentaba, el súbito encogimiento de su vientre cuando estaba al borde del orgasmo, cada huerto de pelo, rubio y negro, el sendero de poros de la nariz, el mapa de las venillas de los ojos, el peculiar color de sus labios, como heridos. Cuando llegué a mi habitación, no me estaba esperando. Me apetecía tener unos días de intimidad. Pasé al lado de la habitación de la casera. Estaba gimiendo en voz baja. Decidí calentarle un poco de sopa.

Relatos

San Jig

—Bueno, ¿y qué hiciste después?

Henry formuló la pregunta en tono compasivo. Sabía que su amigo lo estaba pasando mal.

—La invité a una copa. No sirvió de nada.

—¿Qué tipo de copa?

—Un vodka con Coca-Cola, como me dijiste. Hasta me tomé yo uno. Qué brebaje tan asqueroso. —Jig hizo una mueca—. Luego la invité a otra y luego a otra. Me gasté ocho dólares en alcohol y eso sin contar el taxi y la película. ¿Y qué consigo a cambio? Nada, nada de nada.

—Jig, ¿estás seguro de que hiciste todo tal y como te dije? Si a Patsy le das suficiente vodka, cualquiera que lleve pantalones puede conseguir lo que quiera de ella.

Henry lamentó haberlo dicho en cuanto vio a su compañero de habitación bajar la mirada. Jig era demasiado sensible. Patsy era la cuarta chica con quien le conseguía una cita. Todas eran guapas, no muy exigentes y, para ellas, irse a la cama con alguien era como cualquier otra actividad recreativa, como los bolos o jugar a la canasta, y no les preocupaba mucho quién fuese su compañero, con tal de tener uno. Eran piezas fáciles, sobre todo Patsy, pero Jig no lo había conseguido con ninguna. Y eso que Jig era un chico guapo. ¿Qué más daba que su mano izquierda fuese un poco deforme? Eso no lo convertía en un tullido.

—Sí —respondió con cansancio Jig—. Lo hice todo exactamente como me dijiste. La llevé a ver una película de miedo, como me dijiste. Se retorció y se rio todo el tiempo.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Te acercaste a ella?

—No hice nada. No pude. Se sentó a mi izquierda.

Jig apretó la mano buena y se golpeó la rodilla tres o cuatro veces.

—¡Vaya, lo siento!

—No lo sientas, Hen. Has sido un verdadero amigo, buscándome las citas y todo. Pero está visto que no puedo. A veces tengo la sensación de que ellas quieren, pero luego empiezo a pensar en mi mano e imagino que no querrán que una cosa así recorra todo su cuerpo. Otras veces sencillamente no me parecen atractivas y no sé qué demonios hago allí con ellas. —Luego añadió con amargura—: Seguro que muero virgen.

Henry recordó su primera vez. No se acordaba de la cara de la chica. Fue con una profesional en el club Cuarenta y Dos. Jig se miraba la mano izquierda. De pronto movió los dedos marchitos delante de la cara de Henry y estalló:

—Dime, Henry, ¿qué chica querría ver esto trepando por su muslo?

—Dios, olvídate de la mano. —Se esforzó por ser amable, porque era cierto que quería ayudar a ese pobre chico que no sabía qué hacer cuando estaba a solas con una mujer—. Mira, Jig, a nadie le importa tu mano. Solo te molesta a ti, y hablas como si fueses una especie de monstruo. A nadie le importa una mierda tu mano.

—A Patsy sí le importó.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que la llevé a su casa y me quedé charlando con ella en la puerta de su apartamento, como me dijiste. Ella ni se había fijado en mi mano; la tuve todo el tiempo en el bolsillo. Al cabo de un rato, empezamos a besarnos y yo la besé en el cuello, como me dijiste. Jadeaba y pensé que lo había conseguido y que me invitaría a entrar, como dices que hace siempre. Entonces fue cuando pasó.

Jig se levantó y se quedó de pie al lado de su escritorio, pasando las páginas de un libro.

—¿Qué pasó?

Jig habló deprisa, sin ganas de demorarse en la escena:

—Cogió, mi mano, la izquierda, y se la puso en el pecho. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no pude dejarla allí. Se deslizó. Volvió a

ponérsela y otra vez ocurrió lo mismo. Luego retrocedió, me miró con mala cara y me dijo: «¿Qué pasa, no estás interesado?».

Henry se rio.

—¿Y qué dijiste tú? La cosa pintaba bien.

—No dije nada. Eché a correr.

—¿Qué?

—Eché a correr. Escaleras abajo hasta la calle y, luego, una o dos manzanas. Supongo que a un Casanova como tú debe de parecerle muy gracioso.

Henry se odió por haberse reído.

—Lo siento, Jig. Debió de ser muy difícil.

—Basta ya de disculparte por todo.

Se produjo un momento de silencio en el que se miraron a la cara.

—Oye, Jig, sé que te lo he dicho antes y que no te ha gustado, pero deberías pensarlo. ¿Por qué no vas al club Cuarenta y Dos? Allí fue donde yo…

—No voy a pagar por eso —le interrumpió con firmeza Jig—. No voy a pagar por eso.

—Yo pagué y me las arreglé para sobrevivir. Te daré todos los detalles.

—En mi caso es diferente, Hen, ¿es que no lo entiendes? Tú puedes tener a todas las chicas que quieras, cuando quieras. He visto cómo actúan contigo las mujeres. Yo soy virgen y reconozco que estoy bastante desesperado, pero tengo que creer que la chica me quiere tal como soy, con la mano y todo, y no por un sucio billete de diez dólares.

—Jig, pobre desgraciado, estás exagerando. Todas las chicas son profesionales y todas tienen su precio. Si no son diez dólares, es un anillo de boda.

—Bueno, pues prefiero dar un anillo de boda. Al menos así consigues algo que es tuyo, que no puede obtener cualquiera que tenga dinero en la cartera.

—Chico, tienes mucho que aprender. Cuando te hayas acostado con tu primera chica, verás las cosas de forma distinta, créeme. Te extrañará haberte preocupado tanto. En cualquier caso, es demasiado

tarde para discutir contigo. Vamos a la cama.

—Solo quiero decirte una cosa más, Hen. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, no creas que no, pero esas chicas, Patsy y las demás, no creo que sean mi tipo. Por muy caliente que esté, es como si no pudieran excitarme. Aunque me las hubiese arreglado para entrar en el apartamento de Patsy, no sé si habría podido hacerlo.

—Escucha, Jig, cuando tengas una tía tumbada a tu lado en la oscuridad y esté jadeando y con las piernas entrelazadas con las tuyas, podrás hacerlo sin problemas.

—A lo mejor tú sí puedes, Henry.

Henry se rio.

—Créeme, Jig, todo el mundo puede. Buenas noches.

«Pobre tipo —pensó Henry tumbado en la cama—. Unos dedos torcidos y ya cree que es un tullido. Tanto lío por una chica». Pensó en todas las mujeres con las que se había acostado con tan poco esfuerzo. Pero luego, al recordar parte de su conversación, se le ocurrió una idea. No quiere pagar… muy bien ¿y si no es él quien paga? En pocos segundos ya había trazado un plan.

—Probablemente sea el único hombre virgen de veintiún años de la historia —decía Jig—. Deberían canonizarme. San Jig.

Henry notó la desesperación en su sentido del humor.

—Ya se nos ocurrirá algo. No te preocupes.

—No te mates a pensar —murmuró Jig—. Buenas noches.

A la tarde siguiente, sacó cincuenta dólares de su cuenta bancaria. Era mucho dinero, pero qué demonios, ese pobre desgraciado estaba desesperado. Llegó al club Cuarenta y Dos a eso de las diez de la noche. Era un día laborable y no estaba muy lleno. Había unas cuantas chicas con clientes, otras estaban solas en las mesas, un par estaba en la barra. Escogió a una que le gustó desde atrás.

—¿Bebes sola?

La joven se volvió y le sonrió con profesionalidad.

Le sorprendieron su belleza y su inteligencia, que asomaban por debajo del maquillaje. Serviría a la perfección. Henry fue directo al grano. Le preguntó si quería cincuenta dólares y si tenía unas horas disponibles. Sí, tenía tiempo de sobra y para eso era para lo que estaba allí. Luego él le expuso su plan. Tenía que fingir que era amiga suya y dejar que Jig la sedujera.

—No quiero que te abras de piernas sin más, pero tampoco quiero que lo asustes. Tiene que pensar que le gustas. Es su primera vez y tendrá miedo.

—Ya lo pillo. —Asintió con la cabeza—. No será el primero con el que lo haya hecho así, me refiero a que esté todo arreglado.

—Muy bien —dijo Henry—. Una cosa más. Este tipo, mi amigo, Jig, tiene una mano mal. No le hagas ni caso. No te importará, ¿verdad?

Ella miró a su alrededor y observó el local.

—Tendrías que ver a los pobres tullidos que vienen aquí, jorobados, tipos con muñones, y tendrías que oír lo que nos piden que les hagamos.

Salieron del bar y cruzaron la calle hasta el hotel París. Pagó siete dólares al recepcionista y les dieron una habitación. Ella se tumbó en la cama en cuanto el botones se marchó. Henry no había reparado en lo guapa que era.

—Creo que será mejor que te sientes aquí —dijo, señalando una silla que había en el rincón—. Dile que tu equipaje llega mañana, tiene que creer que eres amiga mía. ¿Y no te importaría quitarte un poco el maquillaje? Creo que le gustan las chicas sencillas.

Mientras ella estaba en el baño, Henry telefoneó a su compañero de piso.

—Jig, una amiga mía acaba de llegar a la ciudad. Le he hablado de ti y quiere conocerte. Creo que te gustará. No, Jig, no es otra Patsy, es solo una amiga. Hotel París, habitación seiscientos seis. ¿Cuánto tardarás? Bien, te espero aquí en media hora.

La chica salió del baño, sin el maquillaje estaba casi guapa. Tenía gotas de agua en las pestañas.

—Llegará dentro de media hora. —Sacó un fajo de billetes del bolsillo—. Aquí están los cincuenta. Te quedarás con él todo el tiempo que él quiera, ¿no?

Ella cogió el dinero y lo contó.

—Claro, me quedaré todo el tiempo que él quiera. Debes de tenerle mucho afecto para gastarte tanta pasta.

—Es un buen tipo y lo está pasando mal.

Se sentaron en la cama. Él reparó en la firmeza e impresionante redondez de sus muslos, notó el olor a jabón de su carne blanca.

—Bueno, tenemos veinte minutos.

—Para mí es un descanso —dijo ella.

—¿Llevas mucho tiempo dedicada a esto? —preguntó él—. Pareces bastante joven.

Estaba pensando en su cuerpo, en sus secretos y sus texturas.

—Lo suficiente para que me cueste dejarlo —dijo con indiferencia—. De acuerdo, de acuerdo —dijo mientras él se le acercaba—, pero tendrás que darte prisa si no quieres darle una sorpresa a tu amigo. —Luego añadió con aire cansado—: Supongo que tendré que cargarlo todo a la misma cuenta.

Diez minutos después, estaba vestida y sentada en la silla que le había indicado Henry. Él estaba apoyado en la puerta, convencido de haber hecho una buena elección para Jig. Oyeron el ascensor.

—Por cierto —dijo, sonriendo al pensar en lo manido de la pregunta —, ¿cómo te llamas? Tendré que presentarte.

—Ramona. Todos me llaman Ray.

Jig llamó a la puerta y Henry abrió.

—Jig, me alegro de que hayas podido venir. Quiero que conozcas a mi amiga Ray. Ray, este es Jig.

—He oído hablar mucho de ti —dijo ella sonriendo.

Henry estaba tumbado en la cama. Era más de medianoche y aún no había tenido noticias de Jig. Bueno, por fin lo había conseguido. San Jig. Henry se rio, sintiéndose un poco santo él mismo por haber urdido

aquel plan. Le había impresionado mucho Ray y estaba seguro de que sabría hacer las cosas bien. Tal vez volviese a verla al cabo de una semana o dos. Pasado un tiempo, Jig y él podrían reírse del asunto. Henry se durmió por fin, felicitándose a sí mismo.

El teléfono sonó a las cuatro y media esa madrugada. Henry se levantó de la cama a trompicones y se quedó al lado del escritorio. Sabía quién era.

—Hola, Jig. Sí que has tardado.

—Felicítame, Hen. —Su voz sonaba extasiada.

—Felicidades, Jig —dijo en tono paternal—. ¿Ha ido todo bien?

—Todo ha ido de maravilla. Ramona es una persona extraordinaria. Ha sido un flechazo.

Henry sonrió.

—Genial. Iré a verte pronto y podrás darme los detalles. No te canses.

Jig continuó como si no le hubiese oído.

—¿Y, sabes una cosa, Hen? Le da igual lo de mi mano. De hecho, la ha besado. ¿Me has oído? Me la ha besado.

«Bien por ella —pensó Henry—. Desde luego conoce el oficio».

—Muy bien, Jig, me alegro de que funcionara. Ya me lo contarás por la mañana, ahora estoy reventado.

—No puedes volverte a la cama —exclamó Jig encantado—. Tienes que venir.

—Gracias, Jig, pero ahora mismo no me apetece. Otra vez será.

—¿Cómo que no te apetece? Vamos a desayunar con champán. Queremos que vengas.

—Sé que era importante para ti, Jig, pero ¿no te parece exagerada esta celebración? —Henry se rio.

—Bueno, uno no decide casarse todos los días.

—¿Qué?

—Estamos comprometidos. Le he pedido que se case conmigo. No voy a dejar que salga de mi vida.

Henry notó cómo se le aflojaban las piernas.

—Jig, tengo que hablar contigo. Que una mujer sea buena en la cama no significa que…

Jig le interrumpió con brusquedad.

—Te agradeceré que no hables así de Ramona. Al fin y al cabo, es amiga tuya. —Henry oyó a Jig tapar el micrófono para amortiguar su voz—. No me he acostado con ella, Henry. ¿Por quién me tomas? Ya habrá tiempo para eso.

—¿Está ella ahí? —gritó enfadado Henry—. ¡Dile que se ponga!

—¿Qué te pasa? Pensé que te…

—¡Dile que se ponga!

Henry los oyó intercambiar comentarios. Ella cogió el auricular.

—Escucha, zorra de tres al cuarto, si crees que…

—Por favor —susurró ella, en tono conmovedor—, te devolveré hasta el último cent…

—Déjame hablar con Jig. Jig, qué… quédate ahí. No vayas a ninguna parte. ¡Voy ahora mismo!

Henry se desplomó en la silla que había al lado del teléfono. Colgó el auricular, pero no se levantó hasta pasado un buen rato.

Muy bien, Herb, muy bien, Flo

Se pasan el día con sus novelas no escritas y sus cuadros sin pintar en la cabeza. De noche, acaban en el Shrine, en la esquina de Sherbrooke y Victoria, y hablan de sus ideas. El jazz no es muy bueno, pero está oscuro y tal vez mañana seas grande y, ¡Dios!, en menuda porquería se están convirtiendo las revistas. Más avanzada la noche, la ciudad les devuelve su fracaso. Los edificios, grises, sólidos y religiosos, los edificios se lo recuerdan con una lógica pétrea. Montreal es como una promesa, una vieja promesa victoriana que nadie osa ni quiere romper. La caliza ennegrecida, las gárgolas burlonas, las puertas de hierro parecen decir: «¿Tienes problemas? ¡Qué mala pata! La gente sufre, amigo, y sufre sola o no es sufrimiento. Vete solo a casa. Recorre tu camino y busca la solución». Por supuesto, casi nadie lo oye. Pero conozco a algunos pocos que sí y que deambulan hasta el Shrine e intentan olvidarlo, o se quedan en el sótano de su casa, vertiendo sus penas en sus poemas, en sus cuadros o en las ochenta y ocho teclas, hasta que aprenden a vivir con ello. Ahí es donde debería haber estado yo. En mi sótano. Partiéndome las gónadas para escribir un soneto. Maldiciendo un sonido para que rime. Machacando nuestro torpe idioma hasta darle forma de pájaro que pueda volar. Pero no estaba en el sótano. Era incapaz de pasar una hora sentado al escritorio. El idioma se defendía con golpes bajos y nudillos de acero. «Nada de formas de pájaros», chirriaba. Me harté de la trifulca. Salí a Sherbrooke Street. Que le den al idioma. A lo mejor se cansaba mientras yo estaba fuera y, cuando volviese, lo encontraba al lado de mi máquina de escribir y podría ponerle unas plumas y lanzarlo por la ventana con un *Pax vobiscum*. Sherbrooke Street. Una zona residencial elegante

convertida en una zona comercial elegante. Iglesias estranguladas con distinción por intrincadas viñas. Galerías de arte para los feligreses. Toda la piedra que podrías desear para engañarte creyendo que la vida es sustancial. Agujas, campanarios, cúpulas, columnas. Todo tocado por el otoño, bello de noche y muy humano. Wordsworth lo sabía cuando por fin miró su propia ciudad: «La tierra no tiene nada más bello que mostrar…». Y también sabía lo de los barrios bajos. El rumor del viento y las hojas que se rompían la columna arqueada en los desagües. Yo había llegado ya a la esquina con Victoria. Los oí tocando en el piso de arriba del Shrine. La batería demasiado ruidosa. La trompeta demasiado ruidosa. Supuse que sería Herb. Un intérprete muy llamativo que toca como si fuese un *sex symbol*. Que se lo monta a lo grande con las Chicas de las Mejores Familias que empiezan a llegar al Shrine en busca de emociones y un poco de mierda de la buena. Herb era pura fanfarronería y a menudo estaba borracho. Un ruido en la acera. Una mezcla entre una explosión estruendosa y una enorme y vieja bisagra. Alguien vomitando. Un universitario en la acera de enfrente del Shrine. Intentando apretar la cara contra la piedra para refrescarse.

—No te acerques —lloriqueó, limpiándose la boca húmeda con la manga—. No tengo dinero.

—Aunque lo tuvieses, no sería ningún chollo si apesta a vómito. Toma, cógete del brazo. Y aparta la cara hacia el otro lado, ¿quieres? Esta chaqueta no te parecerá gran cosa, pero me ha acompañado a través de algunas cuartetas muy traicioneras.

—¿De qué estás hablando? Cuartetas. ¿Qué haces? Suéltame el brazo.

—Sigue andando, Baco. Vas demasiado a sotavento para mí.

A mitad de manzana, nos detuvimos para que vomitara un poco. Probablemente fuese su primera borrachera. Se sentía un poco orgulloso. Intercambiamos nombres y ocupaciones.

—¿Sabes? Soy secretario de la Sociedad de Debates —dijo con mucha sinceridad.

—¿Quieres comprar un discurso barato?

—Lo digo en serio, señor… —Empezó a llamarme «señor»—. Lo digo en serio, me han elegido hoy. Es un honor para alguien de primer año.

—Para cualquiera.

—Mi padre me ha dicho que estaba muy bien. Me ha dado quince dólares y me ha dicho que fuese al centro a celebrarlo.

—Y has ido al centro a celebrarlo. Te lo estás pasando en grande.

Se sintió avergonzado y se rio. Otra vez estábamos enfrente del Shrine.

—¿Quieres otro asalto o vas a coger un taxi en la esquina?

Se esforzó en rebuscar en su bolsillo con disimulo. Extendió la mano como para estrechármela. Se las había arreglado para ponerse un billete en la palma.

—Supongo que es mejor que me vuelva a casa. Ya me siento mejor, gracias. Quiero darle las gracias.

Le estreché la mano. Dejó el billete en la mía. Luego volvió a sentirse avergonzado y se marchó. Menos mal que tenemos clases altas en Canadá. Saben cómo tratar a sus pobres. Aunque necesiten un poco más de educación. Miré el billete. Era uno de diez.

—¡Un segundo, señor secretario! —grité. Se detuvo en la esquina hasta que llegué. Estoy seguro de que no sabía si iba a golpearle o a abrazarle—. Creo que me ha dado más de la cuenta. Mire.

—Vaya, quería… —Sacó aterrorizado un billete del bolsillo—. Pe… pensaba que el de dos estaba arriba…

En ese momento su vergüenza fue monumental. Luego se recuperó. Salió a relucir su educación. *Noblesse oblige*. Tomó aliento profundamente y soltó un gallo al ir a hablar.

—No pasa nada. Quiero que se lo quede.

—Mira, amigo, solo porque te hayas equivocado…

Volvió a dejarse llevar por el pánico.

—No, no, quédeselo. Ya se lo he dicho, es suyo. Ahora tengo que volver a casa. —Recuperó la compostura—: Y, si alguna vez puedo serle de ayuda…

Pero no pudo terminar. Apartó la mano en la que yo tenía los diez dólares y huyó.

—¡Gracias! —grité—. Y guárdeme un puesto en su ejecutiva.

Pobre chico. Qué malo es el puñetero orgullo. Arriba, en el Shrine,

Herb estaba tocando el final con el que concluye todos sus temas. Aplausos. Sobre todo femeninos, supuse, mientras subía las escaleras. El local estaba tan oscuro como de costumbre. Unas intensas luces rojas le daban a todo el mundo un bronceado poco saludable. Unas cuantas parejas aprovechaban para meterse mano. Los músicos se estaban retirando para el descanso y charlaban desenvueltos con los de la primera fila. Como si fuesen habituales y el público fuera tan bueno como ellos. Aunque sus sonrisas les traicionaban. Puse el billete del chico sobre la mesa.

—¿Por qué no os estiráis un poco y encendéis la luz? Ahí va uno de diez.

—Vaya, muchacho —dijo el encargado de cambiar el dinero—, ¿qué te ha pasado? ¡Por fin te han dado el Premio Nobel!

—Muy gracioso, señor Hurok. Ocho, nueve y diez. Gracias.

—Herb quiere verte. Está ahí delante, con una chica.

—¿Quién es Herb?

Y me dirigí a una mesa en el otro extremo. Pero diez minutos después me lo encontré en el lavabo de caballeros. No hay forma de escapar de Herb. Quería que hiciera un anuncio para su grupo.

—Sabes que no hago esas cosas.

—Lo siento, señor poeta, creía que el jazz era una de las pocas cosas que te gustaban.

Estaba borracho y colocado con algo más que alcohol.

—Eso es, Herb. Me gusta el jazz. No esa imitación sexy que tocáis con la parte inferior del torso y las cejas.

—Mira quién fue a hablar, el poeta, con sus finos volúmenes poco conocidos repletos de pechos y muslos. Sí, señor moralista, sermonéeme un poco.

—Lo haría si creyera que escuchas lo que te dicen los demás. La diferencia entre lo que yo hago y lo que haces tú es que mis pechos y muslos tienen sangre y músculos y están unidos a cuerpos humanos, que piensan, aman y odian. Lo tuyo es un afrodisiaco incorpóreo, pensado para hacer cosquillas en los huesos de chicas aburridas y más perezosas de la cuenta.

Vi mi rostro en el espejo. Retrato del Poeta Perdiendo el Tiempo. ¿Qué demonios hacía en un lavabo de caballeros de color verde, discutiendo una idiotez con alguien que no me caía bien y que no me estaba escuchando? Eso es lo que no soporto de Herb. De una manera u otra siempre se las arregla para hacerme hablar de arte. Herb se apoyó en la pared y cerró los ojos. Supe que me esperaba una andanada.

—Antes de que empieces, Herb…

—Lo malo de ti, señor poeta, es que llevas demasiados años sin que te lean, demasiados años de falta de atención de la crítica, demasiados años escarbando en arenas movedizas…

—De acuerdo, Herb, ahórrate la retórica, suéltalo ya.

—Demasiados años escarbando en arenas movedizas, dibujando en el agua, garabateando en el viento…

—¡Por el amor de Dios!

—Garabateando en el viento, escribiendo con tiza en una pared blanca, tallando en una cascada…

Cuando Herb se pone así no hay quien lo pare. Ni siquiera te oye. Sus propias palabras se mezclan con el alcohol y las pastillas y entra en otro nivel muy lejano. Le salpiqué agua en la cara. Volvió al presente.

—¿De qué sirve? —dijo.

—Estoy de acuerdo, Herb. ¿De qué sirve?

Por primera vez vi algo parecido al dolor en el rostro de Herb. Normalmente tiene un aire cruel, drogado y apuesto. Supuse que debía de estar hablando de sí mismo. No hay peor falta de atención que la falta de atención que se presta a un intérprete local. Da igual cuánto griten las chicas. Me pasó el brazo por el hombro. Un gesto que no soporto de nadie.

—Escucha, señor poeta, esta es una gran noche para mí.

—No me lo digas. Déjame adivinar. Te han elegido presidente de la Sociedad de Debates.

Por supuesto, no me oyó.

—Estoy con la mujer de Mac.

—Ya salía contigo antes de casarse con Mac, ¿no?

—Ahora Mac es un tullido.

—Sí, lo había oído. Un tranvía, ¿no?

—Una chica solo puede darte dos cosas —continuó Herb—. La primera es su virginidad. Eso ya me lo dio hace mucho. La segunda es su fidelidad, la confianza de su marido. Eso me lo va a dar esta noche. Su primera incursión en el adulterio.

—Quítame el brazo de encima, por favor, Herb. Sabes que no lo soporto.

—Con alguien tendrá que hacerlo, si Mac está en ese estado. Y, ya puestos, puede ser conmigo. Ya hay cien tipos rondándola.

—¿A quién intentas convencer, Herb?

—Si prometes no empezar con tus sermones, te invitaré a nuestra mesa. Vamos, señor poeta, el niño remilgado de Montreal, seguro que tienes estómago para soportarlo.

—No, gracias, Herb.

—Por favor —dijo en una voz que sonó demasiado desesperada para la situación.

Llegamos a la mesa. En parte me guiaba y en parte se apoyaba en mí. Me pareció que ella estaba incómoda. Como si no quisiera que le presentase a todos sus conocidos.

—Hola, Flo —dije—, ¿qué tal está Mac?

Herb me fulminó con la mirada.

—¿Intentas hacerte el gracioso? —preguntó Flo.

—Sentémonos —propuso Herb—. El siguiente pase empezará enseguida.

—Pídeme otro pernod, Herb.

—Este será el quinto. ¿Estás segura, Flo?

Flo se volvió hacia mí.

—¿Has visto cómo se preocupa? Supongo que le da miedo que luego no responda bien. No te preocupes, Herb, lo tienes garantizado.

Le sirvieron su bebida a Flo. Yo pedí un Bristol Cream. En recuerdo de días mejores. Herb pagó y luego se marchó para subir al escenario. Antes de irse, le metió el puño entre los muslos. Ella contuvo el aliento y se ruborizó. Empezó la música. Primero el piano. Aburrido. Estaba tocando para sí mismo. Todo le importaba un bledo. Igual que al

batería. El *charles* sonaba mecánicamente. Herb fingió escuchar a los otros músicos. Con la campana del instrumento contra el vientre y moviendo las caderas.

—Supongo que te lo habrá dicho —dijo Flo—. Es incapaz de tener la puta boca cerrada. Nunca ha podido.

—Brindo por Herb.

Herb se puso a tocar alto e incómodo, como pidiéndole al piano que le ayudara.

—Dios mío, cómo lo odio —dijo Flo—. Solo podría hacer esto con alguien a quien odiara. Me parece más justo para Mac.

—¿Qué tal está Mac, dicho sea de paso?

Ella apretó los labios hasta que se le quedaron finos y blancos.

—Sabes muy bien cómo está Mac. ¿Qué intentas demostrar? Está paralítico del ombligo para abajo. Así es como está.

Luego oí el contrabajo. Era genial. Recorriendo la escala arriba y abajo con facilidad. Como si intentara cohesionar al grupo.

—Escucha a ese contrabajo —le dije.

Herb se tambaleó, mientras apuntaba a lo alto con su instrumento. Los músicos no mejoraron. El contrabajo se esforzó hasta el final. Herb volvió a la mesa. Antes de sentarse, se tragó una pastilla con lo que quedaba del pernod de Flo. Le pellizcó el trasero y se sentó.

—Yo iría con cuidado con eso —le advirtió Flo.

—Tienes razón —dijo Herb con la voz pastosa—. Aumentan el apetito y apagan el instrumento.

Bajó la cara hacia la mesa y le lamió el brazo desde la cara interior del codo hasta la muñeca. La barbilla se le resbaló hasta la mesa. Ella jadeaba. Excitada. Él se había quedado dormido. Lo zarandeé, pero no sirvió de nada. Lo estuvimos observando uno o dos minutos. Sus fosas nasales exhalaban medias lunas de humedad sobre la mesa brillante. Flo se masajeaba la barriga con el puño.

—Y estaba preocupado por mí —dijo con amargura—. Supongo que me lo tengo merecido. Supongo que… —Pero no terminó la frase. Las lágrimas le corrían por las mejillas y le temblaban los hombros—. ¿Qué demonios hago aquí, tonteando en el Shrine con un trompetista

borracho, qué hago aquí? —Se inclinó desesperada hacia mis brazos y yo acogí con agrado su peso femenino—. Tengo que irme a casa —imploró—. Mac debe de estar preocupado por mí.

Se agarró de mi brazo. Frágil y abandonada. Secándose la nariz mientras salíamos.

—Será mejor que le eches un vistazo a Herb —le dije al encargado de cambiar el dinero.

—No te preocupes por Herb, amigo. Jamás se ha saltado un pase.

—Pues está vez está fuera de combate.

Bajamos muy despacio las escaleras. Yo la ayudé a cada paso. Me conmovía su tristeza. Con cada escalón nuestros cuerpos se acercaban. Nos besamos al lado de la puerta. Mucho rato. La gente pasaba a nuestro lado, yo me di cuenta, pero ella no. Ya no estaba conmovido por su tristeza. Pensaba que con alguien tendría que hacerlo y que ya había cien tipos rondándola.

—No imaginas lo que es —dijo llorando—. Y Mac se esfuerza muchísimo, de verdad.

—Lo sé, lo sé —contesté mecánicamente.

Pensé en lo desordenada que estaba mi habitación y en cuánto tiempo hacía que no cambiaba las sábanas. Salimos. Con el aire fresco se nos despejó la nariz. Al principio no se veían los edificios. Las farolas iluminaban demasiado. Ella tenía mi brazo entre las manos. La cara contra mi manga. Luego oímos la trompeta. La trompeta de Herb. Atravesó la noche como una puñalada de plata. Nunca lo había oído tocar así. Decía: «Sí, sí, sí». Sonaba fuerte, humilde y con confianza en sí mismo. «Hace mucho tiempo debía de tocar así», pensé. Interpeló al piano, que acudió como un *rickshaw* desvencijado bajo su sonido. Llamó a la batería, que sonó como una sierra de disco cortando la maleza para que Herb pudiese avanzar dejando trozos de cristal tallado por el camino. Y el bajo se movió en torno a todo como un cielo protector. «Eso es lo que consigues al tomar una decisión», me dije. Ella no apartó las manos de mi brazo, pero noté que algo cambiaba. En los dedos. Era el deseo que disminuía.

—El muy cabrón debía de estar fingiendo —dijo, perpleja—. Vete tú

a saber por qué habrá hecho una cosa así.

—Tal vez para ofrecerte una salida.

Ella bajó las manos. Los dos nos quedamos un buen rato escuchando la música y el frágil rumor de las hojas en su última estación.

—Es raro —dijo—. Ahora que lo pienso, Herb hizo algo parecido la primera noche que pasamos juntos. Nos estábamos desvistiendo cuando de pronto recordó que se había olvidado las llaves en el coche. Oí arrancar el motor y no volvió hasta pasadas cinco horas. Ahora entiendo por qué fue. Para ofrecerme una salida.

—¿Quieres volver a entrar? —pregunté en voz lo más baja posible.

Ella respondió demasiado deprisa y con un deje de pánico en la voz.

—No, no, ahora estamos juntos. Me he ido contigo y estoy contigo.

Pero lo que dijo en realidad, lo que dijo con los ojos doloridos y con sus temblores fue: «Dios mío, estoy harta. Por favor, vayamos a tu casa y acabemos con esto. Te he hecho daño como una puta barata y mereces tenerme. Soy una adúltera y no tengo derecho a escoger a mis hombres. Al menos deja que haga algo honesto».

Y supongo que yo habría aceptado, con deseo o sin él, porque en ese momento estaba muy guapa tan asustada, con su edad otoñal, una hija de la oscuridad y de la música que nos rodeaba. Pero me recordó a un chico vomitando y a un billete de diez dólares. Le cogí las manos y le dije:

—Oye, Flo, no temas volver a pedir algo. Sobre todo, algo que dejaste pasar por equivocación.

Quiso protestar. Dejar que hablase su orgullo. Pero guardó silencio y pensó en lo que acababa de decirle. Lo entendió.

—No te sientas obligada conmigo —dije, para subrayarlo—. Para eso hacen falta más que unos pocos besos y jadeos.

Lo dije con la esperanza de que se riese y así fue. Me besó la mejilla y la acompañé hasta la puerta del Shrine. Herb seguía tocando muy bien.

—¿No te parece genial?

—Supongo que lo es —dije.

—Me gusta mucho.

—Eso espero.

—Me siento como si no hubiese estado antes con un hombre.

—Bien.

—Siento haberte metido en esto para nada, haber dejado que…

—No te preocupes, Flo. Buena suerte.

De vuelta en Sherbrooke Street. La caliza ennegrecida, las gárgolas burlonas, las puertas de hierro decían lo mismo que siempre. A mí. A nadie más. Las hojas se arremolinaban en pulcros nidos en el arroyo. Muy bien, Herb, muy bien, Flo. Adelante. Muy bien, Mac, supéralo como puedas. Yo tengo mis propias instrucciones. Las iglesias y las tiendas eran viejas y oscuras, pero se alzaban con dignidad. Me detuve y contemplé la escena a mi alrededor. En busca de un poema que me ayudara a dormir.

Señales

—Anda, Fred, sigue por Westmount Boulevard, por favor, ya que no tienes nada que hacer.

—¿Qué hay en Westmount Boulevard?

—Una casa. Una ventana que antes me gustaba observar.

—¿De quién? ¿De una doncella en una torre? ¿De un amor prisionero?

—Algo parecido. La casa de la familia Greenbell. Ya te he hablado de Judith.

—¿No hemos celebrado ya esa tragedia, Lyon? Recuerdo al menos diez brindis por su perdición, hasta acabar borrachos, cuando te enteraste de que se había casado en Inglaterra la semana pasada.

—Eso fue la semana pasada. Ahora está aquí.

—¿Con su marido?

—Con su marido. Sus padres van a ofrecer una recepción a la que no me han invitado. Y a Herson tampoco.

—¿Esperas que una mujer invite a su antiguo amante y a sus amigos a su recepción nupcial?

—Sí. Esperaba que invitase a los amigos íntimos que tuvo en esta ciudad. No se ha puesto en contacto con nosotros y no consigo que conteste al teléfono. Nunca discutimos. Solo se fue distanciando de mí y ya está. Es una pena que no la conocieras.

—Se marchó antes de que yo llegara.

—Te habrías enamorado de ella, como todos nosotros.

—¿Estabas enamorado de ella?

—Bueno, es lo más cerca que he estado de enamorarme.

—Lo cual no es mucho, teniendo en cuenta la de mujeres con las que

has estado este último año.

—En su caso, faltó poco.

—Está visto que no.

—Si yo hubiese querido, se habría casado conmigo. Fui yo quien dejó de responder a sus cartas.

—¿Por qué?

—¿De qué servía seguir prolongando y prolongando la relación? Ella quería casarse, lo necesitaba…

—Y tú solo eras un joven, un seguidor de la belleza, el niño bonito de un breve episodio.

—Algo así. Ahí está la casa. La habitación iluminada es la suya. Ve despacio. Más. ¿Has visto a alguien en su habitación?

—Estaba mirando la carretera.

—Hacía un año que no veía luz en esa habitación.

—¿La observas a menudo?

—Sí, muy a menudo.

Los dos hombres jóvenes siguieron en silencio. Fred buscó una emisora de música en la radio. Recorrieron calles que ofrecían vistas de la ciudad y de sus puentes. Lyon miraba las ventanas de las mansiones por las que pasaban y vislumbró a una familia viendo la televisión aquí y a un lector solitario allá.

—Me encanta conducir de noche —dijo Lyon—. Formas parte de todo y de nada al mismo tiempo. Al recorrer estas calles, somos como una gruesa aguja negra que cose la ciudad a nuestro cerebro, pero sin dolor. Todo nos pertenece, pero no tenemos nada.

—¿Quieres parar en el mirador?

—No, sigamos. Cuando te paras, no eres más que algo que otro coche puede incluir en su viaje al pasar.

—No nos pongamos místicos.

—A Judith le encantaba esta ruta.

—Supongo que le contarías lo de la aguja negra y lo de ser parte de todo y de nada, ¿no?

—No. Me lo contó ella a mí.

—Conozco ese tipo.

—¿Qué tipo?

—El de las que ven misterio en todo, las que siempre tienen relaciones místicas con todo, y usan un vocabulario lleno de palabras como «ser», «llegar a ser» y «comunión».

—Y no olvides «amor».

—Sí, claro, «amor» por todo. Y «sufrimiento». Esa es otra. «Sufrimiento infinito». Y «herida».

—No sabes cuánto te equivocas. No estaba herida, ni sufría. Cuando se reía, tú te reías también, igual que todos los que había cerca. Se ponía la ropa que quería, decía lo que le venía en gana y, aun así, seguía siendo una mujer.

—Ahora sí sé cómo era. Sabía decir «mierda» sin ruborizarse y probablemente lo decía con frecuencia. Llevaba zapatillas blancas de deporte, calcetines negros hasta la rodilla y coleta. Le gustaban Bartók, las canciones populares chinas y los poemas chinos de Ezra Pound, y lloraba con Carson McCullers cuando no estaba en clase de danza contemporánea.

—¿Sabes una cosa, Fred? Has vivido en la orilla izquierda y en los Greenwich Village de demasiadas ciudades. No iba a clases de danza contemporánea y no parecía una existencialista de una universidad estadounidense. A veces llevaba un peinado tan intrincado que me quedaba mirándolo como si fuese una especie de hermoso puzle prohibido. A veces, cuando pasaba a recogerla por casa y bajaba las escaleras acompañada de algo de Humbert Wolfe, me preguntaba quién era y si de verdad me estaba esperando a mí.

—¿Quién demonios es Humbert Wolfe?

—Nadie muy inteligente. Un funcionario inglés que murió hace unos años. Nadie en tus cafés habrá oído hablar de él.

—Suena muy esotérico.

—Muy bien, imagínatela como quieras. Yo la recordaré bajando las escaleras o saliendo del agua en Lac Masson y secándose el pelo al sol.

—*El nacimiento de Venus*.

—Algo por el estilo. Vayamos a ver a Herson.

—¿A ese borracho? Creía que querías dar un paseo en coche.

—Herson la conoció y quiero hablar con alguien que la conociera.

—Vamos a pasarlo en grande, ¿eh?

—¡Caballeros!, adelante. Habéis interrumpido el mejor cuento del año, pero ¿qué es eso comparado con la compañía de los amigos? Sentaos en mis sillas modernas e inteligentes y ayudadme con mi experimento.

Puso en la mesita baja de cristal una botella de vodka, una botella de vermut y una bandeja con hielo y vasos.

—Estaba a punto de hacer un martini con vodka.

—¿Y qué tiene de experimental el martini con vodka?

—Paciencia, paciencia, mi joven cantante. Aquí tienes, Fred, aquí tienes, Lyon. ¿Bueno, caballeros, brindamos?

—Seguro que a Lyon se le ocurre algo. Esta ha sido la noche de la nostalgia en toda América.

—Entiendo —dijo Herson—. Muy bien, caballeros, ¿brindamos entonces por la encantadora Judy Greenbell?

Entrechocaron los vasos.

—Judith Greenbell. Odiaba que la llamasen Judy.

—Mil perdones, Lyon. Por desgracia, nunca conocí las preferencias de la joven dama. Muy bien, caballeros: por la encantadora Judith Greenbell. —Volvieron a entrechocar los vasos—. Bueno, caballeros, ¿qué les parece?

Se recostó con aire triunfal.

—Sabe a martini con vodka.

—Justo lo que pensaba. ¿Qué dices tú, Lyon?

—Coincido con Fred. Sabe mucho a martini con vodka.

—¡Ajá!

—Bueno, ¿y en qué consiste el gran experimento?

—Es secreto, caballeros, alto secreto. Los rusos no deben descubrirlo. Vamos, dejen que vuelva a llenarles los vasos. Por Lyon y Judith, que fueron los más bellos enamorados veraniegos que conoceré jamás. Por su eterno recuerdo.

—Nos vamos a emborrachar muy deprisa bebiendo así.

—Una idea excelente —dijo Herson. Volvió a llenarles los vasos—. Una idea excelente.

Lyon se recostó en su asiento y bebió pensativo.

—¿Por qué crees que no nos ha invitado a la recepción? En mi opinión, si hubiese tenido que invitar a alguien de la ciudad, habría sido a nosotros.

—Es posible que formásemos parte de su época bohemia. Todas las mujeres tienen una época bohemia que quieren olvidar. O recordar.

—Sí, muy bohemia —dijo Lyon con sarcasmo, señalando con un ademán el apartamento caro y a sus bien vestidos amigos.

Herson le respondió deprisa y en su voz se notó un deje de rabia que sorprendió a Lyon.

—Mira, Lyon, pensaba que a estas alturas ya estarías harto de hablar de ella. Esta semana has venido cada noche lamentándote y con su nombre en los labios. Al fin y al cabo, solo duró un mes. Por muy bonito que fuese un breve amor de verano, no puedes recordarlo toda la vida, al menos si quieres conservar a tus amigos.

—¡Bravo! —exclamó Fred.

Herson volvió a llenar los vasos. Bebieron en silencio. Herson pensó en lo que había dicho y se arrepintió.

—Pero lo entiendo —concluyó—. El viejo Herson lo entiende todo porque el viejo Herson también se enamoró un verano cuando tenía tu edad, cuando era joven y estaba despreocupado y lleno de vida.

—Muy conmovedor.

—¿Por qué no nos ha invitado, Herson? Piensa en el tiempo que pasó con nosotros, en las cosas que nos contó.

—En las cosas que te contó a ti —le corrigió Herson.

—¿De verdad era tan guapa? —preguntó Fred.

Herson asintió despacio con la cabeza.

—Era muy guapa. Los dos lo eran. Iban por Ste. Catherine Street de la mano. Se escribían poemas malos. Tenían secretos y señales. ¿Te ha contado cómo la recogía de noche? La llevaba a casa a eso de medianoche. Lo hacía por sus padres. Volvía un par de horas después.

Si había luz en la ventana, y tres o cuatro veces por semana la había, significaba que no había peligro. Él paraba el coche y abría y cerraba dos veces la portezuela. Esa era la señal. Cuéntaselo todo a Fred, Lyon, háblale del amor a este filisteo.

Lyon continuó con entusiasmo:

—Al oír mi señal, se asomaba a la ventana. No llevaba nada puesto y se quedaba de pie ante la ventana, y los dos nos mirábamos, y nunca he visto nada tan precioso. Luego desaparecía en la habitación y se vestía. La luz se apagaba y un momento después bajaba las escaleras y entraba en el coche oliendo a recién duchada.

—Parece Lorca —dijo Fred—. Una adaptación urbana.

—Toma un poco más de mi experimento —dijo Herson—. Y háblanos de sus cartas. De todas formas, vas a hacerlo.

—Sus cartas eran preciosas. Estaban escritas en un papel azul muy fino, con tinta verde, y siempre eran tristes. La penúltima decía: «Te enviaría un trocito de cielo, pero no sabrías de parte de quién era». ¿No os parece precioso?

—¿No estás cansado de esa palabra? —preguntó Herson con súbito desprecio.

—¿Qué palabra?

—«Precioso. Precioso. Precioso. Precioso». Esa palabra.

—No te pases, Herson —dijo Fred.

—Estás borracho —añadió Lyon.

—¿Dónde ibais cuando se subía al coche? —preguntó Fred enseguida.

Herson respondió, mirando a Lyon mientras hablaba:

—Aquí. Los enamorados venían aquí. Yo hablaba con ellos unos minutos, y luego me iba piadosamente a tomar una larga copa al Tour.

—¿Qué te pasa, Herson? Nunca te he oído hablar así. No pensaba que te importase que viniéramos. Creía que incluso te gustaba.

—Me encantaba, Lyon. Me encantaba. Al fin y al cabo, era tu turno.

—¿De qué estás hablando?

Herson se puso en pie y fue hasta la ventana. Fred y Lyon lo observaron allí de pie, apoyado contra la pared, cansado, con las manos

en los bolsillos. A Lyon nunca le había parecido tan viejo. «Caramba, si debe de tener cuarenta y cinco años», pensó de pronto.

—Caballeros —empezó Herson—. No puedo ocultarles por más tiempo el contenido de su martini con vodka.

—Olvídate del martini —dijo Lyon—. ¿Qué has querido decir?

—No es vodka, caballeros. Sino alcohol puro que me ha proporcionado un amigo químico. Hasta ahora nadie ha notado la diferencia.

—Enhorabuena, doctor Pasteur.

—Gracias, Fred —dijo, haciendo una reverencia—. Veo que Lyon no se ha dejado impresionar. Tal vez el logro no coincida con su mundo de belleza natural.

—Lo que dices no tiene sentido, Herson —replicó Lyon.

—Pues claro, mi mundo es sórdido. Soy un hombre de mediana edad y un escritor de pacotilla, así que, como es natural, mi mundo es sórdido. No tengo códigos que atraigan a jóvenes desnudas a la ventana. No tengo veinte años ni un manuscrito con canciones de amor. Tengo cuarenta, un cargamento de alcohol y un libro negro de conquistas.

—¿Qué te pasa, Herson? Dímelo —le instó Lyon, acercándosele.

—Pero en todas las vidas sórdidas hay un poco de sexo. Y hasta he recibido alguna carta. Me envió una la semana pasada. Tinta verde y papel fino de color azul, como has dicho. Y muy triste.

—¿Judith te ha enviado una carta? ¿Qué decía?

—Decía que tendría que contártelo yo, porque ella no tenía valor para vernos a ninguno de los dos.

—¿Contarme el qué, por Dios? —Había temor en la voz de Lyon.

—Contarte que, una noche sí, una noche no, ella venía aquí sin ti, sin portezuelas de coche ni ventanas encendidas.

—Mientes.

—Eso es, Lyon. Estoy mintiendo. No creas una palabra de lo que he dicho. Dios está en el cielo y en el mundo todo va bien.

—¿Quieres decir que se acostaba contigo?

—Generalmente. A veces yo estaba demasiado borracho. Ese era mi

papel: el borracho disoluto. El tuyo era el del chico de oro poeta. Tenía gustos variados.

—No te creo. Estás borracho, y este es otro de tus jueguecitos.

—Tienes mucha razón. No me creas. Yo, en tu lugar, no me creería. Pero tenía que contártelo de todos modos. Y no me mires de forma tan amenazadora. Vas a asustar a este pobre viejo.

Lyon se dio la vuelta y corrió al baño. Lo oyeron vomitar.

—Llévatelo a casa —le dijo Herson a Fred—. Acabas de ver a un joven emergiendo de la adolescencia y a un adolescente entrando en la mediana edad. Llevo toda la semana queriendo hacerlo. Mi vodka falso ha funcionado.

—Una chica interesante —dijo Fred—. Me encantaría conocerla.

—Conocerla es quererla.

Lyon volvió a la habitación con el rostro lívido.

—Te odio, Herson —dijo en voz baja.

—Pronto dejarás de odiarme. Buenas noches, caballeros.

Caía una lluvia fina. Los dos hombres jóvenes siguieron en silencio.

—Vuelve por Westmount Boulevard, por favor, Fred.

—¿No has tenido suficientes cuentos de hadas por esta noche?

—Quiero ver la casa una vez más. Esta noche será la última. Te lo prometo.

—Querrás decir esta madrugada. Son las dos.

—Y esta vez pasa despacio.

—No te preocupes, príncipe encantado. Estoy demasiado borracho para correr.

—No puedo quitármelo de la cabeza: ella en la cama con Herson todo ese mes.

—Imagínatela en la cama ahora con su marido.

—Eso tampoco puedo quitármelo de la cabeza.

El coche pasó despacio entre las grandes casas de piedra de Westmount. Las farolas goteaban en sus propios charcos de luz. Lyon bajó la ventanilla y apoyó la mejilla en el acero húmedo y frío de la

portezuela. Recordó las ondas heladas del pelo enmarañado y las gotas de agua en los hombros de ella, y cosas más íntimas como la curva de su muslo y el montículo de su vientre, pero esos pensamientos lo llevaron a las imágenes de sus rivales y estuvo a punto de vomitar otra vez. Las mansiones ahora le parecían familiares, esas que tantas veces había contado. Cuatro más y estarían en su casa.

—Dios mío, Fred, para. ¡Hay luz! ¡Hay luz en la ventana!

Fred detuvo el coche y se inclinó para asomarse por la ventanilla de Lyon.

—Es verdad. Qué locura. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Los dos miraron hacia la ventana apenas iluminada, Fred tenía la barbilla en el hombro de Lyon. Pasaron unos minutos.

—Sí, ahora lo sé. Aparta.

Fred volvió a ocupar su puesto ante el volante. Lyon abrió y cerró la portezuela dos veces. Esperaron.

—Es ella. Dios mío, es ella. Está en la ventana.

Fred se inclinó y vislumbró una silueta borrosa antes de que Lyon lo apartara.

—No mires, Fred. Por favor, no mires.

Lyon abrió la portezuela y salió.

—¿Lleva algo puesto?

—No. Ahora saluda con la mano.

—Recuerda que su marido está en esa habitación.

—Ahora no la veo. Se ha apartado.

—Qué locura. ¿Va a bajar?

—La luz se ha apagado.

Volvió a subir al coche.

—Vayámonos de aquí.

—Mira, Lyon, si quieres quedarte, puedo dejarte el coche y coger un taxi. No tiene…

Pero se interrumpió al ver las lágrimas en las mejillas de Lyon.

—Sigue, Fred, sigue…

Apoyó la cabeza en la ventanilla igual que antes. A medida que el

coche iba tomando velocidad, las cálidas lágrimas se enfriaban en su mejilla.

—Qué puta —repitió una y otra vez—, qué mala puta.

Polly

Esperé hasta estar seguro de que Polly había vuelto del colegio y luego corrí por mi calle en dirección a su casa. Al llegar al camino de acceso ya oí la flauta de madera. Podría haberme quedado allí y oír toda la música que hubiese querido, pero seguí hasta el patio trasero. Estaba recostada en una silla de jardín, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y el instrumento en alto, levemente apretado contra los labios. Escuché un poco más, hasta que me oyó. Abrió los ojos y dejó de tocar, pero no se quitó la flauta de los labios.

—¿Otra vez aquí? ¿Qué quieres esta vez? —preguntó.

—Lo mismo que la otra. Oír tu flauta de madera.

—No es una flauta de madera —dijo con mucho desprecio—, es una flauta dulce. ¿Es que no te acuerdas? Flauta dulce. Nunca he oído que nadie la llamase «flauta de madera».

—Podría haberme quedado en el camino sin que supieras que estaba escuchándote —le dije con la esperanza de impresionarla con mi sinceridad.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—No lo sé. Me pareció que no habría estado bien.

—Bueno, pues ya sabes qué tienes que hacer si quieres venir por aquí.

Polly siempre me hablaba así, como si no le cayese bien y la molestara. Pero yo sabía que era casi su único amigo. Cuando íbamos a primaria siempre volvíamos juntos a casa. Ella iba tres cursos por delante, y ahora acababa de empezar la secundaria y volvía a casa sola. Dejó el instrumento sobre el regazo y le dio golpecitos con los dedos mientras hablaba.

—Veamos. ¿Qué puedo pedirte que hagas hoy a cambio de tu canción? ¿Qué te hice hacer ayer?

—Tuve que averiguar cuántas volteretas podían darse de un extremo al otro del jardín.

—Sí, es verdad. ¿Y cuántas eran?

—Unas dieciocho. Ya he olvidado cuántas exactamente.

—¡Lo has olvidado! ¿Crees que te encargo esas tareas sin motivo? Más te vale averiguar cuántas eran.

—¿Ahora? ¿Ya?

—Ya, si es que quieres volver a oír otra nota musical.

Fui hasta la pared del garaje. Ella no se volvió para mirarme. Me agaché y fui dando volteretas hasta el extremo del jardín y luego volví adonde ella estaba.

—Dieciocho.

—Es lo que dijiste la primera vez —me recordó.

—¿Tocas ya? —pregunté, limpiándome la ropa con las manos.

—Esa fue la tarea de ayer. Aún tienes que hacer la de hoy. Y todavía no he decidido cuál será.

—Por favor, decídelo pronto, Polly —dije muy serio, dudando de si valía la pena soportar aquellas humillaciones por la música.

—Muy bien. Quiero un ramo de dientes de león. Dieciocho dientes de león para que no se te olviden las volteretas. Y tienen que ir atados con una cinta roja. Un ramillete de dientes de león, esa es tu tarea de hoy.

Y se cruzó de brazos. Yo recordé haber visto unos cuantos adonde me había arrodillado al lado del garaje. Recogí siete. Al otro lado de la cerca, vi unas flores amarillas entre los arbustos, pero eran crisantemos.

—¡Crisantemos, no —me gritó Polly—, dientes de león! ¿Es que también se te ha olvidado?

El cielo empezaba a oscurecer. Supe que pronto me llamarían para la cena.

—¿No te contentarías con siete por hoy? —pregunté en voz baja.

Polly ni siquiera se molestó en contestar. Cogí un atajo hasta el prado que hay al lado de la casa de los Layton. Sheila, una niña de mi clase, estaba jugando sola.

—¡Sheila, ayúdame a recoger dientes de león! —grité.

—¿Para qué? —preguntó, siguiéndome de una flor a otra.

—Necesito hacer un ramo para una cosa. Date prisa, por favor.

A Sheila no le complació mi respuesta, pero corrió y volvió con un puñado de las preciosas flores.

—Toma —dijo—, y ahora dime, ¿para qué son?

—Mañana te lo digo —respondí.

Las cogí y eché a correr.

—¡De nada! —gritó.

Estaba a mitad del camino cuando recordé lo de la cinta roja. Corrí hasta mi casa, donde sabía que había un trozo en la mesa de la cocina.

—¡Vaya!, ¿son para mí? Qué bonitas —dijo mi madre.

—No, no —balbucí—, pero te haré un ramo un día de estos, de verdad.

—Muy bien. ¿Qué quieres? ¿Un vaso donde meterlos?

—Solo un trozo de cinta roja para atarlos —dije, cogiendo lo que quería del cajón de la cocina.

Polly sonrió al verme llegar.

—Dieciocho —dijo, después de contarlos—. Muy bien, ¿qué quieres oír?

—«Ay, amor mío…». Lo mismo que ayer.

—*Mangas verdes*, *La dama de las mangas verdes*. ¿Es que no te acuerdas nunca de nada?

Polly cambió de posición para no verme. Yo me tumbé de espaldas contemplando el cielo cada vez más oscuro. Luego empezó la música. El cielo, las hojas, el garaje, la hierba, todo parecía inclinarse hacia nosotros como si la música fuese un alambre fino y poderoso que lo juntara todo. Cerré los ojos. Polly tocó la canción varias veces y luego empezó a tocar su propia canción. Pasó a su propia canción con tanta delicadeza que apenas reparé en que ya no estaba tocando *Mangas verdes*. Sí, las volteretas y las flores no significaban nada, y Polly tenía razón al pedírmelas. No, yo no podía sentarme a su lado cuando quisiera y pedirle que tocara para mí. Tenía que hacerle un regalo. Me cayeron gotas de lluvia en la cara, pero esperé a notarlas a través de la

camisa para abrir los ojos. Polly dejó de tocar y me miró como si la lluvia fuese culpa mía.

—Podemos ir al garaje —sugerí en voz baja.

Polly se levantó, abrió la puerta del garaje y desapareció adentro sin indicarme que la siguiera. Oí que la música empezaba otra vez. *La dama de las mangas verdes*. Entré y cerré la puerta. Estaba muy oscuro y olía a aceite y a las hojas del año anterior, algunas de las cuales crujieron bajo mis pies. Apenas distinguía a Polly, que estaba sentada al lado de unas cestas viejas y apoyada contra la pared húmeda. Me senté a unos metros de ella. La música sonaba mucho más fuerte en el garaje. Llenaba la sala de piedra como una inundación. Lo único que yo oía era la canción y la lluvia contra los ventanucos de la puerta corredera. Al cabo de muy pocos minutos, dejó de tocar y anunció que era mejor que me volviese a casa porque iba a guardar la flauta y porque ya se había cansado de mí. Le abrí la puerta y los dos salimos al patio. Llovía muy poco. Se puso el instrumento debajo de la blusa para protegerlo.

—¿La lluvia puede estropearla? —pregunté, intentando demostrar interés y gratitud.

—¿La lluvia puede estropearla, la lluvia puede estropearla? —se burló—. ¿Qué crees que hará la lluvia? ¿Mejorarla? ¿Convertirla en oro?

—Supongo que no —dije, y ella empezó a subir las escaleras de su casa—. ¡Gracias, Polly! —le grité—. ¿Puedo volver mañana?

—¿Es que no me vas a dejar nunca en paz?

Al día siguiente no quiso verme. En cuanto entré en el patio, se metió en su casa. Fui al prado de al lado de la casa de los Layton. Allí estaba Sheila saltando a la comba.

—¿Más dientes de león? —canturreó.

—No —respondí, cuando se me acercó.

—Me prometiste que me dirías para qué eran.

—No te lo prometí, pero te lo diré de todos modos —dije feliz de recordar esa vivencia—. Eran para que Polly tocase la flauta de madera para mí.

Y le conté lo de los dientes de león, la lluvia y el garaje.

—Pues si trata de esa forma a la gente, no me extraña que no tenga amigos. —Aun así, Sheila parecía interesada, y me preguntó si tal vez podría ir conmigo una tarde.

—Podemos intentarlo mañana —dije, y enseguida me arrepentí de mis palabras, porque sabía que no era algo que pudiera compartirse. Además, pensé que Polly se enfadaría.

A la tarde siguiente nos presentamos en casa de Polly. Al doblar por el camino de acceso a la casa, oímos la música y Sheila quiso quedarse allí mismo y escucharla sin más, pero yo no. Polly estaba sentada, como de costumbre, en su silla de madera. Dejó de tocar al verme llegar.

—He traído a una amiga. Te presento a Sheila —le dije a Polly.

—Hola, Polly —dijo Sheila.

—Espero que no la hayas traído para que os distraiga a los dos. No soy un organillero. Bastante tengo con aguantarte a ti —dijo haciendo caso omiso de Sheila.

Sin embargo, noté que Polly se sentía halagada por que le hubiese llevado a otro espectador. Me imaginé que nos haría hacer algo.

—¿Te gusta la música, Sheila? —preguntó Polly, clavándole con cuidado el instrumento en la barriga.

—Pues sí. Supongo que me gusta.

—Supones. ¿Te ha contado lo que ha tenido que hacer?

—¿Dices lo de las volteretas y los dientes de león? Sí, me lo ha contado. Yo le ayudé a recogerlos.

—¿Le ayudaste? —Polly se inclinó hacia mí—. Serás tramposo. No me dijiste que te habían ayudado. —Respondí que no creía que pasara nada—. Pues claro que pasa, eres un tramposo. Pero esta vez no saldrás tan bien parado, si quieres oírme tocar.

—¿Qué quieres que hagamos? —dije, mirando a Sheila, que, pensé, debía de estar arrepentida de haberme acompañado.

—Veamos —dijo Polly, recostándose en la silla y mirándonos—. Vamos, Sheila, acércame esa comba. —Sheila se la dio. Polly se levantó y ató un extremo alrededor de mi cintura y el otro alrededor de la cintura de Sheila, de modo que quedamos atados a unos treinta centímetros el uno del otro. Los dos sentíamos demasiada curiosidad

para quejarnos—. Y, ahora, esperad un momento —dijo Polly, y corrió escaleras arriba. Volvió con un periódico y empezó a enrollarlo—. ¿Tienes un pañuelo? —me preguntó.

Le di mi pañuelo y ella le vendó los ojos a Sheila.

—¡Eh! ¿Qué haces? —exclamó Sheila.

Yo le aseguré que no le pasaría nada malo. Lo cierto era que ambos estábamos fascinados por aquel ritual.

—Bien, la cosa consiste —explicó Polly, poniéndole a Sheila un rollo de periódico en cada mano— en que, en cuanto yo empiece a tocar, tú le pegues con el periódico y no pares hasta que deje de tocar. —Luego añadió—: Y tú no saques las manos de los bolsillos.

Observé a Polly. Ella me miró mientras quitaba la boquilla del instrumento y se la llevaba a los labios. Sopló con fuerza y el silbido sonó agudo y áspero. Sheila me golpeó despacio en el hombro. Polly se acercó mucho a Sheila y sopló en la boquilla justo al lado de su oído. Ella empezó a chillar y a golpearme en los hombros y en la cabeza. Polly no me quitaba la vista de encima. Después cesaron los pitidos, pero Sheila siguió golpeándome y tuve que sujetarle las manos. Yo parecía ser el único disgustado. Sheila sonreía y Polly parecía muy complacida.

—¿Tocarás ahora para nosotros? —le pregunté.

—El garaje. En el garaje —me susurró Sheila. Polly lo oyó.

—¿Conque también le has contado eso? No sabes guardar un secreto, ¿eh? —Polly fue a la puerta del garaje y la abrió empujándola—. Muy bien. Entrad, si queréis.

La seguimos y ella cerró la puerta. Se notaba el mismo olor húmedo y otoñal y me recordó a la tarde de hacía dos días. Esperé con impaciencia a que empezase la música. Ignoraba si sería lo mismo con Sheila allí. Polly ocupó su asiento y Sheila y yo nos instalamos un poco apartados. La música empezó y pronto llenó todo el garaje, abrumándome. Introdujo en nuestra pequeña estancia de piedra la vasta noche del otro extremo del mundo. Yo busqué la mano de Sheila y, en cuanto mis dedos rozaron los suyos, ella cogió la mía entre las suyas y la apretó contra su boca. Luego se inclinó hacia mi hombro y

me besó la mejilla. Quería unir mi voz a la de la flauta. La apreté contra mí. Supe que ninguna otra tarde sería tan bella como esa. A la semana siguiente, visitamos a Polly casi a diario. Y todos los días nos sometimos a las humillaciones que nos había preparado. Pronto casi dejé de saber si iba por la música o por el abrazo secreto que permitían la música y la oscuridad. Para Sheila no existía esa división.

—¿Para qué aguantar todas esas tonterías? —decía—. ¿No podríamos vernos sin ella, en tu garaje o en el mío?

Pero yo no estaba preparado para renunciar a la música y Sheila sabía que no valía la pena discutir conmigo. Así que seguimos visitando a Polly, procurando siempre demostrarle mucho respeto. Ella no sospechaba nada. Disfrutaba con nosotros. Nunca hablaba, a no ser para darnos una orden o pedir que nos callásemos. Aunque desconocía nuestros movimientos en la oscuridad, parecía intuir lo mucho que la necesitábamos o, al menos, lo mucho que la necesitaba yo. A pesar de lo arrogante que se fue volviendo, estaba dispuesto a hacer todo lo que ella quisiera. Una tarde, nuestra misión fue encontrar un yoyó roto que Polly había escondido en el fondo de uno de los cubos de basura que había al pie de las escaleras traseras. Sheila se negó a ayudarme mientras yo sacaba las bolsas malolientes y goteantes. A Polly no pareció importarle. Tuve que interrumpir la búsqueda varias veces para no vomitar. Por fin encontré el juguete.

—Ya era hora —dijo Polly.

Sheila se enfadó conmigo y yo me sentí muy humillado. No supe qué decir.

—Será mejor que te laves las manos antes de que empecemos —me ordenó Polly.

Cuando volvimos, ocupamos nuestros puestos en el garaje. Polly empezó a tocar y, cuando noté que estaba absorbida por la música y supe que tenía los ojos cerrados y que su corazón era parte del sonido, acerqué a Sheila hacia mí. Y con los ladrillos húmedos resonando, el aceite brillando en negros arcoíris y las hojas quebrándose bajo mis pies, nos amamos con toda la pasión de nuestros once años. A Sheila no le afectaba el ambiente. Su verdadero interés era yo, y esa tarde fue

más osada que nunca. Empezó a hacerme cosquillas en las costillas.

—Cuidado, cuidado —le susurré al oído.

—Cuidado, cuidado —se burló ella, rozando mi mejilla con los labios. Luego me besó ruidosamente en la nariz.

—Sheila, Sheila, nos va a oír —susurré, desesperado.

Y luego, de pronto, nos echamos a reír, incapaces de contenernos, excitados por nuestro descaro. La música cesó de pronto. Polly cruzó corriendo el garaje y encendió una luz que yo no había visto. Sheila y yo seguíamos abrazados. Al segundo, Polly entendió el engaño, que la habíamos utilizado como excusa para nuestros abrazos y por qué habíamos soportado con astucia sus insultos. Y, profundamente dolida y humillada, apretó la flauta con ambas manos contra los ojos y se sentó en la suciedad y en el aceite del suelo del garaje, con el cuerpo tembloroso.

—Vosotros. Vosotros… —fue todo lo que pudo decir.

—¡Ay, Polly! —exclamé, arrodillándome, sin saber qué responder—. Empieza otra vez, por favor, empieza otra vez. Esta vez te escucharemos de verdad, ¿a que sí, Sheila?

Sheila fue hasta la puerta del garaje y la abrió. Con una mano, Polly me empujó fuera con todas sus fuerzas. Salí detrás de Sheila.

—¡Vosotros! —gritó Polly.

—No me extraña que no tenga amigos —dijo Sheila, mientras andaba calle abajo—. Con razón tiene que volver sola a casa.

Pero yo no estaba preparado para hablar del espantoso acontecimiento que acababa de ocurrir y, tras quedar con ella para vernos al día siguiente después del colegio, me fui a casa a cenar. Sheila y yo nos vimos en mi garaje, como habíamos planeado el día anterior. Ella llegó antes y preparó unas cajas para sentarnos. Me senté, ella apoyó la cabeza en mi hombro y me apretó la mano.

—Ahora estamos solos —susurró.

Me parecía tan absurdo estar allí sentados en la penumbra del garaje, donde todos nuestros movimientos y susurros resonaban en el silencio, que apenas pude quedarme quieto.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Es que ya no te gusto?

—Pues claro que me gustas. Lo que pasa es que no puedo quedarme. Tengo que hacer un recado para mi madre. Tenemos invitados y debo ir al centro a comprar flores —mentí.

—¿Y por qué no me lo dijiste ayer?

—Ayer no me acordé.

Y hui del garaje, dejando a Sheila haciendo mohines en la oscuridad. Mientras iba calle arriba, pensé en qué le diría a Polly y en qué respondería ella. Me demoré unos minutos en el camino de acceso, escuchando su música, luego fui hasta el patio trasero. Estaba en su silla de madera, como de costumbre. Me miró y siguió tocando. Me senté en la hierba, no muy lejos de ella. Cuando terminó, dijo:

—¿Sabías que tuve que sacar toda la basura y luego volver a ponerla en el cubo para esconder el yoyó?

—¡Ay, Polly! —exclamé compadeciéndola—. No lo había pensado. Debió de ser horrible.

No respondió. Se levantó de la silla y se plantó detrás de mí. Yo no sabía qué iba a hacer. Se arrodilló detrás de mí, me puso los brazos sobre los hombros y sujetó la flauta dulce delante de mí. El sol en el barniz hacía que pareciera de oro.

—¿Quieres aprender? —me preguntó en voz baja, guiando mis dedos sobre el instrumento.

Cien trajes de Rusia

«Tengo que irme —pensó—, aunque solo sea una hora. Aquí no puedo trabajar. Mi madre y mi abuelo son demasiado. Cuando no es una cosa es otra. No puedo sentarme delante de la máquina de escribir».

El día anterior, su abuelo había ido desnudo al pasillo de arriba y había defecado en la moqueta. Se había olvidado de dónde estaba el baño. Luego se había limpiado con la cortina y había lloriqueado en yidis: «Oy, vey, vey, vey».

Su madre se puso histérica.

—¡Ay, papá, papá!, ¿por qué me haces esto?

—¿Dónde está el váter? —gritó el anciano.

—¡Papá, papá! —exclamó su madre—. Está loco. No es mi padre. Este no es mi padre. —Y, sin interrupción, añadió—: Mi hermana, esa perdida, me pondré tan enferma como ella. ¿Qué más me puede pasar?

Su hijo había dicho:

—Tenemos que llevárnoslo, mamá. No puede estar en una casa. Necesita cuidados especiales.

—¿Llevárnoslo? ¿Llevarnos a mi padre? ¿Que me lleve a mi padre? ¿A un gran hombre como él? ¿Debería llevármelo? —La madre no paraba de repetir lo mismo. Saltaba a la vista que estaba indignada—. La gente recorría kilómetros para oírle hablar. Papá, papá, no lo pises, ay, Dios, lo ha pisado, está destrozando mi casa. Trae la *javel*.[1]

La *javel* no sirvió de nada. La casa seguía apestando. Pero ahora, al menos, estaba en silencio. Su madre y su abuelo dormían. Se habían gritado mutuamente durante toda la noche, después de que el viejo acusara a su hija de robarle todos sus trajes. El joven se escabulló de su cuarto y casi había llegado a las escaleras cuando su abuelo abrió la

puerta y le pidió que se acercara.

—Querido hijo —empezó, como si estuviese dirigiéndose a una congregación—, Dios sabe que eres un buen hombre y, también, hemos tenido esa suerte, un poeta. Debes ayudar a tu viejo abuelo, que es muy viejo y está muy enfermo y que, por naturaleza, jamás ha hecho daño a nadie en el mundo.

—Sí, abuelo, ¿qué quieres? —preguntó él con ternura.

—¿Que qué quiero? —respondió el anciano extrañado.

—Me has llamado. ¿Quieres decirme algo?

—¿Decir? ¿Qué puede decir un viejo?

—Ibas a pedirme que te ayudara —replicó el joven.

Su madre abrió la puerta del dormitorio.

—¿Qué ha hecho ahora?

—¡Mis trajes! —gritó el anciano de pronto—. Me vine de Rusia con cien trajes. ¡Sois unos ladrones y unos asesinos!

La voz de su madre sonó tensa.

—Papá, ve a tu cuarto. Tienes que dormir.

—Ladrones y asesinos —continuó—, mi propia hija y mi pobre nieto, ladrones y asesinos. ¡Habéis sacado los trajes de mi armario, cien trajes de Rusia!

El joven empezó a bajar las escaleras. Su madre le preguntó:

—¿Adónde vas?

—¡Fuera! —gritó él. Odiaba su casa y el caos que imperaba en ella—. No voy a quedarme a seguir escuchando esta locura. Aquí no puedo trabajar. Lo único que oigo es a vosotros dos chillándoos. No sé cuál de los dos está peor.

—Fuera —repitió la madre, asintiendo con la cabeza como si lo entendiera—. En un momento como este… fuera. Cuando hace falta… fuera. Es demasiado sensible para la vida, así que se va.

—No puedo trabajar aquí, ¿lo entiendes? No puedo trabajar aquí —dijo el joven, controlando la ira.

—Trabajar —se burló su madre—, bonito trabajo. Todo el día en su cuarto escuchando discos. ¿Un poeta? Un desertor.

—¡Cállate! —gritó él, furioso—. ¡Cállate!

—¡Cállate! —repitió su madre—. ¿Has oído eso, papá? Cállate. Así es como le habla un hijo a su madre. Un gran hombre no habla así a su madre. Como tu tía, vete, deja que me ocupe yo de todo.

—Por Dios —se defendió él—, ¿por qué organizas tanto escándalo por esto? Quiero salir una hora. ¿Tan terrible es?

Entonces el anciano, como si estuviese participando en una discusión amistosa, intervino con placidez:

—En mitad de la noche van a mi armario. Y ahora no tengo nada. —Dio unos pasos por el pasillo en dirección al baño, con el pantalón del pijama alrededor de los tobillos—. Muy mala situación —murmuró.

—¡Papá, papá! —gritó ella—. Que una hija tenga que ver así a su padre… Preferiría matarme. ¿Qué haces?

El anciano estaba orinando.

—¡Fuera de aquí! —le gritó a su hija.

—¡Mi alfombra, mi preciosa alfombra! Para, papá, para, por favor, para. ¡Ayúdame! —le gritó a su hijo.

—¡Fuera de aquí! —le ordenó el anciano—. Ladrones y asesinos. ¿Con quién creéis que estáis hablando? ¿Creéis que soy un donnadie o qué? Yo tenía alumnos. Cien chicos.

El joven acompañó a su abuelo al baño. Tiró una toalla sobre el charco de la alfombra.

—Gracias, mi nieto querido. Cien chicos como tú tenía a mi cargo.

Él limpió la alfombra con *javel* y agua caliente. Su madre se apoyó contra la pared, llorando.

—No sabe ni taparse en presencia de desconocidos, mi pobre papá. Qué mal está. ¿Qué me ha hecho mi hermana?

—Ya sabes lo que ha dicho el médico —insistió su hijo—: que no tenemos las instalaciones que necesita, que irá a peor. Tenemos que pensar en llevarlo a alguna parte. Es la única manera.

—No sabía que se pondría tan mal —respondió ella—. Mira la alfombra. Qué desastre. Gracias.

—El médico dijo que tal vez podría conseguir una plaza en la residencia —apuntó su hijo.

—Por supuesto, les encantaría —replicó ella—. Un hombre así. Un

talmudista.

Su hijo replicó con súbita furia.

—Pero qué ¿estás diciendo? Un talmudista. ¿Por qué no lo aceptas? Está loco. Tu padre está loco, mentalmente enfermo, tiene demencia senil. Es triste, pero tienes que dejar de engañarte. Un talmudista. La mitad de las veces ni siquiera nos reconoce.

—Mi hermana lo sabía —dijo ella con amargura—, lo sabía.

—¿Quieres olvidarte de tu puñetera hermana? Este problema lo tienes tú.

—Crees que es fácil —dijo ella conmovida—. Llevarte a tu propio padre…

Él la cogió de la mano.

—No es fácil. Pero está enfermo. Será mejor para él.

—Les llamaré mañana —aceptó ella, derrotada.

—Hoy.

Le dolía ser tan severo, pero tenía que ser implacable. Si su madre no hubiese sido así, tal vez podría haberse pasado lo que le quedaba de vida cuidando y vigilando al anciano. Pero esa situación tan estresante la estaba matando. Nunca la había visto tan envejecida.

—Tienes que hacerlo, mamá, tú también estás enferma.

—¿Qué hora es? —preguntó el anciano, vestido solo con la chaqueta del pijama.

—Las dos en punto, abuelo.

Se toqueteó la chaqueta del pijama como si fuese un chaleco.

—¿Dónde está? —preguntó con astucia—. ¿Dónde está mi reloj de oro?

—Hoy, mamá —dijo él—, tiene que ser hoy.

—¡Ja! Finge que no sabes nada. Mira a ese par de angelitos. —Luego añadió con fiereza—: Con mis trajes.

—Por favor, papá —imploró ella—, no tenías trajes y no tienes ningún reloj de oro.

—Mamá —dijo su hijo con enfado—, ¿por qué intentas razonar con él? No entiende nada de lo que le dices.

—¡Policía! —gritó el anciano—. ¡Policía!

—¡Ay, papá! —Corrió hacia él y lo abrazó. El anciano se quedó callado y sorprendido. Ella lloró en su pelo blanco y ralo—. Muy bien —dijo en voz baja—. Llamaré hoy.

—Ahora —exigió el joven.

—Ahora no. Cuando hayas salido.

Él lo entendió. Necesitaba intimidad.

—Es mejor para todos —dijo, bajando las escaleras.

Salió a la calle. El barrio estaba cambiando. Ahora había sobre todo alemanes y húngaros. Los judíos se estaban mudando hacia el oeste. Al oeste, donde los jóvenes médicos y los contables criaban a sus familias. Era todo cuestión de dinero, pensó. Con dinero, mi madre podría cuidar de su padre en una casa grande y con un enfermero cualificado. Y se sintió culpable por sus poemas, por sus absurdas ambiciones y por el dinero que no ganaba. Y, ahora, todos estaban viviendo del pequeño capital que les había dejado su padre. «Conseguiré un trabajo —se prometió—. Lo intentaré otra vez». Una hora después, volvió a casa. Su madre y su abuelo estaban sentados en la cocina, bebiendo sendas tazas de té.

—¿Hace frío? —le preguntó su madre.

—Ahora empieza. ¿Has llamado a la residencia?

Ella hizo ademán de responder, pero el anciano empezó a cantar. Dejó el té, se recostó y tarareó una preciosa canción sin palabras y sin tristeza, llena de amor, vejez e inocencia. «Es preciosa —pensó el joven —. Más que nada que yo vaya a escribir jamás». Se sentó al lado del anciano y tocó la taza para sentir el calor. Deseó que ese momento en la cocina caldeada con su madre y con su abuelo, con la melodía y el té y el precioso vínculo de sangre no cesara nunca. Su madre empezó a hablar muy deprisa.

—¿Sabes lo que ha dicho cuando te has ido? Que iba a estar callado para que pudieras escribir, que un día serías un gran escritor y que el mundo entero lo sabría. Ha dicho que vendría gente de muy lejos para oírte hablar.

Se apartó de su madre. Entonces entendió que su abuelo nunca se iría de casa. La canción continuó y él repasó las palabras de la mentira

piadosa de su madre.

Su madre añadió:

—Y es tan feliz aquí…

La canción cesó de pronto. El anciano se metió los pulgares en la sisa del chaleco y miró a su público con suspicacia. Se cruzó de brazos y alzó la barbilla, con aire superior, un maestro del misterio, un banquero en una conspiración. Luego, golpeó la mesa con el puño seis veces, una por sílaba, y les advirtió:

—¡CIEN TRA-JES DE RU-SIA!

Ceremonias

Supongo que nunca llevaré la vida ordenada que llevó mi padre. Y que tampoco viviré en una casa como la suya, con sus rituales, su dignidad, el olor a abrillantador. Cada vez que paso por Montreal, me las arreglo para echar un vistazo a la vieja casa. Es esa casona estilo Tudor que hay al final de Belmont Avenue, justo al lado del parque. Está igual que siempre. Tal vez los olmos del jardín de delante hayan crecido un poco, pero a mí siempre me parecieron monumentales. Nunca pude vincularme a la casa, ni a la fábrica ni a las propiedades. Cada cual tiene que descubrir sus propias responsabilidades. No son necesariamente las que uno hereda. Pero esa es otra historia.

Mi padre murió cuando yo tenía nueve años; mi hermana tenía trece. Llevaba en el hospital desde el final del verano. Fue a mediados de enero, con la ciudad cubierta de nieve. La institutriz nos dio la noticia. Estaba sentada muy seria a la mesa del desayuno, con las manos entrelazadas sobre el mantel blanco que tenía delante, como una colegiala. Nos dio los buenos días, pero no volvió a decir nada mientras desayunábamos. Nos miró, igual que cuando estábamos ensayando las escalas, severa, pero tan esperanzada como nosotros de no cometer errores. Cuando terminamos, la puerta de la cocina se cerró de un modo misterioso. La doncella no entró a llevarse los platos.

—Esta mañana no iréis a la escuela —dijo, mientras nos levantábamos de la mesa—. Vuestro pobre padre nos dejó anoche muy tarde. Vuestra madre aún duerme, así que no tenemos que hacer ruido.

—¿Quiere decir que ha muerto, que nuestro padre ha muerto? —preguntó mi hermana con los ojos muy abiertos.

—El funeral será mañana.

Los dos corrimos hacia ella.

—Quería que desayunarais antes.

Luego caí en qué día era.

—Pero no puede ser mañana. Es el cumpleaños de mi hermana.

Mi hermana celebra un cumpleaños muy discreto todos los años. Intento acordarme de enviarle una postal. Nadie le deseó feliz cumpleaños al día siguiente. Busqué en el diccionario un sinónimo de «feliz», pero no encontré ninguno que pudiese decirse en un funeral. A eso de las nueve, seis hombres entraron en la casa y dejaron el ataúd en el enorme salón. Era sorprendentemente grande, de madera oscura y veteada, con asas de bronce. Hizo que el salón pareciera más formal que nunca. Los hombres lo depositaron encima de un soporte y empezaron a abrir la tapa, parecida a la de un baúl.

—¡Ciérrenlo! —gritó mi hermana—. ¡Diles que lo cierren!

En algunas casas, el ataúd se deja abierto horas antes de la ceremonia. Pero a nosotros nos dio miedo ver a nuestro padre muerto en su propio salón, al lado del Chesterfield donde siempre dormía la siesta los domingos. Mi madre entró y les pidió que lo cerraran. Yo había vuelto la cabeza y estaba esperando oír el chasquido de la tapa, pero no oí nada. Esos hombres, que se ganan la vida entre familiares de difuntos, se movían sin ruido y cuando abrí los ojos ya habían desaparecido. Mi hermana y yo evitamos el salón toda la mañana. Los espejos de la casa estaban untados de jabón. Como si el cristal hubiese sufrido de pronto una extraña escarcha. Mi madre se quedó sola en el salón. A eso de mediodía empezó a congregarse gente en la calle y en el vestíbulo. Una hora después, los tres bajamos las escaleras. El sol neblinoso e invernal brillaba en las medias negras de mi madre y daba un perfil dorado a los dolientes en el umbral. Nos quedamos cerca del ataúd, con la familia detrás. Los amigos y los obreros de la fábrica abarrotaban el vestíbulo, el camino de acceso a la casa y la calle. Mis tíos se quedaron detrás de mí, altos y serios con sus trajes negros, tocándome de vez en cuando el hombro con las manos muy bien cuidadas. Yo llevaba una banda negra en el brazo y mientras duró la ceremonia la toqueteé varias veces para asegurarme de que seguía allí.

—Tenemos que ser como soldados —murmuró uno de mis tíos.

Mi hermana y yo fuimos derrotados. Abrieron el ataúd. Miré a mi hermana de reojo. Nos obligamos a mirarlo. Estaba envuelto en seda, con el chal de oración plateado sobre los hombros. Su bigote destacaba, negro y fiero, contra el rostro pálido. Parecía enfadado, como si estuviese a punto de despertar, salir de la caja y continuar durmiendo en el Chesterfield. Lo observamos mientras duraban las oraciones. Lo enterraron en el cementerio blanco, cerca de las puertas que había donado uno de nuestros primos. Los enterradores tenían un aspecto informal e irreverente con su ropa de faena. Habían echado una estera de césped artificial sobre los montones de barro congelado. El ataúd bajó con un sistema de poleas. Después del entierro, reinaba un ambiente frívolo en la casa. Sirvieron *bagels* y huevos cocidos. Mis tíos bromeaban con los amigos de la familia. Apenas nombraron a mi padre. Aunque me molestó esa jovialidad, participé en ella. Miré debajo de la barba de mi tío abuelo y le pregunté por qué no llevaba corbata. Luego, uno de mis tíos me llevó aparte. Me dijo que a partir de entonces yo sería el hombre de la casa, que las mujeres eran mi responsabilidad. Eso me llenó de orgullo. Me sentí como el príncipe consagrado de alguna dinastía amada por el pueblo. Era el primogénito del primogénito. Teniendo en cuenta lo mucho que me he distanciado de ellos, es raro que aún me sienta a veces como ese príncipe. La familia se marchó en último lugar. Mis tías ayudaron a la doncella a recoger las tazas y los platillos cubiertos de migas y de semillas de alcaravea. Mi madre había puesto los platos con el diseño dorado, tan finos que a través de ellos se veía la luz de la vela. La institutriz supervisó la limpieza de la cocina y le dijo a mi madre que descansara un poco. En lo alto de la nevera había un jarrón con crisantemos amarillos. De uno de los tallos colgaba una tarjeta de visita con el borde negro. Era de un amigo cristiano que ignoraba que en las casas judías no ponen flores cuando están de luto. La institutriz iba a llevárselas a casa de su padre. Las flores hicieron que me acordara del cumpleaños de mi hermana. Nadie lo había mencionado en todo el día. No ocurrió nada. No planeé un dulce gesto para romper el silencio. No cogí un crisantemo para

dárselo ni se lo puse en la almohada. Tuve que esperar años antes de poder desarrollar esa sensiblería. No ocurrió nada, excepto esta conversación. Cuando ya era tarde por la noche, encontré a mi hermana en el pasillo de arriba. Ninguno de los dos podía dormir. Me pidió que entrara en su cuarto.

—Tienes los pies fríos —dijo, cuando me metí en la cama.

—Y tú también.

Nos quedamos un rato en silencio. Al otro lado de la ventana había una brillante noche de invierno. Los metros de cortina de encaje retenían parte de la luz.

Por fin dijo:

—¿Lo miraste?

—Sí.

—¿A la cara?

—Sí.

—Yo también. Parecía enfadado, ¿verdad?

—Sí.

—Y con el bigote tan negro... Como si se lo hubiesen pintado con un lápiz de cejas.

—Es lo que hacen —dijo.

—Nunca volveremos a verlo.

—No llores.

—Nunca volveremos a verlo. Deberíamos haber dejado que abrieran el ataúd esta mañana. Podríamos haberlo visto una mañana más.

—No llores —le dije. Creo que fue mi mejor momento—. Por favor, es tu cumpleaños.

Los episodios del señor Euemer

Una tarde luminosa, el señor Euemer se sentó delante de la ventana de su casa y observó a dos chicos en la calle que lanzaban bolas de barro a los coches que pasaban. Un niño, con un cubo entre las rodillas, fabricaba los proyectiles acurrucado detrás de unos arbustos. Se los daba goteando a un chico rubio que los lanzaba con naturalidad contra la calle y siempre fallaba el blanco por poco. Por lo visto la idea era solo acercarse. La calle oscura estaba manchada con explosiones de barro aún más oscuras. El chico rubio, con el brazo levantado, hizo que el señor Euemer se acordara de una de las alegres figuras que hay detrás de José en *El matrimonio de la Virgen*, de Fra Angelico. Había pasado mucho tiempo inclinado sobre su libro de la editorial Skira deleitándose con el modo en que el joven de la túnica roja y amarilla parecía apartarse de la procesión, como si estuviese más interesado en la elegancia que prometía su propio cuerpo que en el resultado de la ceremonia sagrada. El chico rubio lanzaba sus proyectiles con la misma indiferencia y soltura, disfrutaba del movimiento de su brazo con el mismo placer egoísta. El señor Euemer apenas reparó en que el chico le ponía furioso. Solo reparó en la belleza del muchacho. «Tú fuiste tan bello como él», le dijo vagamente una voz interior. La mujer del señor Euemer llegó y se detuvo detrás de él, apoyando la barbilla en su cabeza.

—¿Qué se traen ahora entre manos? —dijo, masajeándole los músculos de los hombros—. Mira a ese. Está claro que es el jefe. Míralo, qué arrogancia. No dudes de que dejará muchos corazones rotos a su paso.

Al señor Euemer no le importaban las observaciones de su mujer.

Quería contemplar al chico a solas. La presencia de ella era una intrusión. El chico era el reflejo de sus anhelos particulares y no quería compartir la imagen. La barbilla de ella era como una punta metálica en el cerebro, que hurgaba y hurgaba. Le dolían los músculos con aquel amasar tan vigoroso, pero le apretó la mano derecha entre el hombro y la mejilla y ronroneó:

—Ayyy, qué gusto.

—Nadie de tu familia ha sido nunca así de apuesto. No sois exactamente unos atletas —dijo la señora Euemer, apretándole aún más con los fuertes pulgares, y luego se apartó dejando a su marido dolorido y aliviado.

El chico rubio aceptó una bola de barro goteante de su secuaz y apuntó a un coche grande y amarillo. Al señor Euemer le pareció captar su mirada cuando el chico inclinó la cabeza y lanzó el misil. El disparo fue muy fuerte. Impactó contra el parabrisas y ensució la mitad del cristal. El coche dio un giro brusco, primero a un lado y luego al otro, subió al bordillo donde milagrosamente no había otros coches aparcados y, casi con elegancia, volcó sobre el césped oscuro de delante del edificio de apartamentos. Las ruedas todavía giraban en el aire cuando el señor Euemer apartó los ojos del accidente para mirar a los saboteadores. Pero habían huido. El ruido hizo que su mujer volviera a su lado.

—Vaya, por fin han acertado de pleno, ¿eh? —musitó.

—No, no —mintió el señor Euemer—, a ese no le han disparado. Debía de ir borracho o habrá sufrido un ataque al corazón. Ya está aquí la policía.

—No me vengas con cuentos. Si no hubiesen sido ellos, habrían sido los primeros en ir a ver qué pasa, como ese gentío, y no los veo por ninguna parte.

Su argumento era más que un reproche. Lo descartaba a él por completo. Deseó que se fuese. El accidente era una creación del chico rubio y le molestaba tener que compartirlo con su mujer. Decidió disimular su interés.

—¿Crees que deberíamos denunciarlos? Quién sabe qué harán

después.

—No seas absurdo. Podrías arruinarles la vida. Mira, lo han sacado. Qué desastre. Supongo que debe de estar muerto.

La muchedumbre dejó pasar a los camilleros y al hombre herido, y la ambulancia blanca se lo llevó calle abajo, sin la sirena. Esa noche, mientras escuchaba los gritos y la maquinaria de los operarios que retiraban el coche accidentado y mientras pensaba en el chico rubio, el señor Euemer fue muy entusiasta haciendo el amor.

—Nada como una mutilación para ponerte en forma —bromeó su mujer.

Al día siguiente era sábado y disponía de toda la tarde para él. Su mujer tenía que ir al centro a un tratamiento de electrolisis para quitarse el vello de la espalda. Abajo, vio a su mujer salir del edificio y andar hacia la parada de autobús. Un gran moratón en la hierba y las marcas de los neumáticos en la acera eran las únicas huellas que quedaban del accidente. Luego vio al chico rubio aparecer por detrás de los arbustos y plantarse, con las manos en las caderas, como un general haciendo turismo por un área devastada. El ascensor le pareció increíblemente lento mientras llegaba hasta la planta baja. ¿Estaría el chico todavía allí? El sol brillaba en el pelo del muchacho. Al señor Euemer incluso se le ocurrió acariciar ese pelo dorado, pero el deseo no era tan fuerte como para tener que reprimirlo.

—Te conozco —dijo el señor Euemer.

Sin decir nada, el chico retrocedió unos pasos. «Qué elegancia —pensó el señor Euemer—. ¿Qué nos hace olvidar esa forma de movernos?». «Antes tú te movías con la misma gracia que él», respondió vagamente una voz interior, sin complacerle lo más mínimo.

—Te conozco —repitió el señor Euemer en tono jocoso.

—Oiga, señor, me importa un bledo si me conoce o no. Nunca he visto a tantos maricas en una ciudad intentando ligar con alguien. Pírese, ¿quiere?

Al señor Euemer le sorprendió y le escandalizó la manera de hablar del chico y la aspereza de su voz. «Bueno, él no tiene la culpa de la educación que ha recibido», intentó racionalizar. El chico rubio no se

marchó. Al señor Euemer incluso le pareció detectar una sonrisa en sus labios rojos. Balanceaba la pierna como un bailarín de ballet, dando patadas a la hierba aplastada.

—Supongo que aquí ha habido un accidente —dijo el señor Euemer.

—Claro, claro —se burló el chico con voz hastiada.

—¿Qué quieres decir con «claro, claro»? —El señor Euemer estaba un poco molesto por la insolencia del chico.

—Claro, claro —repitió en el mismo tono.

Otro chico lo saludó por la mano calle abajo.

—¡Hola, Star! —gritó.

El señor Euemer reconoció al fabricante de proyectiles de la tarde anterior.

—¿Te llamas Star?

El señor Euemer pensó que el nombre le pegaba.

—Claro, claro. Bueno, adiós, señor. Me largo. Ese es mi colega.

Hizo ademán de marcharse, moviendo las caderas de manera exagerada.

El señor Euemer se adelantó y lo cogió del brazo.

—Solo un momento, Star. Te conozco y conozco también a tu amigo. Te vi lanzar la bola de barro contra el coche amarillo y ambos sabemos lo que pasó.

El terror se extendió por el rostro del chico, no desfigurándolo, pero sí teatralizando su belleza. El señor Euemer no lo soltó. El brazo del chico parecía frágil, como si pudiera romperlo apretando más.

—¿Qué quiere de mí, señor? Se equivoca. ¿Bolas de barro? Está usted loco.

Pero sabía que estaba atrapado. Y lo cierto era que el señor Euemer no sabía con exactitud qué quería del chico.

—Quiero… solo quiero hablar contigo. En mi piso. —Star intentó soltarse. El señor Euemer contratacó y utilizó la otra mano para sujetar al chico por el hombro—. O eso, o la policía.

El amigo de Star iba hacia ellos.

—Dile a tu amigo que se vaya.

—Largo —le dijo Star al chico que se había parado a unos metros de

distancia.

—Vaya, Star, ¿estás con él? —Miró con desprecio al señor Euemer—. Dijiste que pasarías la tarde conmigo. No hay nadie en casa. Vamos, Star, lo prometiste. Dijiste que nos veríamos aquí y que iríamos a… —El chico estaba al borde de las lágrimas.

—He dicho que largo. Vete, fuera de aquí. Venga, señor. Vámonos.

—Solo porque vaya a darte dinero… —dijo su amigo con un mohín, frotándose los ojos.

—Que te largues.

El señor Euemer siguió sujetándolo hasta que estuvieron en el ascensor. Recordando sus propias intrigas de la infancia, se preguntó qué se traerían entre manos los dos chicos.

—Tú amigo se ha llevado una decepción, ¿no?

—Sí. Le gusto mucho. —Y en voz muy baja, mientras iban por el pasillo, añadió—: Yo le compensaré, señor.

El señor Euemer prefirió no oír esa última observación. En la cara del chico ya no había miedo. Se sentaron en el salón. El señor Euemer le preguntó qué edad tenía. El chico respondió que trece.

—Vaya, creía que eras más joven.

—Sí, les pasa a todos.

El señor Euemer puso un plato de plata con chocolatinas al lado del chico. Star se llevó una tras otra a la boca y se las terminó.

—Al menos sacaré algo de esto —murmuró.

Al señor Euemer ya no le molestaba la hostilidad del chico. «Al fin y al cabo —pensó—, le he hecho cambiar sus planes de la tarde». Al señor Euemer le encantaba verlo comer, le encantaba ver cómo la lengua roja encontraba trocitos de chocolate sobre los labios rojos. El señor Euemer le enseñó la fotografía del libro de la editorial Skira.

—Es tu viva imagen.

—Claro, claro.

El chico apenas miró la reproducción. El señor Euemer fue hasta la ventana. Por la calle pasaba una comitiva fúnebre, las limusinas negras eran un segmento más brillante del tráfico general.

—¿Sabes, Star? Yo hacía las mismas cosas que tú cuando era un crío.

Y de eso no hace tanto tiempo como podrías pensar.

Y a continuación el señor Euemer se puso a hablar apasionadamente de su infancia. Una larga historia de cuevas y clubes secretos, de contraseñas y enemigos, de valientes aventuras, de bromas ingeniosas y sueños, sueños, sueños. Debió de pasarse más de una hora hablando. Star estaba inmóvil en su silla, con la preciosa cabeza inclinada hacia atrás, contemplando el techo. El señor Euemer terminó una frase con un suspiro.

—No estás escuchando, ¿verdad, Star?

—Claro, claro. ¿Quiere que me quite la ropa ya?

—¿Qué estás diciendo?

—Entonces, ¿no quiere que me desnude?

—No seas ridículo.

El chico se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos azules. Después, se echó a reír. El señor Euemer también se echó a reír.

—¡La hostia!, creía que quería que se lo hiciera gratis. Pensé que, como me había pillado en lo de anoche… Joder, ¿entonces no es usted marica?

—Jovencito.

—¿Me ha traído aquí solo para contarme toda esa mierda de piratas y buenos y malos?

—Pensé que te interesarían —dijo el señor Euemer a falta de otra respuesta y sintiendo una repentina vergüenza. Vio llegar por la acera a su mujer, que volvía de su cita—. Será mejor que te vayas. Mi mujer llegará en cualquier momento.

Star no se movió.

—¿Y echó a mi amigo, solo porque quería darme la tabarra? ¡Vaya bicho más raro!

—Mira, jovencito, si te he hecho perder el tiempo, a lo mejor esto te compensa.

Se metió la mano en el bolsillo y le dio un billete al chico.

—Claro que me compensa, bicho raro. —Y cogió el dinero.

Al señor Euemer le alarmó el odio en la cara del chico.

—Y ahora, si no te importa, vete, mi mujer… ¡Eh! ¿Qué haces?

—Claro, claro, su mujer.

El chico rubio empezó a desvestirse y se quitó los pantalones. Tiró la camisa y la ropa interior al suelo. Incluso en aquel momento de pánico, el señor Euemer reparó en el rubio vello púbico.

—¡Basta, basta! —exclamó.

El señor Euemer agarró al muchacho. Su mujer abrió la puerta y entró en el salón. Vio a su marido forcejeando con un chico rubio y desnudo. Soltó un grito gutural, se dio la vuelta y salió del apartamento. El señor Euemer tembló y se dejó llevar por el pánico. Después corrió tras ella, pero su mujer había cogido ya el ascensor.

—Apúnteme una —dijo riendo el chico y subiéndose los pantalones.

El señor Euemer corrió por la calle detrás de su mujer. Cuando la alcanzó, ella estaba llorando. Le pasó el brazo por encima del hombro y ella dejó que la llevase al apartamento.

—Por favor, no lo malinterpretes —empezó a decir el señor Euemer con voz implorante—. Me ha gastado una jugarreta.

Pero sabía que ella jamás le creería.

El Ritual del Afeitado

El señor Euemer, que rima con cáncer, se quedó en su lado de la gran cama blanca y, con todo su desdichado corazón, odió a su mujer, que roncaba en voz baja a unos cálidos treinta centímetros de distancia. Esperó francamente que se asfixiara en el siguiente suspiro de su seno informe y cubierto de seda. Incluso recitó en silencio una breve oración pidiéndolo, pero antes de que pudiese terminarla con un callado «Amén», ella se acercó de pronto a su cuerpo y él se interrumpió asustado. La luna de otoño lanzaba una mirada plateada hacia la habitación moderna tan llena de odio y de sueño. El brazo perfectamente afeitado de su mujer brillaba sobre el edredón blanco. No pudo evitar pensar que parecía una anguila suave y encantada, o una lechosa serpiente sin escamas, rara y peligrosa. Y el puñetero edredón. No, ella no podía tener mantas como todo el mundo.

—Las mantas son demasiado ásperas, pican —se había quejado con éxito, hacía unos meses, en su primera semana de casados.

Luego había desaparecido su grueso traje de tweed. A él le encantaba porque le daba un aire muy inglés, aunque los pantalones le marcaran demasiado los muslos.

Su mujer le dijo:

—Debes de habértelo olvidado en el hotel de las Bermudas.

Pero era imposible. Él sabía que no podía haberse llevado un traje de tweed de vacaciones al trópico. También habían desaparecido otras cosas. Una pata de conejo de su llavero. El abrecartas con una pezuña de ciervo del escritorio. Un cactus que le había enviado uno de sus mejores amigos.

—Se murió —le dijo ella sin más.

Casi se había puesto histérica cuando llevó a casa el cachorro.

—¡No puedes traer eso aquí!

—¿Por qué? Mira, cógelo. Apoya la mejilla contra su…

Ella le apartó las manos con violencia y retrocedió hacia el fondo de la habitación.

—No te morderá, cariño.

Ella había empezado a estremecerse, moviendo las manos sobre los pechos y los hombros como si estuviese en la ducha.

—¡Puaj, puaj, puaj! —gemía.

El señor Euemer, perplejo, se llevó al inocente animal y se lo regaló a un vecino. Cuando volvió, su esposa ya se había dominado, pero no dejó que la besara hasta después de lavarse las manos.

Esa noche, cuando estaban acostados y envueltos en ese incómodo abrazo de los jóvenes enamorados, dijo sin venir a cuento, rompiendo el habitual silencio de su intimidad:

—Habría dejado pelos por todas partes.

El señor Euemer miró fijamente a su mujer a la luz de la luna. Observó su brazo desnudo. Se había dejado engañar. Le habían estafado. Era lo peor que puede ser un norteamericano: un pardillo. Le invadió una oleada de vergüenza. Tendría que haberlo sospechado la primera noche que se entregó a él, una semana antes de la boda. El señor Euemer nunca se había sentido exactamente orgulloso de su cuerpo. Siempre se había creído inferior en la playa debido a la escasez de pelo en su pecho y sus piernas. Cuando se desvistió, vio que su futura esposa lo miraba con evidente placer y lo devoraba con los ojos. Le causó mucha satisfacción y confianza y estuvo más que a la altura en la cama.

—Me alegro tanto de que tu cuerpo sea suave y no esté cubierto de vello como el de un mono...

Y él pensó en lo dulce que era, y los dos se rieron y volvieron a abrazarse. El Ritual del Afeitado (el señor Euemer pensaba en él con mayúsculas) había empezado durante la luna de miel. Estaba esperándola en la cama cuando oyó el agua en el baño.

—Es solo para refrescarme —dijo ella.

—Envidio al agua —repuso él con galantería.

Estuvo un rato escuchando complacido la música de sus chapoteos.

—¿Te importa si te miro? —le pidió desde detrás de la puerta cerrada.

—Bueno —aceptó ella con la voz tímida de una recién casada.

—Eres muy guapa, señora Euemer —dijo, mirándola con admiración.

Le encantó el modo en que ella respondió:

—Me esfuerzo cuanto puedo, señor Euemer.

Se estaba rasurando las piernas, una actividad bastante agradable de ver, aunque algo no acababa de encajar. Se estaba rasurando los muslos. Eso le incomodó por dos motivos. En primer lugar, le pareció antinatural. De las mujeres a las que había visto, y eso incluía a su hermana y a un par de chicas con las que había tenido aventuras, de todas las mujeres que recordaba, por mucho que se estrujó los sesos, ninguna se rasuraba por encima de las rodillas. En segundo lugar, y lo que es más importante, había llegado a amar esos bosques de pelillos castaños en sus muslos. Y, con el mayor tacto posible, eso fue exactamente lo que le dijo. Ella no intentó disimular el desprecio que le había causado esa observación.

—Procura no decir asquerosidades, por favor, cariño —le ordenó en tono cortante.

Su pasión de novio le impidió reparar en la intensidad del reproche. No obstante, ahora ya sabía que aquello había sido el principio del fin. A partir de esa noche, antes de irse a dormir, el señor Euemer siempre oía a su mujer salpicando en la bañera. El Ritual se prolongaba más y más. A veces, el señor Euemer se quedaba dormido esperando. Como es natural, eso repercutía en su rendimiento en la oficina.

—¿Tienes que hacerlo cada noche?

—No me lo preguntarías si supieses lo deprisa que crece el pelo.

Casi parecía ofendida por la pregunta. De nada sirvió recordarle que él se afeitaba cada dos días. Unos días después, incluyó los brazos en el Ritual del Afeitado. Él intentó poner un límite.

—Nunca he oído que ninguna mujer se rasure los brazos. Es bonito ver un poco de vello en los brazos de una mujer. Y recuerdo que en el

crucero se volvió dorado.

—¿Es que quieres hacerme vomitar? —preguntó ella.

Sus miembros eran suaves como la porcelana, incluso si los acariciaba a contrapelo, pero cada vez tenía menos oportunidades de acariciarlos. Se quedaba tres horas en el baño pasando la cuchilla plateada una y otra vez sobre sus miembros enjabonados. Una noche, no lo soportó más. Entró en el cuarto de baño y la cogió de la muñeca.

—Esto ha llegado demasiado lejos —dijo casi chillándole—. Eres mi legítima esposa y te vas a venir a la cama conmigo.

Ella no se resistió. Se alzó como Venus de las aguas y dejó que la secara con brusquedad. Por la mañana, se vengó. Cuando él despertó se horrorizó al verla desnuda frente al espejo del baño. Se estaba afeitando la cara, afeitando ese leve, levísimo bigote que tanto le gustaba a él, afeitándose los pelillos castaños, casi invisibles, de la barbilla que él había cartografiado en el mapa de su pasión.

—¡Dios mío! ¿Qué haces?

—No querrás estar casado con la mujer barbuda, ¿no?

Le sonrió entre la espuma de afeitar y él no supo qué decir. Vio pasar la cuchilla por la espuma como un arado de plata en un campo cubierto de nieve. Así se añadió un capítulo matutino al Ritual del Afeitado. Y, en realidad, al señor Euemer tampoco le asqueaba tanto el extraño comportamiento de su mujer cada mañana. Se acostumbró. Incluso le gustaba un poco. Le excitaba. El Ritual del Afeitado era su secreto, profundo, delicioso, malvado y peligroso, una Misa Negra que recitaba para sus adentros cada día de trabajo. Le inspiraba esa sensación de superioridad que tienen los libertinos en presencia de las personas más convencionales y no iniciadas. Dudó de si la señora Euemer no sería una mujer muy inteligente que había planeado esa estrategia para mantenerlo interesado y excitado. Le pidió que dejara la puerta abierta, para poder observar los ritos. Aprendió a esperar pacientemente a que su cuerpo perfumado, suave por el acero, llegara cálido del baño. Por supuesto, a veces se inquietaba. Cuchilladas de culpabilidad atravesaban el reluciente tejido del placer. ¿Estaría mal, sería algo enfermizo? Palabras desagradables como «pervertido» pasaban por su

imaginación. Pero le bastaba con recordar su increíble y perfecto cuerpo, tan bien cuidado, tan preparado, y el tejido se restauraba en toda su brillantez. Llegó a entender que, para él, la pasión era un delicado equilibrio entre el atractivo y la repulsión. Se felicitó por su sensibilidad rara y distinguida. Pero esa noche ella había ido demasiado lejos. Se había afeitado el sedoso triángulo donde él apoyaba su mejilla ardiente. Se había afeitado ese lugar e insistía en que él hiciera lo mismo.

—Las axilas también —añadió con firmeza.

Había alterado el delicado equilibrio. Él protestó con vehemencia. No lo haría. Hasta la simple propuesta era humillante. Pensó en eunucos, en *castrati* y en pacientes de apendicitis. El vello era un símbolo histórico de virilidad. Le daba igual lo que hiciese ella, pero, por el amor de Dios, él conservaría el suyo.

—Muy bien —replicó ella, en ese tono de desprecio que reservan los puros para los impuros digan lo que digan—. Pero abstente de tocarme hasta que revises tus opiniones.

Contuvo sus manos inquisitivas envolviéndose el cuerpo con las sábanas y el edredón, armándose de un capullo de seda y lino. El señor Euemer, que rima con cáncer, se quedó a su lado en la gran cama blanca y, con todo su desdichado corazón, odió a su mujer, que roncaba en voz baja a unos cálidos treinta centímetros de distancia. Se preguntó cuándo descubriría los minúsculos pelillos de su nariz y cómo los eliminaría. En ese momento ya no roncaba, ¿cómo podía haber imaginado que su mujer roncaría? Observó su cuerpo a la luz de la luna. Sus pechos no tenían nada de informe. La observó e, imperceptiblemente, como se mueve la luna, sus sentimientos pasaron del odio a la pasión, del asco a la ofensa y a una necesidad desesperada de disfrutar y de poseerla. Apartó las sábanas. Ella despertó un momento y él vio el brillo airado de sus ojos mientras se arrebujaba con enfado para reparar el capullo a su alrededor. Algo más que el instinto y algo menos que el pensamiento lo catapultaron fuera de la cama hacia el baño. Se quitó el pijama, abrió el grifo de la ducha, cogió la cuchilla y el bote de espuma de afeitar y se metió debajo del agua.

—Si eso es lo que quiere, ¿a mí qué más me da? —murmuró para sus adentros.

Se echó la espesa espuma sobre el cuerpo y empezó a aplicar la cuchilla, con el juicio aún extraviado por la mujer que dormía en la sala de al lado. Luego vio a la señora Euemer desnuda al lado del lavabo. Estaba poniendo una cuchilla nueva en la maquinilla. Entró con él en la ducha y empezó a rasurarle la axila izquierda. Muy pronto estaban riéndose, besándose y cantando. Los dos habían acabado cubiertos de jabón y se pasaban la cuchilla mutuamente. Su gozo hizo que no tuviesen cuidado y el cuerpo acabó sangrándoles por docenas de pequeños cortes indoloros. Salpicaron, se cortaron y se abrazaron y, cuando por fin cerraron el agua y se sentaron en la reluciente bañera de porcelana en un abrazo sexual, parecían dos postes de barbero que no parasen de dar vueltas.

—Eres tan guapo —gimió ella— y tan bueno conmigo...

Él metió la cara en su pelo goteante y perfumado. Los pequeños cortes de los hombros empezaban a picarle, pero no le importó.

Canción de cuna

El señor Euemer se vio a sí mismo como el padre de muchos hijos. El Moisés de una nueva tribu, el fundador casi bárbaro de una orgullosa dinastía. «Mi simiente se extenderá por la tierra», proclamó en las resonantes cámaras de su imaginación. En los cálidos recovecos de su corazón, sus hijos se arrodillaban pidiendo la bendición paterna. Su mujer acababa de decirle que estaba embarazada. Se plantó desnudo delante del espejo del baño y admiró sus propios hombros. Hinchó el pecho y fingió orar. No había nadie en el baño, solo el señor Euemer y sus sueños de progenie. Su mujer, ¡embarazada! Pensó en melones creciendo al sol, en árboles cargados de fruta, en pantanos burbujeantes, en cálidos océanos, en todo lo que está maduro y es exuberante y produce vida. Y él lo había hecho. El señor Euemer. El señor Julio César Alejandro Gengis Leviatán Euemer. ¿Y si el bebé moría? En la cuna. Con menos de una semana. Ay, el minúsculo ataúd, y, ay, las visitas anuales al cementerio, y, ay, la luz de las flores azules. ¿O si lo raptaban? Los gitanos. Un águila. Unos secuestradores. Ay, los reproches, y, ay, el rescate, y, ay, la petición televisada al país. El señor Euemer estaba deslumbrante mientras su imaginación se elevaba sobre los grifos plateados y los azulejos de la ducha.

—¿Cuánto tiempo vas a pasarte ahí? —quiso saber su mujer desde el dormitorio—. Tengo que darme un baño. Estoy muy sucia.

El señor Euemer no se tapó con la toalla. Esa noche, no tenía rival.

—Adelante —canturreó.

—¿No tienes frío? —Ella preparó el baño.

El señor Euemer observó a su mujer mientras se bañaba. Prestó especial atención a su vientre. La quería. Era la mujer a la que había

fecundado. Su esposa. Su mujer.

—Ahí de pie pareces un auténtico idiota.

Entonces su mujer hizo algo extraño. No se rasuró. Ella, que todas las noches se pasaba la maquinilla por las piernas, las axilas y otros sitios secretos. Ella, que odiaba a muerte el vello corporal y que blandía una afilada cuchilla en guerra santa contra él. Ella, que mantenía su piel como la de una estatua y suave como un cisne. No se rasuró.

—¿Quieres que te cambie la cuchilla, cariño? —preguntó él servicial.

—No. Creo que por esta noche lo voy a dejar pasar.

También lo dejó pasar a la noche siguiente. Y a la otra. De hecho, dejó de rasurarse. Sus piernas rascaban al señor Euemer. Se volvió más velluda a medida que se le iba hinchando el vientre. El leve bozo de su labio superior, que antes eliminaba con tanto cuidado, se volvió claramente visible. Al señor Euemer no le importó. Había aprendido a amar a su mujer y las cosas que le gustaban. Y la señora Euemer parecía disfrutar mucho con los nuevos bosquecillos erizados de pelo que crecían libremente en su cuerpo, antes tan suave y cuidado. Era como si, mientras su cuerpo alimentaba al niño que se estaba formando en su vientre, ella se esforzara en nutrir el producto de su piel. Era una madre completa y cualquier cosa que produjese era importante y valiosa. Debido a su reciente interés, el señor Euemer pensó incluso en dejarse barba. Aunque eso era imposible por dos motivos. En la oficina no se lo permitirían y, además, solo se afeitaba tres veces por semana, lo cual indicaba el poco vello que tenía. La señora Euemer se convirtió en una escarpada montaña de vida. Pasaba horas admirando su exagerada anatomía, balanceando sus pesados pechos, los medios nutricios, masajeándose el gran vientre que albergaba la vida. Se pavoneaba. Andaba como un pato. Cacareaba. Al principio, el señor Euemer participaba de su orgullo. Incluso bromeaba y la llamaba Gran Madre.

—A veces creo que deberíamos hacerte un sacrificio humano, Gran Madre, para apaciguarte y ganarnos tu favor.

Y, en su fértil gloria, a la señora Euemer esa sugerencia no le pareció del todo absurda. Pero empezó a descuidarse. Al menos, eso pensaba el

señor Euemer. Daba la impresión de que había dejado de peinarse. Se recogía el pelo de cualquier manera y lo aseguraba con un bosque de horquillas. Había horquillas por todo el apartamento. Él las pisaba y dormía sobre ellas. Algunos mechones se soltaban y la mayor parte del tiempo parecía una Medusa de barrio residencial. Se bañaba muy poco. A veces, él pensaba que no se cepillaba los dientes. A menudo, cuando él volvía a casa del trabajo, las camas seguían sin hacer. Y ella siguió creciendo y creciendo y creciendo. Su bigote se volvió más negro, su pelo más despeinado. Apareció vello en su cuerpo en sitios donde él nunca lo habría imaginado. Sus pechos crecieron más allá de las proporciones atractivas de las películas. Su vientre se volvió enorme. El señor Euemer miraba con atención a las mujeres embarazadas que veía por la calle. Y nunca había visto tantas. Estaba seguro de que no eran tan grandes como su mujer. Le pareció que su mujer intentaba llenar todo el piso, que intentaba expandirse hasta ocupar todos los rincones. Le sugirió que tal vez estuviese descuidando un poco su higiene personal.

Ella respondió, poniendo fin a la conversación:

—Hay ciertas excentricidades que suelen disculpársele a una mujer embarazada. No pido escabeches en plena noche ni cosas por el estilo. Supongo que solo me he vuelto un poco primitiva.

El señor Euemer dejó de maravillarse por sus hombros en el espejo del baño. Dejó de anteponer a su nombre títulos de conquistadores. Sabía quiénes eran los conquistadores y creadores de este mundo. Y no eran hombres. El apartamento estaba sucio. Los ceniceros y las papeleras estaban llenos. Ella no se decidía a tirar nada. Cuando la señora Euemer llegaba a la cama por la noche dando tumbos, como un glaciar que irrumpe en el océano, el señor Euemer tenía una sensación que no sabía identificar. Era miedo. Pero, a medida que la señora Euemer se acercaba a término, todo empezó a cambiar. Él llegó a casa una noche y descubrió el apartamento ordenado, el cuarto de baño reluciente, las horquillas desaparecidas. La propia señora Euemer se había transformado. Estaba peinada y empolvada. Esa noche, él descubrió que el cuerpo de su mujer estaba tan suave como siempre. Y

ya no tenía ese aire de superioridad. Su rostro ya no exhibía esa expresión benévola, casi obscena, que parecía proclamar que el ombligo de la tierra le proporcionaba los jugos nutricios. Ya no era la Gran Madre.

—Me miré en el espejo y me cansé de ser una dejada —le dijo a su marido, que estaba a su lado entre las sábanas limpias.

Pero eso no era del todo cierto. Y había un deje de tristeza en su voz. El señor Euemer tomó la mano de su mujer. La apretó con ternura. Una vez más se vio como el padre de sus hijos. Pero ya no como un héroe, ni como un progenitor bárbaro. Un hombre sencillo, en un hogar humilde. Un miembro de la comunidad. Papá. Besó su mejilla y notó sabor a sal. Ella lloraba en silencio.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó en voz baja.

Después de un silencio, se lo dijo en un torrente de confesiones:

—Hasta hoy no me había dado cuenta de lo que me pasaba. Voy a tener un hijo. Un hijo. ¿Sabes lo que significa eso? Significa que soy una madre. No una semana, ni un mes, sino para siempre jamás. Es como si todo estuviese dispuesto y nada pudiera cambiarlo. Una madre con hijos y nada más. Un decreto. Y soy joven. Mírame. Soy joven y nunca he ido a ninguna parte, no he hecho nada, y ahora se acabó.

Lloró toda la noche por la juventud que creía que le habían robado, y por los capiteles, las torres, los canales y las montañas que pensaba que no vería nunca y, en secreto, por los amoríos en oscuras posadas de pueblo de los que jamás disfrutaría. El señor Euemer se quedó empequeñecido a su lado e intentó consolarla, pero ella siguió llorando hasta que el sueño la venció. Se sintió cariñoso y protector, y arropó con las sábanas blancas su enorme cuerpo. Sabía que todas las mujeres embarazadas tienen esas dudas y se metió en el papel de Marido Comprensivo. Le sostuvo la mano hasta que se quedó dormida.

A la mañana siguiente, la vio contoneando el cuerpo al lado del armario. Estaba intentando meterse en uno de sus vestidos de talla normal. Era una batalla perdida y pronto dejó la prenda retorcida en un rincón. «Vanidad, vanidad», sonrió el señor Euemer. Pero cuando volvió a casa esa noche, la encontró en el vestíbulo, peligrosamente

apoyada sobre la barandilla de la escalera. El señor Euemer se alarmó. Cuando él llegó, su mujer boqueaba. Se las había arreglado para ponerse su antigua ropa y apenas podía respirar. La metió en el apartamento y la desvistió. Las costuras se le habían marcado en la carne. No eran muy profundas, y él supo que no debía de llevar así mucho tiempo. Ella respiró despacio en la cama y la respiración se convirtió en un sollozo.

—No quiero. No quiero.

—Tranquila, tranquila —canturreó el señor Euemer.

Ella se acurrucó torpemente a su lado y dejó que la consolara. Al señor Euemer le encantaba abrazar a su mujer. No entendía su desesperación. Abrazados eran como una grotesca estatua de Jano, con cada cara mirando hacia una conclusión diferente. Enfrentados a la realidad de vivir juntos, ambos miraban hacia lados opuestos. En la imaginación de él, vagamente: «Un niño me atará a ella para siempre». En la imaginación de ella, vagamente: «Un niño me volverá fea y ajada para siempre». ¿Sabía alguno de los dos que un hombre necesita estar seguro de su mujer, que una mujer necesita estar segura de su propia inocencia? Sin duda, lo habían leído en alguna parte. El señor Euemer soñaba con alemanes que empalaban a bebés con sus bayonetas. Un grito de dolor de su mujer interrumpió su sueño. Había llegado la hora. Llamó a un médico y a un taxi y luego la vistió. Ella no dijo nada y sus labios estaban lívidos. En el taxi, él se fijó en que tenía los puños apretados.

—Todo irá bien —murmuró el señor Euemer.

Ella cerró los ojos y negó con la cabeza. Solo habló una vez:

—Lo odio.

El señor Euemer se sentó en la sala de espera. Estaba temblando. En otro piso, su mujer estaba dando a luz al bebé. De pronto, lo embargaron el miedo y el terror por el recién nacido, tan nuevo, tan frágil... No soportaba estar tan lejos del acto del parto. Fue su primera vivencia de pura preocupación paternal. Salió sin ruido de la sala de espera. En el pasillo había dos enfermeras. Pasó de largo y subió tres pisos por las escaleras. Entre él y la sala de partos había una enfermera

sentada a un escritorio.

—Me han dicho que subiera —mintió con voz solemne.

Ella asintió con la cabeza y lo dejó pasar. Cuando se acercó, el médico salió de la sala de partos. Puso una mano sobre el hombro derecho del señor Euemer.

—Iba a llamarlo ahora mismo. Su mujer está bien, pero me temo que el niño ha nacido muerto. Según sus preferencias religiosas, haremos…

Sacaron a su mujer de la sala de partos en una camilla. Tenía los ojos cerrados, pero esbozaba una débil sonrisa. Una sonrisa complacida. Al él le pareció una imagen espantosa.

—¡Lo ha hecho —chilló el señor Euemer—, lo ha hecho a propósito! —Irrumpió en la blanca sala de partos—. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hijo?

Dos sorprendidas enfermeras alzaron la vista de lo que parecía una especie de cuna de tela. El señor Eumer se abrió paso entre ellas y cogió al bebé muerto. Luego huyó volcando una bandeja de instrumental.

—El ángel de la muerte —bromeó una de las enfermeras.

—Detenedlo, detenedlo —se oyó un eco en el pasillo.

El señor Euemer corrió escaleras abajo, pasó varias puertas, giró en una esquina, cruzó un corto pasillo, abrió otra puerta y se sentó en el suelo de un armario oscuro, entre cubos y fregonas, oliendo a *javel*, con el bebé entre los brazos. Había tantas cosas que quería contarle al niño... Tantas cosas que hacerle comprender. La guerra, la música, el hambre y el amor. La buena y la mala suerte. Años de tiempo, de andar y de vivir. Todo el universo del conocimiento y del sentimiento. Debía enseñarle todo al niño. La responsabilidad era enorme, abrumadora. ¿Tendría tiempo?

Mitos y canciones de cuna se agolparon en su cabeza y creyó estar contándoselas a su bebé, mientras lo acunaba, pero lo único que decía su voz era: «Ten cuidado, ten cuidado, ten cuidado, ten cuidado», una y otra vez.

Una hora después, una mujer de la limpieza abrió el armario y soltó un grito. El señor Euemer despertó y se incorporó despacio. Le costó

ponerse en pie, porque seguía acunando al bebé. Con mucha delicadeza, se lo dio a la atónita mujer.

—Tenga cuidado —murmuró y luego salió ciegamente al pasillo.

Lo llevaron con su mujer. Subió a la cama de hospital y se quedó tumbado a su lado. No estaba seguro de quién de los dos estaba llorando. Ella era lo único que tenía en el mundo. Su mujer le cogió el rostro entre las manos y le dijo que debían quererse el uno al otro.

—Te quiero, ay, te quiero —dijo él.

Y, al lado de esa declaración solemne y sincera, aleteaba una idea absurda: que a su mujer le gustaba el olor a *javel* que impregnaba su ropa. Pero eso hay que perdonárselo.

Una semana es mucho tiempo

Se asomaron a la pequeña y alta ventana, apretujados y tocándose por los hombros, mirando la calle de abajo. Las escaleras se clavaban en la calle como agujas oxidadas en un estrecho acerico. Las papeleras hinchadas montaban guardia en la acera sucia. Era temprano por la mañana. Unos cuantos gatos cansados recorrían el arroyo y las tapias en busca de un escondrijo donde dormir. Una neblina azulada se había posado levemente sobre los edificios de color carne como un pañuelo sobre un cuerpo bajo el agua, esperando a que se la llevasen el viento y el sol naciente. Los coches empezaban a salir de sus cobertizos y garajes, formando rebaños en los cruces, bajo los lentos semáforos, y casi todos los despertadores estaban dispuestos a sonar al cabo de media hora. Apenas habían salido de la cama en los últimos cinco días. Incluso con el ventanuco abierto de par en par, todo el aire de la habitación olía como la cama, olía como ella, olía como él. Frotó la barbilla sin afeitar contra el hombro blanco de ella, todavía demasiado hermoso para resultar familiar, y ella rodeó con el brazo la cintura de él. Su brazo y su muñeca eran tan delicados que los imaginaba aferrándose a su espalda como una criatura aún sin destetar agarrada a su madre. Habían gastado todo el dinero en el alquiler y en la poca comida que ya se habían comido.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—No. Estoy bien —respondió ella sonriendo.

—¿Y hambre? —preguntó.

—Tal vez un poco. ¿Y tú?

Se rio.

—No rechazaría la comida si me la pusieran delante.

—Bueno, no te preocupes, que eso no va a pasar —dijo ella—. No tendríamos que haber comprado cosas tan caras, como el paté y las anchoas.

—Qué demonios —objetó él, insinuando que un día era un día.

—Supongo que tienes razón. ¿Adónde vas?

Notó frío en el hombro sin el otro apretado contra el suyo. Él estaba buscando los cigarrillos debajo de la cama.

—Dios mío, qué sucio está el suelo —dijo, sin sorprenderse demasiado.

—¿Qué esperabas por ocho dólares a la semana? —preguntó ella.

Él se levantó y se desperezó.

—Aún nos quedan dos días. Acordamos una semana —le recordó.

—No digo nada. Me quedaría un año entero. —Ella también se desperezó—. Desperezarse es como los bostezos, es contagioso.

—¿Quieres que nos quedemos aquí sin comida? —preguntó, buscando entre la ropa de cama.

—Podríamos conseguir comida —dijo ella. Su voz sonó un poco demasiado seria para el gusto de él—. Podríamos trabajar —añadió.

—Claro —replicó él—, solo que eso se llama «matrimonio». Y eso no formaba parte del acuerdo. ¡Oye!, ¿quién ha metido los cigarrillos debajo de la almohada? Están hechos polvo.

Enderezó uno y se lo ofreció.

—Fuiste tú —dijo ella.

—¿Por qué yo? —preguntó haciéndose el ofendido.

—Fuiste el último en cogerlos —replicó ella, dispuesta a demostrarlo.

Él le encendió el cigarrillo y ella exhaló una nube de humo hacia la mañana.

—Me encanta fumar, sin nada encima —comentó la mujer.

Él la besó en la nuca y reanudaron su ociosa observación desde la ventana. Al otro lado de la calle, un viejo con una gabardina más grande de la cuenta estaba de pie en un umbral, apretado contra la puerta, como ocultándose de alguien.

—¿Por qué te gusta fumar sin nada encima? —preguntó, fingiendo ser un hombre respetable.

—Es muy… muy… sensual.

Se estremeció al pronunciar la palabra y él le pasó el brazo por los hombros. El hombrecillo que había al otro lado se inclinó hacia delante, miró calle arriba y abajo, comprobó que no había nadie, se envolvió en los pliegues de la gabardina, como si fuese una capa y salió a la acera.

—Ha sido una buena semana —dijo él con un bostezo.

Tiró la ceniza por la ventana y la vio caer un instante como una pluma, y luego desintegrarse en el viento.

Ella cerró los ojos apoyada en su brazo.

—¡Sí, ha sido una semana preciosa!

Él dijo:

—Eres muy guapa.

Ella preguntó:

—¿Volveremos a hacer esto alguna vez?

La abrazó con más fuerza.

—Tal vez —replicó.

—¿Lo haremos? —insistió ella con una voz de colegiala que sonó auténtica y casi implorante.

—A lo mejor eres demasiado guapa —dijo porque no quería decir nada más. El viento movió el pelo de ella, lo separó y le levantó un mechón—. Tal vez no quieras o tal vez no quiera yo.

El viejo de la gabardina se arrodilló y miró debajo de un coche aparcado, luego se levantó y se sacudió las rodillas; echó un vistazo alrededor. Los amantes lo observaron ociosos, como quien observa moverse el agua.

—Sé que yo sí querré —replicó ella—. ¿Y tú?

—No estés tan segura. Aún no has tenido tiempo ni de pensarlo. Espera a estar fuera.

—Lo he pensado y estoy segura —insistió—. ¿Y tú?

Él dijo:

—No hablemos tanto. Creo que habíamos acordado no hablar demasiado.

—Acordamos muchas cosas antes de venir aquí. —Y luego ella

añadió en voz más baja—: Pero las cosas cambian cuando vives con alguien un tiempo.

Él apartó el brazo de su hombro y lo metió entre los dos. Tiró la colilla, que giró en su caída como un minúsculo paracaidista condenado.

—No quiero que las cosas cambien —dijo con severidad—. Nos conocimos, decidimos hacer esto porque queríamos, sin ataduras. Esa era la clave.

Ella sabía que estaba enfadado, pero aun así no resistió la tentación de provocarle.

—¿Qué harás después, volver a tu trabajo?

—Probablemente —dijo él—, o buscarme uno nuevo. ¿Y tú?

—Lo mismo —dijo ella y, tras una pausa, añadió—: ¿No querrás volver a verme? No digo que tenga que ser así, ¡solo como amigos!

Él replicó con impaciencia:

—Recuerda nuestro pacto. Haremos lo que nos apetezca: si queremos lo haremos y si no, no.

—Yo sí querré —dijo ella.

—Genial. Y ahora no hablemos tanto.

El sol se congeló de pronto entre dos edificios, oscureciendo el laberinto de chimeneas y disolviendo los paños de neblina azul. Al otro lado de la calle, el viejo miró debajo de otro coche aparcado, no encontró lo que estaba buscando y volvió a su puerta. Calle abajo, alguien subió a su coche y se marchó. Un gato apareció a unos pocos centímetros de donde estaba esperando el viejo y cruzó por delante de él orgulloso, hambriento y musculoso. Con un susurro de pliegues, el anciano se abalanzó sobre el animal. Sin esfuerzo, el gato cambió de dirección y se alejó a toda prisa por unas escaleras de piedra hasta la entrada de un sótano. El hombre tosió y lo siguió, se detuvo, perplejo, y volvió a subir calle arriba con las manos vacías. Aunque los amantes habían observado ociosos la escena, no hicieron ningún comentario.

—¿Qué te pasa? —preguntó él—. Tienes la piel de gallina.

—Nada —respondió ella.

—¿Tienes frío? Podemos cerrar la ventana —se ofreció él.

—No, gracias.

—¿Quieres otro cigarrillo? Aún quedan unos pocos.

—No —replicó ella—, están todos aplastados. El papel está agujereado, no se puede aspirar.

—Puedes tapar los agujeros con los dedos, como si fuese una flauta, y aspirar sin problemas.

—No, gracias.

Ella volvió a colocarse un mechón que flotaba en el aire. Él estudió sus dedos, sabiendo que eran perfectos.

—Bueno, vamos —dijo—, ¿qué ocurre? Una cosa es no hablar y otra cosa es esto. Estás demasiado callada.

—Estaba pensando —dijo ella.

—¿En qué? —preguntó él.

—En ti.

—¿Qué pasa conmigo?

—No querrás oírlo —dijo ella.

—¿Qué es lo que no querré oír? —preguntó él.

—Lo que estaba pensando —dijo ella, sonriente.

—Mira —insistió él—, ¿puedes dejarte de historias y decirme lo que quieres?

Ella habló en voz muy baja:

—Pensaba en si habrá habido otras como yo, aunque ya sé la respuesta.

—Ya imaginé que estabas pensando eso —dijo, no sin dulzura.

—¿Entonces por qué me has preguntado? —Los ojos de ella se nublaron. En voz muy baja, dijo como una buena colegiala—: No preguntar era parte de nuestro acuerdo.

La rodeó con sus brazos, sus cuerpos estaban suaves y frescos por el viento matutino. «Es preciosa —pensó—. ¿Por qué no podrá dejarlo correr?». Notó el cálido y minúsculo riachuelo de una lágrima en el hombro.

—Por favor, no llores.

—No quiero llorar.

Y estalló en lágrimas.

En la calle, el viejo del abrigo estaba tumbado sobre el vientre debajo del parachoques de un coche, intentando agarrar a un gato al que había conseguido acorralar entre el bordillo y el volante. Daba patadas de emoción mientras se esforzaba en sujetar por las patas traseras al animal, que le mordía y arañaba. Al final lo consiguió, sacó al gato de las sombras y lo sostuvo sobre su cabeza, donde se retorció y convulsionó como un estandarte al viento. Los maullidos del animal llamaron la atención de los amantes.

—Dios mío —exclamó ella—, ¿qué está haciendo con ese gato?

Olvidaron su abrazo y se asomaron a la ventana. El hombre trastabilló ante la desesperada lucha del animal, con la cara hundida contra el pecho, lejos de sus garras. Recobró el equilibrio y, blandiendo al gato como un hacha, lo golpeó con fuerza contra la acera, con el abrigo al viento. Desde la ventana oyeron estamparse contra el suelo la cabeza del animal. El gato se convulsionó como un pez fuera del agua.

Ella apartó la cabeza.

—¿Qué hace ahora? —preguntó, para que le contara.

—Lo ha metido en una bolsa —respondió él.

El viejo se había arrodillado al lado del convulso animal, había sacado una bolsa de papel de entre la ropa y estaba intentando meterlo adentro. Mientras lo hacía, miraba con disimulo a su alrededor.

—Me entran ganas de vomitar —dijo ella. Le puso las manos sobre la espalda y ocultó el rostro en el pecho de él—. ¿No puedes hacer algo?

Entonces a él se le ocurrió que sí podía.

—¡Eh, tú! —gritó—, ¿se puede saber qué estás haciendo? —El viejo se puso en pie de repente, intentando identificar el origen de la voz—. ¡Sí, sí, te digo a ti! —insistió él desde la ventana.

El viejo se quedó paralizado, mirando a su víctima, dudó de si cogerlo y huir, o huir sin más. Las manos le temblaron con terrible indecisión y luego huyó calle abajo, tosiendo con las manos vacías, recogiéndose los faldones de la gabardina como una niña que cruza un riachuelo.

Ella tuvo una arcada.

—Voy a vomitar. —Se las arregló para soltarse y llegar al lavabo. Se

inclinó sobre él y luego se tumbó en la cama respirando agitada—. Ha faltado poco —dijo—, he pensado que iba a vomitar.

Él se sentó a su lado.

—Estás temblando. Cerraré la ventana.

—Muy bien —dijo ella.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó él.

—Solo túmbate a mi lado.

Se tumbó y le acarició la cara.

—¿Cómo te encuentras ahora?

—Mejor —respondió ella—. Qué cosa tan horrible...

Él le dio la razón y luego dijo:

—A lo mejor no tendría que haberlo echado.

—¿Por qué?

—Luego te lo cuento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Cuando te encuentres mejor —respondió él.

—Estoy bien, dímelo ahora.

—A lo mejor tenía hambre. Puede que hoy no coma.

—¿Un gato? —preguntó ella incrédula.

—Cuando se tiene hambre… Ha estado ahí todo el rato que hemos pasado en la ventana, buscando no sé qué. Eso era lo que buscaba. Es probable que haya estado ahí toda la noche.

—¡Es espantoso!

Él la abrazó con fuerza. No era el tipo de abrazo que habían acordado, para disfrutarlo con apetito y olvidarlo como una comida.

—Estás disgustada —dijo—. Estás cansada, no hemos dormido mucho. Intenta dormirte ahora.

—¿Dormirás tú también? —le preguntó ella.

—Sí. Los dos estamos cansados.

Le acarició la cara y el pelo y rozó sus párpados cerrados con la mano. Recordó el trabajo de miniaturista del viento, despeinando y haciendo flotar los mechones de pelo. Recordó los primeros días de la semana, la fuerza de los miembros de ella, la honestidad de su ansia. Una semana es mucho tiempo. Siempre era así al principio, siempre era

así al final.

—¿Qué estará haciendo ahora? —dijo ella.

—No lo sé —replicó él—. Ir a otra puerta. Probablemente tenga que esperar hasta la noche. Ahora hay demasiada gente en la calle.

—Ahora también me da un poco de lástima. El pobre, con esa gabardina ridícula…

—Sí —coincidió él—. Intenta dormir.

Ella dejó los ojos cerrados. Abrió la boca y sus labios temblaron.

«¡No lo digas! —gritó él para sus adentros—. Si lo dices, todo se volverá imposible».

Luego ella dijo sin más:

—Te quiero.

—Yo…

Pero no pudo responder. Nunca podía responder a eso. Era demasiado tarde para aludir a su acuerdo.

—No hace falta que digas nada —dijo ella—. Solo quería decírtelo.

—Gracias —replicó él—. Yo…

—¿Te importa besarme? —preguntó ella en voz baja.

Él la besó levemente en la boca.

«¡Maldita seas! —gritó él en silencio—. Maldita tu belleza, maldita tu dulzura, maldito el viejo y maldito el gato muerto».

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó ella.

—¿Por qué? —preguntó a su vez él.

—Por lo que te he dicho.

Él le respondió que no.

—Entonces, ¿estás contento?

—Sí.

—Me alegro de habértelo dicho.

—Intenta dormir —insistió él.

—Ahora no puedo.

Cambió de postura y se acercó a él, no por la emoción, sino en busca de calor y protección. Él la abrazó con cuidado, ya no era una amante, sino una niña refugiada, dolida. A medida que su respiración se volvía regular, se fue dejando llevar por el pánico. Lo dominó y caldeó la

habitación como un horno, haciendo que le brotara sudor en la palma de las manos. Ya estaba dormida. Sí, estaba seguro de que estaba dormida. Con cuidado, se liberó de su abrazo, salió de entre las sábanas enredadas. Solo con que no fuese tan guapa... ¿Cómo podía dejarla? Se vistió como un ladrón, con la piel chirriando contra la ropa, la camisa se desarrugó como una bolsa de papel. Ella no se despertó. Sus manos buscaron a tientas. Solo le quedaba un poco de cambio. Dejó la mitad en la cómoda. «Le encanta fumar sin nada encima». Eligió y dejó los mejores cigarrillos. ¿Por qué tenía que haberlo dicho? No se iba a dejar enredar, maldita, maldita sea.

El sol ardía redondo sobre los edificios. Todos los coches aparcados se habían ido. Unos cuantos conserjes, escoba en mano, estaban de pie parpadeando entre los cubos de basura, observando cómo el tráfico se detenía, se atascaba, arrancaba y se alejaba en dirección al centro. Corrió hacia la calle, con el olor de la piel de ella atrapado en la ropa. El sol y el aire fresco lo sorprendieron y se detuvo para tomar aliento profundamente varias veces.

—Buenos días —dijo un conserje—. Hace un buen día.

—Muy bueno —replicó él. De pronto se sintió un hombre nuevo en una sociedad nueva.

—¿Sabe? Hay gente a la que no deberían darle el carnet, en vista de cómo conducen.

—Tiene razón —respondió él, dispuesto a estar de acuerdo en todo, encantado con aquel día.

—La mitad se pasan el día borrachos —dijo el conserje—. Parecen salvajes. En mi edificio tuve a unos cuantos. ¿Basura? Yo les decía que…

Oyeron la voz desesperada de una mujer.

El conserje miró hacia arriba y dijo:

—¿Eso no ha sido en su piso, su chica? ¡Eh! ¿Adónde va tan deprisa?

Se abrió paso entre los coches hasta el otro lado de la calle. Le pareció entender lo que ella decía. Vio al gato mutilado en la bolsa de papel, la comida del viejo. De camino al trabajo, la gente pasaba al lado, lo miraba con curiosidad y se apartaba. Corrió como un jugador

de fútbol americano entre los peatones hasta que, a dos manzanas de allí, chocó con una mujer y se detuvo para ayudarla a levantarse.

El corazón de gramola

Extracto de un diario

Cuando tenía unos trece años, hacía lo mismo que mis amigos antes de irse a la cama, luego andaba kilómetros por Ste. Catherine Street, un enamorado de la noche, asomándome a las cafeterías con mesas de mármol donde los hombres llevaban abrigo incluso en verano, deteniéndome unos intensos minutos delante de las tiendas de artículos de broma para catalogar los trucos de magia, las cucarachas de plástico, los cigarros explosivos y los vasos goteantes, escogiendo a veces, para cuando fuese adulto, una pipa de lo más sexy entre los estantes de brezo de los luminosos escaparates de las tiendas de tabaco; me paraba allí donde hubiese algo expuesto: ante los quioscos de periódicos, los muestrarios de las ferreterías, las madejas de pelo negro y rubio que colgaban entre bustos de madera con recargadas pelucas en los salones de belleza; quería que hubiese detalles que observar, pero no demasiados para no demorarme demasiado en nada. A veces, cuando llegaba a casa, mi madre estaba al teléfono, describiéndole mi abrigo a la policía. Mientras me preparaba para irme a la cama, ella descargaba su enfado detrás de la puerta, exigiendo explicaciones, enumerando nombres de niños que daban alegrías y honores a sus padres, llamando a mi querido padre para que presenciara mi delito, pidiendo a Dios que diese fe de la prueba que era tener que ser a la vez mi padre y mi madre. Yo me quedaba dormido entre aquel torrente, pensando por lo general en el agotador día de colegio que me esperaba.

No sé qué me empujaba a ir andando al centro dos o tres noches por semana. A menudo había varias manzanas a oscuras entre los escaparates que me gustaban. Al pasar por ellas, ansioso por llegar al siguiente expositor, proyectaba una imagen heroica de mí mismo: era un hombre de poco más de veinte años, con gabardina, el sombrero calado sobre los ojos magnéticos, con una retahíla de injusticias en el corazón, un rostro demasiado noble para la venganza, paseando de noche por un bulevar mojado, acompañado de la simpatía de un público innumerable. Mi creación se derivaba de las investigaciones solitarias de los detectives privados de la radio y de las películas policiacas, las historias familiares sobre vagabundeos raciales, glorias bíblicas de los santos y de los ermitaños en el desierto. Mi creación caminaba con el vestigio de una sonrisa en sus labios, a lo Capitán Marvel, era un maestro de la violencia, pero solo ejercía la paz. Dominaba veinte idiomas y todos los dialectos chinos, pero casi nadie le había oído hablar. Lo amaban dos o tres bellas mujeres que nunca podrían conseguirlo por lo centrado que estaba en su trabajo, todos los niños que lo veían lo adoraban. Escribía libros brillantes y difíciles de entender y profesores famosos lo reconocían a veces en el tranvía, pero él daba media vuelta y se apeaba en la siguiente parada. Si pudiésemos contar cómo sucede, cómo crecemos para aproximarnos a esa imagen (sin la nobleza, el vestigio de sonrisa, los idiomas y el dominio de uno mismo), cómo conseguimos lo que queremos, cómo crecemos hacia el sueño del muchacho de trece años, practicando con películas tristes, con poemas sobre la pérdida, con acordes menores de guitarra, con canciones folk de hermandad socialista sin futuro... Y pronto estamos vagando por las calles con una gabardina nueva, con el pelo cuidadosamente despeinado, abrazando el claro de luna, la lástima de la oscuridad en una preciada respuesta a las exigencias de esa imagen, pero luego, mucho después, cuando nos hartamos de tanta autocomplacencia y despreciamos esa actitud, nos encontramos caminando por la calle bajo la lluvia de verdad y dando vueltas por la ciudad casi hasta el amanecer, hasta que conocemos todas las rejas de hierro forjado, todas las viejas mansiones, todas las vistas de la

montaña. En esos trayectos compulsivos, reparamos en una nueva imagen y rezamos para que crezca y acabe dominando abrumadoramente a la otra, una imagen de orden, austeridad, trabajo y luz del sol.

En mi cuarto, en Mountain Street, una chica guapa dormía en un colchón y yo no podía estar a su lado. Me dirigía hacia Côte-des-Neiges y ella dormía en mi habitación un profundo sueño de aislamiento, con el pelo pelirrojo sobre la cara y los hombros, como esparcidos por un viento de Botticelli. No pude evitar pensar que era demasiado guapa para mí, que no era lo bastante alto y erguido, que no dominaba la gloria de la carne, que la gente no se volvía a mirarme en los tranvías y que, a pesar de ciertas dotes emocionales y artísticas (que ella también tenía), se merecía a alguien, a un atleta tal vez, que se moviese con una gracia parecida, que hiciera deporte como ella, la tiranía inmediata de la belleza de cuerpo y rostro. Dos días antes, la noche del día en que había llegado a Montreal, me había dicho que me quería, me dijo las palabras que yo no creo que aprenda a utilizar jamás con desenvoltura: «Te quiero», las dijo y dejó que nos dignificaran, pero yo no permití que se colaran demasiado hondo en mi corazón. Tal vez ella lo supiera. Me parece que quería creer en las palabras, pero dudo de que lo hiciera. Tal vez debería haberme obligado a mí mismo a responder a su declaración. Tal vez sea mejor que la gente establezca el (amor) ideal en términos prácticos lo más rápido posible, para acercarlo, para convertirlo en una posibilidad real. En todo caso, ¿qué sé yo de las palabras? He huido de ellas como si fuesen una condena de esclavitud, nunca he podido decirlas con valentía. Luego, esa misma noche, fuimos paseando por Mountain Street a comprar algo de comer. Le enseñé una preciosa cerca con siluetas de golondrinas, conejos, ardillas.

Me dijo: «Me has conquistado», y pronunció mi nombre.

¿Debería haber creído que la había conquistado? Dejad que los hombres y las mujeres se apareen, que se conviertan en la bestia de dos espaldas, que se griten besos en la boca mutuamente, que se den todos los dones de la carne y el espíritu hasta que no haya más que dar o exigir, solo un intercambio ciego y divino entre los cuerpos y que luego

suspiren con voz exhausta: «Nos hemos conquistado mutuamente». Algo que nosotros nunca conseguimos.

Al final del día siguiente, yo había escrito un poema malogrado sobre dos ejércitos que avanzan desde dos rincones distintos de un continente. Nunca llegan a enfrentarse en la yerma llanura central. El invierno devora a los batallones igual que una nube de polillas devora un vestido de brocado, dejando los hilos metálicos de la artillería desperdigados, sin artilleros, a kilómetros de los hombres congelados, absurdos diseños sobre el enorme suelo de un armario. Luego, meses después, dos cabos que hablan idiomas distintos se encuentran en un campo verde que no ha sido arrasado. Tienen los pies atados con tiras de tela arrancadas de los uniformes de sus superiores. El campo es el lugar designado para la gloria por los poderosos mariscales. Los dos hombres se miran, porque llegan de direcciones opuestas, pero han olvidado para qué han ido hasta allí. Ella también había acabado de escribir. Encontré el papel cuando se marchó.

«Ahora ya no puedes tenerme… A veces me compadezco y me odio demasiado a mí misma… Ahora nunca podrás tenerme… Quiero hablar, pero no puedo…».

Pero fuimos más allá, por fin encontramos palabras que decir. No quiero reproducirlas todas, aunque las recuerdo. Hablamos para poder enternecernos. No era la ternura que sigue a la pasión, sino la que sigue al fracaso. Así que decidí dejar de lado el deseo, ya que no podía ser satisfecho. El tiempo que nos quedara, la miraría como al delicado instrumento de gracia y disciplina que era y alabaría su entrenada belleza como se merecía. Por decirlo pomposamente: abandonamos el colchón de los amantes por los sillones de la amistad. Esa noche, la vi moverse por mi cuarto. Nuestra conversación la había liberado. Nunca la había visto tan bella. Estaba acurrucada en una silla marrón, estudiando su guion. Una vez trabajé en una fundición y recuerdo que había un color que me encantaba en el crisol del metal fundido. Su pelo era de ese color y su cuerpo cálido parecía reflejarlo igual que el rostro del forjador brilla sobre los moldes donde se vierte el metal. Mientras repetía para sus adentros las famosas palabras, su rostro era como el de

una niña en su primera comunión, o el de una anciana en una recordada peregrinación de virginidad. Pensé en la exclamación de Baudelaire, *mon semblable*:

Pauvre grande beauté!
¡Pobre belleza perfecta!

Rendí mi callada alabanza de sus miembros y sus labios no al clamor del deseo personal, sino a la pura exigencia de la excelencia. Pude distanciarme lo suficiente para escribir en mi cuaderno:

Una vez anhelé la distancia,
kilómetros de vía férrea
para alejar de mí a mi amor
y poder desear que volviera.

Ahora mi carne pide
lo que la distancia no puede dar.
No hay consuelo en un beso imaginario;
necesitas mi boca para vivir.

Observé su cuerpo maravilloso, que ella había dejado caritativamente desnudo, su vientre (piénsese en la línea suave y primitiva trazada en la pared de la cueva por el artista cazador y utilícese para delinear un corazón albino), y recordé sus crueles intestinos:

Quel mal mystérieux ronge son flanc d'athlète?
¿Qué mal desconocido roe su flanco de atleta?

Esas horas que pasamos juntos en mi habitación fueron muy agradables. Estábamos aún más juntos porque estábamos separados. El poeta y la actriz, perdidos en sus artes malditas. Luego se cansó y se tumbó a dormir. Se iba al día siguiente. Quise acostarme un momento a su lado. Apagué las luces y me tumbé a su lado. Incluso pensé,

descabelladamente, que un milagro nos empujaría a un abrazo sexual, vete a saber por qué: por el lenguaje natural de los cuerpos, porque éramos personas agradables, porque ella se marchaba al día siguiente, no lo sé. Nos dimos las buenas noches. Ella apoyó la mano en mi muslo, nada de deseo en aquel roce. Y se quedó dormida, y yo abrí los ojos en la oscuridad y mi habitación nunca había estado más vacía, y ella nunca había estado más lejos. Escuché su respiración, era como el motor delicado de una máquina cruel que ponía distancia y distancia entre ambos. Luego me quedé más solo de lo que había estado nunca y mi cuarto se me volvió insoportable. Su sueño era la retirada definitiva, más perfecta que ninguna otra cosa que pudiera decirme o escribirme, y dormía con más elegancia que la que tenía al moverse. Ahora no podía entrometerme en nada. Le besé el pelo, al recordar que el pelo no siente, me levanté y me vestí.

La noche parecía diseñada por un purista de los otoños en Montreal. Una lluvia ligera hacía que las negras puertas de hierro brillaran. Las hojas estaban dibujadas con precisión sobre la acera húmeda, planas como si hubiesen caído de un diario. El viento desdibujaba las hojas de las acacias jóvenes en McGregor Street. Y yo recorría una vieja ruta de cercas y mansiones que conozco de memoria y me preguntaba cuántas veces más tendría que recorrerla. Una palabra me daba vueltas en la cabeza y colonizaba mis pensamientos, hasta que mi única actividad mental fue repetirla una y otra vez a cada paso que daba. «Obligado». O-bli-ga-do. O-bli-ga-do. Escribir esto me da vergüenza. Tengo suficiente sentido del humor para ver a un joven sacado de Stendhal, dado al dramatismo, andando para librarse de una erección incómoda. Tal vez la masturbación hubiese sido más eficaz y menos cansada. Dejen que diga solo esto del paseo: la lluvia era real, el viento y la desesperación eran reales, y el sombrero sobre la frente, el aislamiento de las calles, los ojos que buscan en cada portal el suave abrazo de una mujer que espera, la oración que casi gritaba: «Ayuda en mi incredulidad» y la fría y bella respuesta indiferente de la lluvia como joyas, todo eso era real. La visión del joven de trece años estaba tan cerca de materializarse como nunca y, por primera vez, supe que la

odiaba. Dos horas andando y se me despejó la cabeza, pensé en sueños, en manipulaciones para el martirio, en las mujeres altas y exquisitas que están tristes porque no pueden amar, apreté mis labios contra los suyos, y yo era la esponja del claro de luna, el corazón de gramola; repasé los apuros que creaba, las jóvenes imposibles a las que cortejaba, las gélidas carroñas acariciadas, el odio devuelto por la ternura para corromper el corazón, a todo eso le dije adiós entre aplausos, igual que el público vulgar de un espectáculo de variedades aplaude el último número, con la jadeante fila de fulanas de mediana edad que se retira bailando hacia el fondo del escenario con una leve nostalgia y auténtico asco. Por supuesto, no fue una despedida real. Supe que pasaría por otras noches, pero también que sabría dónde prefería estar y que haría lo posible por lograrlo, y que, de vuelta a mi habitación, no habría ninguna dama regia durmiendo sola. Pero esa noche la había. Hice un poco de ruido al entrar y ella se despertó.

—Vaya —dijo—, ojalá hubiese podido ir contigo.

No respondí. Ella entendió que me había ocurrido algo importante y que la tensión entre los dos había desaparecido. Le toqué la cara y nos fuimos a la cama unas horas. En el taxi, camino del aeropuerto, nos sentamos muy juntos. Aún llovía. Salimos de Montreal. Cuando vimos los primeros aviones, ella soltó un suspiro sobresaltado por los dos. El trayecto en taxi había sido demasiado breve para la amistad que sentíamos.

—Te echaré de menos —dijo, y yo respondí que también la echaría de menos a ella.

Ay, Mariette, nadie se mueve con tanta gracia como tú, nadie tiene una voz que sea tan absolutamente esclava de su voluntad, nadie tiene un pelo que vierta tantos colores terrestres y metálicos sobre unos hombros blancos. El *turbojet* te llevará a las alturas que mereces. Concede audiencia al campo. Tus ojos están entrenados para abarcar continentes. La mitad de mi cama es un imperio demasiado pequeño para tu apetito imperial. Siempre te imaginaré en el aire, en la cima de una montaña o en el tejado de un gran hotel en Manhattan. Tu cuerpo recibirá con más agrado la lluvia y el aire frío que las manos y los

besos, y tienes un arte puro de transmutar todo tu dolor en plata. Arde como la fría luna que observan los hombres. Echa la cámara atrás. Contempla el aeródromo. Cohen se despide con la mano de una de sus mujeres elegantes. Se está permitiendo un poco de retórica inofensiva. El avión desaparece en el cielo plomizo.

Cohen coge una limusina para volver a la ciudad. En el trayecto de vuelta, considera el gran logro técnico que es un aeropuerto. Él nunca podría organizar uno. O piénsese en cualquier edificio nuevo camino de la ciudad. ¿Quién tiene la maestría de planificar algo así? En la China Roja, fundían hierro en los patios traseros. En Israel, hombres y mujeres, de su misma edad, estaban luchando y roturando el desierto. En escuelas especiales, hombres con nervios de acero, en perfecta condición física, se entrenaban para andar por zonas donde la fuerza de la gravedad era diferente, aprendían a respirar en atmósferas diferentes. Los ferrocarriles, las grandes corporaciones, los gobiernos: nunca podría entender o hurgar en sus entresijos, y a medida que la Montreal industrial pasa ante la ventanilla del coche, se siente humilde ante cualquier gasolinera.

De vuelta en su cuarto, siente de nuevo a Mariette a su lado. Ahí están sus sábanas, los pelos pelirrojos en su cepillo. Encuentra la nota escrita el día anterior: «Ahora ya no puedes tenerme…». La lee casi una docena de veces. Luego empieza esta entrada en este diario errático, sintiéndose curiosamente en el centro mismo de las cosas.

¿Qué David?

La lluvia se heló a eso de las ocho. Los coches patinaban en toda Mountain Street. Yo iba calle abajo hacia el Ritz Carlton al concierto de mi prima. Vi a una anciana de rodillas ante la entrada de una casa.

—¿Por qué no han echado sal en las calles? —chilló—. No, no puede ayudarme.

Lo cierto es que no me gusta tocar a las ancianas.

—Creo que puedo ayudarla, señora.

Alargué el brazo y me caí a su lado.

—Nadie puede ayudarme —dijo en tono triunfal.

La única anciana que me ha gustado jamás fue la reina Mary. Me arrastré hasta un sendero de barro helado. Me las arreglé para ponerme en pie y tiré de ella hacia mí. La entrada a su piso estaba a apenas unas puertas de allí.

—Es usted un joven muy amable. Esta es la segunda vez que me caigo en mi vida. —Supe que mentía, pero no me molesté en llevarle la contraria. Se quedó mirándome—. Ahora voy a hacerle yo un favor a usted. Arréglese un poco. La ropa. El pelo. Le irá mucho mejor en el mundo. Buenas noches.

—Buenas noches, señora.

El concierto de mi prima fue un desastre. Se sentó al piano y, después de un largo silencio, quedó claro que había olvidado cómo empezaba la pieza. Salió y volvió con la partitura y un gesto de auténtico terror. Estropeó todo lo que tocaba. Sus dedos parecían hechos de goma. Aunque es muy guapa. Hablé con su padre en el intermedio.

—Muy bien, una vez ha empezado.

—Querrás decir que ha sido espantoso —dijo alegremente—. Viene

de familia. Yo no pude hablar en público hasta cumplir los cuarenta. Sudaba tanto que los zapatos chapoteaban cuando bajaba del escenario. Tiene solo quince años y tiempo de sobra.

—Quince. No pensé que fuese tan mayor.

—No te iría mal un corte de pelo.

—Sí, señor.

La segunda parte del programa era un número de un sordomudo coreano de unos treinta años que tocaba el xilófono. Sujetaba las baquetas como armas y nos miraba con odio. Me habría gustado que hubiese podido saltar al público a romper cráneos, pero terminó su interpretación de una canción popular coreana. El odio no abandonó sus ojos cuando su profesor dio un discurso y contó sus planes de enseñar a todos los sordomudos de Oriente a tocar el xilófono e introducirlos en el maravilloso mundo de la música. En la recepción para los artistas, vi al sordomudo cuando estaba lejos de su profesor. Le metí un porro de marihuana en el bolsillo de la chaqueta.

—Humo, humo —le susurré, dándome unos golpecitos en los labios con dos dedos.

Mi prima estaba bastante contenta de que el coreano la hubiese eclipsado. Estaba casi escondida detrás de una cortina.

—Muy bien, una vez empezaste. —Ella estaba demasiado avergonzada para hablar—. Muy bien, de verdad. —Intentó decir algo —. Me ha gustado, me ha gustado mucho —insistí.

—Maldito seas —me espetó—. Maldito seas y maldito sea mi padre y ¿cómo te atreves a venir a mi recital con tu espantoso pelo bohemio?

A la mañana siguiente, la telefoneé. Dejé el auricular en la cama y le toqué una pieza de Bach a la guitarra.

—Así es como tiene que sonar —dije.

—Dios mío, te odio.

—Te llamaré mañana. Tengo mucho que enseñarte.

—No.

Planeé un día de meditación y oración. Por la tarde, me di un buen baño. Me encantaba mi cuarto de baño. Leí el periódico del sábado anterior. Me alegré de que todas las desdichas estuviesen a salvo en el

pasado. Los viejos terremotos y los crímenes marchitos no me afectaban lo más mínimo. Una cosa está clara: sé cómo relajarme en la bañera. El teléfono me obligó a salir. Gloria Rosez. Dijo que había ahorrado lo bastante para comprar una botella de coñac. ¿Quería ir a bebérmela con ella?

—Me has hecho salir de la bañera, Gloria.

—Lo siento.

—Y nunca vuelvo a meterme en una bañera después de salir.

—Te he dicho que lo siento.

—Muy bien, Gloria. Adiós.

—¿Y qué me dices de la botella de Hennessy? —preguntó en voz baja.

—Tengo el día ocupado.

Pasé una o dos horas extraordinarias haciendo la cama. Había pagado mucho dinero por esa cama. Un día me voy a comprar otra almohada. Ahora mismo tengo dos, y ninguna es de espuma, gracias. Tuve mucho cuidado con el edredón. Un edredón debería cubrir las sábanas y las mantas, igual que la ropa debería cubrir a una mujer guapa, resaltando sus formas verdaderas, sin deformar nada, pero sorprendiendo y deleitando al retirarlo. Me puse la trenca y abrí la única ventana de la habitación. Había un despertador en el alféizar. Reparé en que había estado asomado a la ventana desde las 4.35 hasta las 6.15. No vi nada raro ni inapropiado. Mi placer era intenso. Pronto hizo mucho frío en la habitación. Desaparecieron todos los olores humanos. Cerré la ventana y me tiré unos cuantos pedos para restaurar el ambiente casero. Luego cuidé de mis plantas de marihuana. En realidad eran solo brotes. Los regué, los puse un buen rato bajo la lámpara, pronuncié las oraciones habituales. Preparé un porro enorme con la cosecha del año anterior. A eso de la medianoche, sonó el teléfono.

—Soy Gloria. Mi madre se ha suicidado.

—Muy imaginativa, Gloria. Pero no puedes venir.

—Escúchame.

—Te estoy escuchando. He interrumpido mi vida para escucharte.

—¿Y acaso no es posible que pasara? Esas cosas suceden. Es lo que nadie entiende. Todos los días pasan cosas así.

—Es cierto. Ven. Date prisa.

Se había soltado el pelo en mi honor. Le leí mis partes favoritas del periódico del sábado y nos reímos mucho. Tengo que decir que Gloria fuma demasiado. No me gusta tener que preocuparme por revolcarme sobre un cenicero. Encontró una colilla pegada en su muslo.

Justo antes de marcharse, dijo:

—Ahí de pie, te pareces a David.

—¿Qué David?

—El rey David. Tu pelo.

La besé ciento cincuenta veces, mi maestra de esa noche. Locos, locos por toda la ciudad, ¿qué sabe ninguno de vosotros de pelo, por qué toleráis tanto dolor? Ya casi era por la mañana, así que telefoneé a mi prima.

—Más vale que vengas cuanto antes.

—¡No pienso ir!

—No me encuentro bien. No puedo mover la parte izquierda del cuerpo.

—¿De verdad?

—Tengo miedo.

—Ahora mismo voy.

Hice la cama, vacié los ceniceros, escondí mi pequeña plantación de marihuana. Tenía un plan para ese día. Cuando se fuese mi prima, ocurriese lo que ocurriese, le enviaría una tarjeta de San Valentín, una muy grande y recargada, a la anciana que se había roto las medias y se había hecho sangre en las rodillas con el hielo.

Relato en una isla griega

Esto ocurrió en una de las islas griegas. Da igual en cuál de ellas porque todas empiezan a parecerse unas a otras, del mismo modo y por las mismas razones que todas las ciudades se habían vuelto parecidas. Angus Stern se recostó en la silla de lona y cruzó los pies descalzos sobre la de mimbre. Las avispas atacaron su *baclava*. Cuando una aterrizaba en la miel, él se limitaba a cortar alrededor. Aún no había adquirido el valor necesario para atraparlas al vuelo y aplastarlas en el puño, como hacían los camareros. Estaba seguro de que llegaría a aprenderlo.

Los turistas se apiñaban a babor del Nereida. Los propietarios de camas vacías los saludaban con sonrisas y precios en divisa estadounidense. Los hombres que sujetaban los mulos no decían nada, convencidos al parecer de que sus animales ya eran suficiente reclamo. Una mujer de mediana edad discutía avergonzada con un niño de seis años que había conseguido agarrar una enorme maleta. Tuvo que pagarle unas monedas para que la soltara y tranquilizar su conciencia sobre el trabajo infantil. La abigarrada multitud avanzaba por el muelle. Ese era el desfile de Angus Stern y el momento culminante de su mañana: su mañana, que no se correspondía con las mañanas de otras personas menos afortunadas. Eran las dos de la tarde y el *baclava* era su desayuno. Estaba observando en busca de una chica con el pelo suelto que no llevase una cámara o una bolsa de plástico y que probablemente llevaría pantalones anchos y sandalias. Tenía que haber una en esa remesa, porque no había habido ninguna en varios días. Un grupo de jóvenes atenienses pasaron a su lado con la cabeza vendada bajo sombreros de paja al estilo del año anterior en la Riviera y las

radios sintonizadas en tres emisoras diferentes. Yorgo arremetió contra la procesión e intentó encandilar a un grupo de acuarelistas poniéndoles una langosta delante de la cara y gritando la palabra «maravilloso» en tres idiomas distintos. No parecía muy prometedor. Angus Stern era un entendido del tipo que esperaba. Se había entrenado en las cafeterías de Nueva York, Montreal y Londres. Por lo general se sorprendían cuando se enteraban de que era un hombre de negocios, y él aprovechaba esa ventaja. Todos los demás hombres eran menudos y retraídos y estaban trabajando en una obra maestra. La isla griega era una gloriosa extensión de Carmen, Fígaro y el Trovador.

Y las chicas que llegaban allí estaban claramente comprometidas con la aventura. La multitud, abandonada por los que habían decidido ir a comer, a comprar o a admirar las vistas, se dirigió hacia las plataformas de baño de cemento. Antes había estado allí el matadero, pero lo habían trasladado a un lugar menos valioso. Muy pronto por la mañana, por la fuerza de la costumbre, muchos lugareños todavía tiraban la basura desde ese lugar. Bueno, siempre podría bregar con las tenderas atenienses. A lo mejor sabían francés. La generación *beat* le había fallado desde hacía más de una semana. A lo mejor podría ir a Rodas. Había oído decir que allí había una colonia entera. Dio una palmada más fuerte de lo necesario. A su lado se sentó una mujer vestida del modo que más odiaba. La odió más que a los zapatos de plástico y las blusas iridiscentes de la segunda clase. Lo asociaba a algo insano como a lencería recargada sucia. Llevaba un vestido blanco bastante pasado de moda con ribetes de encaje en el cuello, las mangas y el dobladillo. Una parte del dobladillo se había quemado al plancharlo con descuido. Hay mujeres que creen que los encajes las hacen femeninas. Un segundo vistazo le informó de que no era una mujer, sino una joven muy pálida e incluso guapa si te gustaban las heroínas tísicas. Aunque tenía arrugas en el cuello que se notaban por más que levantara la cabeza para disimularlas. ¿Qué edad tendría?

—Seguro que usted vive aquí —dijo.

—¿Qué?

—No para de mirarme, así que le he preguntado si vive aquí.

—Sí. Sí, vivo aquí.

—¿Es pintor, escritor, antropólogo o qué?

Su voz era encantadora. La inocencia era fingida, pero bien ensayada. Él se recuperó enseguida.

—En realidad, no hago nada. Estoy jubilado. —Ella se rio, y sus dientes no habrían podido ser más blancos—. Pasé una adolescencia muy dura —dijo, recurriendo a ese viejo chiste—. ¿A qué se dedica usted?

—Soy una especie de puta.

Casi lo cogió desprevenido por segunda vez. Hacía mucho que no lo mareaban desde el principio.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que nadie diría que lo es.

—Ah, una mujer sin más.

Pensó que volvía a estar en plena forma. Su plato estaba cubierto de avispas ahogadas que forcejeaban. Una se liberó y remontó el vuelo. La agarró, le dejó demasiado sitio en el puño y soltó un grito de dolor. La mujer se puso en pie y, pese a lo mucho que a él le dolía la mano, por el modo en que el vestido se arrugó habría jurado que no llevaba ropa interior. Ella quiso ayudarle.

—Tengo algo en la casa. ¿Quiere ver mi casa?

—Espero que no tenga que pasar por esto cada vez que quiera llevarse a alguien a casa.

«Calla, calla», se sintió tentado de decirle mientras empezaban a subir por los escalones encalados. Esperó que la mujer que regentaba la verdulería no apareciera con una gardenia como hacía siempre que pasaba con una mujer por delante de la tienda. No encontraron el aguijón. Ella lo llevó cogido del dedo hasta la ventana, para mirarlo bien. Él le besó el pelo. Ella le quitó la mano con violencia.

—¡No me toques! Estoy embarazada. —Se relajó en el acto y se sentó en la silla de Samos tallada—. ¿Puedo quedarme esta noche? Me llamo Martha.

—Hay sitio de sobra —dijo él haciendo un gesto con la mano hinchada. Le atraía la parte más conmovedora de ella.

Como muchos jóvenes estadounidenses, Angus Stern veía su revolución desde el punto de vista de la ociosidad y de un número infinito de cuerpos femeninos. La primera parte la resolvía teniendo unos padres muy cautos que normalmente contrataban seguros de vuelo en esas máquinas del vestíbulo de los aeropuertos. Para la segunda, se basaba en la teoría de que la gente imaginativa era promiscua. Su dinero recién adquirido le permitió graduarse en los cafés y en las colonias artísticas y en cualquier sitio que no fuese Estados Unidos había una colonia artística. Le daba la impresión de que todos los jóvenes estadounidenses que encontraba en Europa eran artistas, intelectuales o tipos raros. Era el único hombre normal que quedaba. Seguía describiéndose a sí mismo como un hombre de negocios, aunque no tenía planes para los dos años siguientes, como mínimo, y cuando una joven alemana, que hablaba inglés con acento de palurda, le preguntó si era escritor, él respondió: «No, gracias, soy lector». A veces le daba la sensación de que Estados Unidos se estaba apresurando hacia algún sitio sin él. Por lo general, eso era cuando la carne era demasiado abundante o demasiado escasa. Tenía buena memoria y se consolaba imaginando ese mundo tan competitivo. La oportunidad norteamericana tenía mejor aspecto desde fuera. No se habría perdido eso por nada. Aquella chica tan excéntrica se estaba quitando el vestido justo delante de él.

—Tengo calor. ¿Puedo acostarme? ¿No se supone que a estas horas del día todo el mundo tiene que estar durmiendo?

—Eso es una cama.

La cogió de la mano para llevarla allí.

—No seas tonto —dijo ella—. Cuando una chica está embarazada hay que tratarla como a una hermana.

—No parece que estés embarazada —se justificó él.

—Bueno, pues deja de mirar.

Una para la posteridad, se felicitó él, cuando ella empezó a roncar un poco. No parecía embarazada. Estaba delgada, pero la piel le colgaba

suelta sobre los largos huesos de sus miembros como una bandera golpeada por el viento en torno al mástil. Y tenía extrañas marcas en los hombros y en las nalgas. De pronto, todo el deseo que le inspiraba se trocó en lástima. Qué clase de vida llevaría, yendo de cama en cama, protegiendo su orgullo fingiendo descaro, dependiendo de que le diesen cobijo aquí y allá. Él no. Él no iba a aprovecharse. La tapó con una sábana limpia y a sí mismo con el frío antiséptico de una decisión. La rescataría. Su propia vida no era tan desastrosa, no era tan cabrón. El propósito no se limitaba a Estados Unidos. No era muy guapa cuando la veías desnuda. Cambió de opinión cuando le dio una ducha en la terraza. La piel de gallina tensó su piel y sus pechos. Su pelo se volvió más oscuro y se pegó al rostro huesudo como el velo de una virgen. Se descubrió tirándole los cubos con innecesaria vehemencia.

—¡Con cuidado! —gritó ella—. No quiero resbalar. ¡Ay, escucha!

Le cogió la mano y se la puso sobre el vientre desnudo. No notó nada. Le invadió una oleada de rabia contra su espontaneidad. «Y una mierda como a una hermana. Como siga así, soy humano». Pero había tomado una decisión y estaba deseando demostrar que los países cálidos no devoran la resolución de un hombre.

—Otros tipos se han tirado a mi mujer, pero no me gusta tener al Enemigo bajo sus bragas. Tú eres El Enemigo, maese Angus. Me había olvidado de ellos, pero han enviado uno a mi salón disfrazado de ser humano.

Eso fue lo que dijo en voz baja el escritor australiano Sidney Gearston, mientras le abría la puerta a Angus Stern dos noches antes.

—Pero has dicho que ya había ocurrido antes, Sid, así que no puedes reprochar…

—Lárgate, Stern.

«Bueno, beben demasiado», se consoló camino de casa. Le había sorprendido de verdad que Gearston se lo tomase tan mal. «Al fin y al cabo, mira sus libros». No obstante, en esa parte de la imaginación donde la culpa extiende la hospitalidad hacia el insulto, persistieron

esas dos últimas y dolorosas palabras. Era la primera vez que lo echaban de una casa, aunque el dueño fuese un alcohólico. El episodio era lo bastante reciente para influir en su respuesta cuando Martha le pidió un préstamo.

—¿Doscientos dólares? ¿Basta con eso?

—En La Habana aún era menos. Pero eso ya pasó.

—¿Cuántos has tenido? —preguntó él como si tal cosa.

—Por lo visto, no los suficientes. Sigo siendo desesperadamente fértil.

—Vamos, no es muy inteligente hablar así.

Por un instante la odió, aunque estuviese bromeando. En su opinión, a veces a esa gente le venían bien unos azotes.

—¡Oye! —intentó parecer inspirado, mientras iniciaba su labor de salvación—. Tengo una idea: ¿por qué no lo tienes?

No supo interpretar la sonrisa que le dirigió ella, pero le habría gustado borrarla de su cara de un puñetazo. Decía algo así como: «Solo trato con hombres». La sonrisa lo despachaba con una invitación arrogante a la que él no podía responder.

—¿Puedes permitírtelo o no?

Él consideró si sacarla de la casa a patadas en ese mismo instante.

—Te firmaré unos cuantos cheques de viaje. Puedes cobrarlos mañana en el puerto. —Miró su reloj—. El banco cierra dentro de cinco minutos.

—Hazlo ahora, Angus, por favor. Me dará tiempo.

Él secó la tinta de la firma y le dio los cheques con mucha solemnidad.

—Quisiera hablar contigo, Martha.

—Tenemos toda la noche —repuso ella riendo mientras corría.

Empezaba a dolerle la mano. Sin duda, parecía un incauto, pero conocía a esa gente y antes de nada había que ganarse su confianza. Corría con mucha elegancia y se había dejado el pelo suelto porque estaba todavía mojado. Él estaba seguro de que podría enderezarla.

La montaña se volvió anaranjada, luego de color ámbar brillante,

después óxido mate, mirando hacia el puerto como una ola gigantesca mientras cambiaba de color. En mitad del último cambio, de pronto se hizo de noche. Estaban comiendo en el bar de Yorgo y él habría preferido que ella no bebiera tanto. Apuró un vaso grande de *retsina* y se sirvió el resto de la botella para que no se lo bebiera ella. Iba a decirle por qué debía volver a casa y contárselo todo a su familia y tener el niño. Su vestido parecía níveo y limpio bajo la luz arrojada por una lámpara con débiles bombillas eléctricas. Un yate se deslizó en el puerto y un centenar de adolescentes griegos salieron chillando hacia él con libros de autógrafos, decididos a estropearle las vacaciones a Elizabeth Taylor. Yorgo contó que los pescadores que habían vuelto a puerto habían extendido el rumor de su llegada hacía unas horas.

—No sé por qué lo hago, pero confío en ti —dijo Angus Stern.

—Pues claro… soy muy de fiar. ¿Puedo beber un poco de tu copa?

Acto seguido Yorgo se inclinaba sobre la mesa con una botella. Por una fracción de segundo, las manos de ambos pelearon por la copa.

—Yo no he pedido eso.

—Invito a *pedimu*, invito. Para celebrar el Sputnik americano que nos sobrevuela esta noche.

Aparentaba veinticinco, pero Angus sabía que tenía cuarenta años. Angus Stern no quería oír hablar del Sputnik americano. Martha se levantó y besó a Yorgo en ambas mejillas. Un hombre apuesto y delgado que pasaba al lado de la mesa la reconoció.

—¡Martha Prochert! ¡Sabía que acabarías encontrando esta isla tan deliciosa!

—¡Lorrie, Lorrie, siéntate!

Pero antes de que se sentara, Martha besó a aquel hombre, a quien Angus consideraba el mayor pervertido que había conocido. Se suponía que Lawrence Monderhan era pintor, pero estaba en la isla no por la luz o en busca de escenas pintorescas, sino por la escuela naval. Yorgo invitó a Lorrie a una copa de vino y a un plato de aceitunas y Angus Stern supo que la velada había concluido.

—Tú, ¿con él? —le preguntó Lorrie con fingida incredulidad.

—¿Pasa algo? —replicó Angus Stern con genuina beligerancia.

—Angus es muy dulce —respondió ella a la primera pregunta.

—Sí, ya lo sé —dijo él, con lo que a Angus le pareció un tono de falsa familiaridad—. Pero ¿es tu tipo?

—Lo será. Ay, Lorrie, no te veía desde Nueva York y eso fue un infierno.

—Bueno, cariño, esto es el paraíso y no pienso marcharme nunca. Aquí le caigo bien hasta a la policía, ¿verdad, Yorgo?

Yorgo se toqueteó la hebilla del ancho cinturón.

—Se supone que eso me excita —le explicó Lorrie.

No solo se había echado a perder su velada de salvación, sino que Angus Stern supo que acabaría pagando él el vino. Lawrence Monderhan era justo el tipo de persona con el que ella no debía relacionarse. Había fascinado a Angus una semana o dos y Angus le había invitado muchas veces a cenar. Luego, en justa correspondencia, Lorrie le había invitado a una pequeña sesión en la montaña, al lado del cañón. Angus Stern pudo ver cómo los jóvenes marineros daban una paliza a Lawrence Monderhan hasta que fue incapaz de seguir abrazándolos.

—¡Nos adoran, sencillamente nos adoran! —gritó Lorrie dirigiéndose al puerto en general, y luego le dijo en tono confidencial a Martha—: ¿Sabes?, es la primera vez que soy popular en la escuela.

—En la escuela naval —añadió Angus Stern de forma innecesaria y con amargura.

Lorrie sujetó a Angus Stern por la muñeca y se la retorció para poder ver la hora… una costumbre que molestaba a Angus Stern desde siempre, pero sobre todo por la picadura de la avispa.

—¡Dios mío! Aparecerá en el cielo en cualquier momento. Vayamos con los Gearston. Seguro que le caerás muy bien a Sidney, Martha, ¿verdad, Angus?

—¿Van a dar otra fiesta?

—Otra fiesta, ¿estás loco? Hace días que Sidney no habla de otra cosa. ¿No le has oído perorar sobre «una nueva luz que inflamará las viejas constelaciones»? Todo el mundo, los de antes, estarán allí. Sidney lo llama «La Fiesta del Resurgimiento de la Observación de Satélites

Abajo con Spengler».

—Cualquier excusa es buena para emborracharse.

—Vamos, Angus —dijo Martha—, suena divertido.

—Ve tú a verlo. Yo ya no soporto a los Gearston.

—Eso es, Martha, ven a verlo. Deberías salir más, siempre tan protegida...

Antes de levantarse de la mesa, se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

—Pero te veré esta noche más tarde en casa, ¿verdad, Angus?

Su cara era muy bella, de eso no había duda, una cara delgada de niña que quería besar, que no quería que Lorrie se llevase. Decididamente, valía la pena.

—Claro.

Lo vio pasar por el cielo, una nueva estrella con una orgullosa cola, descarado, inocente y majestuoso y contuvo el aliento para que no se cayera. Se abrió paso por el antiguo zodiaco como un peregrino muy joven, por encima de los yates en calma, de las canciones del puerto, de las islas flotantes del mar Egeo e hizo que Angus Stern se sintiera orgulloso y nostálgico. Yorgo lo contempló con él, y también Savaz, que antes había sido carpintero pero ahora era agente inmobiliario y vendía casas blancas a los extranjeros. A Angus Stern le habría gustado verlo con alguien que hablase inglés.

De vuelta en casa estuvo mirando los dibujos del satélite en el *Herald Tribune*, para pasar el tiempo hasta que ella regresara. ¿Dónde se habría metido? Las fiestas de los Gearston nunca duraban tanto. Dos horas después, estaba furioso y quería mandar a todos a paseo, a los Gearstons, los Lorries, las Marthas, a toda esa hojarasca llevada por el viento. Peor que hojarasca: escoria. Era una locura mezclarse con esa gente. Fue andando sin rumbo hasta el mar. Las estrellas aún se veían brillantes y gigantescas, pero la noche había perdido su intenso azul regio. Una piel de naranja que alguien había cortado con mucho cuidado flotaba al lado de la plataforma de baño como un lirio de agua. Empezó a subir hacia la fortaleza porque necesitaba perspectiva. Necesitaba una vista despejada. Hacía ciento cuarenta años, unos

hombres valientes habían ganado su libertad. Quería plantarse en ese ambiente de disciplina y valor.

Pero no
pises mis zapatos de gamuza azul…

Corrió en dirección a las voces, sabiendo lo que encontraría, pero incapaz de contenerse. Los jóvenes griegos cantaban la canción en tono ebrio y golpeaban con el cinturón contra las rocas marcando el compás. Lorrie estaba desnudo bailando una extraña danza con Martha. Los marineros gritaron cuando él la arrancó brutalmente de su lado. La diversión que podían proporcionar los extranjeros no tenía límite. La tenía cogida del brazo; nunca la soltaría; bajó dando tumbos con ella por la pendiente, diciéndole que la quería. Se miraron en la plataforma de cemento, jadeantes.

—Has echado a perder una noche preciosa —dijo Martha—, pero lo pagarás. Ya va siendo hora de que empieces a pagar.

—¿Qué estás diciendo? ¡He pagado todo! Pagué la cena, voy a pagar tu maldito aborto, sois los mayores gorrones que me…

Ella sacó un fajo de billetes griegos de un bolsito de encaje y se lo llevó a los labios.

—No te creerías de verdad que estaba embarazada, ¿no?

—¡Dame eso!

Alargó la mano para coger el dinero, ella inclinó la cara y la mano le golpeó en la mandíbula.

—¡Ay, lo siento!

Ella no torció el gesto, sonrió igual que había hecho por la tarde. Él no quiso entenderlo, pero lo entendió.

—Eres igual que…

—¡Y tú!

El corazón le latía como las olas en una cueva. El cielo estaba tiñéndose de negro otra vez y la nueva estrella había desaparecido como una cometa que él hubiese soltado. Pero en la negrura se abrían puertas que él siempre había querido atravesar, toda su vida. Pero tenía

veintiocho años y al cabo de doce años tendría cuarenta. Pero enormes puertas se abrieron en el negro más intenso mientras ella se tumbaba en la plataforma como una paciente.

—Eso es, eso es, muy bien —susurró dolorida, mientras él la golpeaba con el puño hinchado una y otra vez.

he tenido muchas mascotas

papa es muy importante para el museo y a menudo lo envian a sitios muy lejanos a buscar cosas y plantas para que todo el mundo pueda estudiarlos a mama no le gusta cuando papa se marcha y dice ten cuidado ten cuidado pero papa le dice vamos vamos hasta que mama deja de llorar y el se marcha de todos modos no me importa donde vaya papa porque es muy importante para el museo y cuidan bien de el porque no quieren que le pase nada ademas siempre me trae algun juguete una vez me trajo una planta muy rara que tenia el tallo muy muy duro y cuando la puse al sol un tiempo salieron unas bolitas rojas que papa dijo que eran comestibles pero comi demasiadas y enferme una vez me trajo un pajaro que cantaba muy bien y mama tocaba musica muy bonita y el pajarito cantaba pero lo mate sin querer a papa no le importo demasiado y dijo que me traeria otra mascota para jugar cuando el museo lo mandara otra vez a alguna parte pronto mama volvio a ponerse triste y supe que papa iba a marcharse adios adios le dijo a todo el mundo y a mi me dijo no te preocupes y cuida de tu madre mama se quedo muy cerca de mi y dijo ten cuidado y por favor por favor escribeme y papa dijo si claro y no te preocupes

cuando papa se marcho mama me enseño una foto de papa y sus amigos en el periodico y una noticia donde decia lo importante que era y el sitio donde se suponia que iba a ir papa estuvo fuera mucho tiempo pero sabiamos que estaba bien por las cartas que enviaba

mama me conto que habia descubierto un sitio nuevo y que iba a volver pronto con mil cosas para el museo y tambien una mascota para mi yupi yupi pronto volvio papa y fuimos a recibirlo todo el mundo estaba alli policias guardias y gente muy importante y todos

vitorearon cuando papa salio y les estrecho la mano todos estamos muy orgullosos de usted un gran servicio a su pais que hara historia dijeron esa noche mama y papa salieron juntos pero antes de que se fuesen papa me conto que me habia traido una mascota pero que no podia darmela hasta que terminara con lo del museo gracias dije

me moria de impaciencia una noche papa llego a casa del trabajo y trajo una caja ven a ver lo que tengo dijo dejo la caja en el suelo y la abrio mama no pudo mirar aunque no la culpo porque papa habia llevado a casa unas mascotas muy feas ay llevatelas dijo papa por que has traido dos una es macho y la otra es hembra dijo papa ah dije yo jope nunca habia visto nada tan raro y tan peludo con una forma tan rara de cinco puntas pero mama se echo a llorar y papa dijo esta bien esta bien no nos los quedaremos y me dijo mira estas mascotas no son muy listas y no son muy buenas mascotas pero yo dije las quiero las quiero y tambien me eche a llorar y mama llorando y yo llorando y papa gritando armamos mucho ruido pero me sali con la mia papa se callo y dijo que tendria que darles de comer porque llevaban mucho tiempo sin comer y tendria que limpiar la jaula a menudo y que eran parte de un experimento en la caja estaban entrelazadas pero cuando meti la comida los dos corrieron a buscarla e hicieron ruidos muy raros y empezaron a pelear por la comida ja ja ja ja dije yo y tambien papa pero mama no quiso mirar despues me ocupe yo de ellas tres veces intentaron escapar pero las encontre y las meti en una jaula más grande una vez cuando estaba metiendo comida en la jaula intentaron pegar algo a mi tentaculo asi que los mate de un picotazo no pasa nada dijo papa tenemos muchos mas en el museo y me beso la herida con su otra boca AQUI HAY UN PLANETA LLENO DE ELLOS

Un niño raro con un martillo

Josh dejó con cuidado el cuchillo y el tenedor al lado del plato.

—Mamá —preguntó—, mamá, ¿a ti te gusta la primavera? Quiero decir, ¿te gusta?

La señora Eliezer notó los cálidos ojos fijos en ella y se inclinó para coger la mano de su hijo.

—Sí, *liebele*, me gusta la primavera, me gusta mucho.

—A mí también, mamá, pero es triste.

—¿Triste?

—Sí, porque las hojas del año anterior han muerto, y nadie se acuerda de ellas. Todo el mundo se alegra tanto por los brotes nuevos que se olvida de las hojas del año anterior.

—Es cierto, Josh, pero tú sí que te acuerdas. A lo mejor con eso es suficiente.

—Sí, mamá, supongo que es suficiente. Sí, es suficiente.

—Ahora termina de cenar.

Antes de levantarse de la mesa, preguntó:

—¿Puedo llevarme un poco de vinagre a mi cuarto, mamá?

—¿Vinagre? Pero ¿para qué, hijo mío?

—Me gustaría tener un poco en mi habitación. ¿Puedo, mamá?

—Llévatelo en una copita. Ten cuidado de no derramarlo.

«Mi hijo es un niño raro —pensó ella cuando lo oyó subir las escaleras—. Trece años y tan menudo, apenas come. Y tan callado. Y siempre solo, siempre solo. Y ahora se pasa las noches tallando madera». Había empezado tres semanas antes, cuando llevó esos maderos grandes a casa.

—¿Qué vas a hacer con esa madera, Josh? —le había preguntado

ella.

—Llevármela a mi cuarto, ¿puedo, mamá?

—Pues claro, pero ¿para qué la quieres, *mine liebele*?

—La voy a cepillar y pulir hasta que brille como el cristal. Luego la pintaré con…

—Está bien, *liebele* —había respondido ella.

Y ahora la primavera, las hojas y el vinagre. Es duro, muy duro no conocer a tu hijo, no entender a tu hijo. No está bien que un niño crezca tan solo. *Ach*, ojalá su padre estuviese todavía aquí. Él sabría qué hacer. Y el niño es muy valiente, tiene el *bar mitzvá* la semana que viene y ni siquiera está nervioso. El día anterior había hablado con él.

—La señora Katz me ha contado que su Israel está tan nervioso por su *bar mitzvá* que apenas puede dormir. ¿Tú también tienes miedo, mi *kasavitza*?[2]

—A veces, mamá, pero en general no. Me sé mi parte y, además, aún falta mucho.

—Pero si es el próximo *sabbat*.

—Bueno, para eso falta mucho, mamá. Tú siempre dices: «Nunca se sabe lo que nos deparará el mañana».

—Ay, tu padre habría estado muy orgulloso de verte en la sinagoga, recitando la Torá. Todos estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias, mamá —había respondido él.

Con un suspiro, la señora Eliezer se levantó de la mesa y empezó a fregar los platos.

—*Ach*, ya los lavaré mañana. Necesito un poco de aire fresco —dijo, casi en voz alta. En el patio trasero, los olores de la vida verde y nueva se mezclaron con sus pensamientos. Una luna cansada pendía sobre los árboles nacientes y la miró, apenas consciente de la belleza que la rodeaba—. Lo que sabe la luna —añadió en yidis, recordando lo que decía su madre—, lo que sabe la luna solo lo saben los niños. Solo los niños conocen las estrellas y saben de qué están hechas las nubes. Solo los niños pueden mirar una vela y decir que está cantando una canción. Solo los niños pueden ver unos pájaros y gritar: «¡Mira, todas las palomas tienen las patas rojas!». Y solo los niños pueden llorar por las

hojas muertas del año pasado y entristecerse por la primavera. Solo los niños. Solo los niños.

La señora Eliezer se sentó en una silla de jardín y se tapó la cara con las manos. Se sentía vieja y muy cansada. Balanceándose atrás y adelante, tarareó: «*Oif'n Pripichick, brent a firerle*»…[3]

Las lejanas campanas de la ciudad dieron las nueve; clonc, clonc, clonc: se oían los martillazos en la casa.

—¿Qué estará haciendo ahora mi niño con su martillo?, ¿qué estará haciendo ahora mi niño con su martillo? —tarareó con la misma melodía. Enseguida se quedó dormida.

Se estremeció. No entendía cómo había podido dormir tanto tiempo. Las cuatro. Se detuvo en la puerta de Josh antes de decidirse a entrar. La puerta parecía atascada cuando la empujó para abrirla. Fue a su cama y con un destello de espanto vio que no estaba en ella. Buscó desquiciada la lámpara de la mesilla. Entonces vio a Josh. Estaba colgado por una mano de una enorme cruz de madera que había clavado a la puerta. En la otra mano sostenía el martillo. Había muerto desangrado.

Comercio

Mientras bajaba sin hacer ruido las escaleras, no odiaba a su padre, mientras se escabullía por el vestíbulo a las tres de la mañana, Tony Francis no odiaba a su padre, mientras alargaba la mano como un halcón de caza hacia los pliegues del armario de la ropa, no sentía rencor por su padre, ni por su madre, ni por su infancia, ni por el colegio, ni siquiera por sus propios errores. La mano reparó en la cara suavidad de la chaqueta de cachemira de su padre, se hundió en uno de los bolsillos, exploró una vaciedad confinada, se retiró, se introdujo en el otro bolsillo, rebuscó y sacó las llaves del coche. Podía dejar en paz a su padre siempre que su padre lo dejara en paz a él. Aunque intentara fastidiarle, el doctor Stryker, a su callada manera, le había enseñado a Tony una dulce indiferencia, le había enseñado en los meses que había pasado en el hospital, y a última hora en la consulta, que daba igual lo que su padre pensara de él, daba igual, tenía la vida por delante. Y ya había pasado mucho tiempo desde la vez en que el jardinero lo había encontrado borracho, debatiéndose en el asiento delantero del Oldsmobile, con la puerta del garaje cerrada y el motor en marcha, y se había llevado a Tony a empujones al salón diciendo: «No lo entiendo, señor, un chico de dieciséis años, con todo el mundo a sus pies». Su padre no había querido enviar a Tony a un hospital, pero su madre había llorado, amenazado con abandonarse y humillarlo si eso era lo que tanto le preocupaba. ¿Es que no sabía que su hijo estaba enfermo? Cuando él aceptó enviar a Tony a un hospital, siempre que fuese a un hospital fuera de la ciudad, ella le lanzó su odio. ¿Acaso se avergonzaba de su propio hijo? Sí, maldita sea, sí. Pero cuando ella empezó a hacer las maletas, cedió.

—Muy bien, muy bien, llévalo donde coño quieras.

Lo llevó al doctor Stryker, que era muy conocido, y Stryker lo ingresó en el Instituto Allan Memorial de Psiquiatría, donde era difícil entrar porque tenía fama de ser uno de los mejores hospitales de ese tipo en el mundo y había una larga lista de espera. El instituto estaba en una mansión reconvertida, un regalo de lord y lady Allan del tiempo de la guerra, al estilo del Renacimiento italiano, construida en la ladera sur de Mount Royal. Empezaron a tratar a Tony con medicinas, charlas y electricidad. Lo cambiaron un poco, le hicieron un poco más feliz, le enseñaron a no preocuparse tanto. Hizo muchos amigos, lo cual era parte del tratamiento, mujeres a quienes sus maridos habían dejado por una camarera, madres traicionadas por sus hijos, chicos y chicas de su edad que no acababan de entender qué se esperaba de ellos. En uno de los bailes de terapia ocupacional, conoció a Nancy Spector.

—¿Has venido de visita? —le preguntó ella.

Y Tony confesó que no, que era un paciente.

Ella tenía diecinueve años y había empezado a susurrarle al oído con la lengua unos segundos después de que comenzaran a bailar. Una enfermera, a quien todos llamaban Melzie, se había acercado, la había cogido del brazo y le había preguntado en voz baja si no estaba un poco cansada para bailar, y se la había llevado al hospital. Eso había ocurrido en primavera, cuando los bailes se celebraban en el suelo de piedra de lo que debió de ser el invernadero de lady Allan. Él se había enamorado de Nancy al instante, el murmullo de su lengua en el oído le había producido un cosquilleo en la entrepierna y prometía satisfacer todas sus fantasías. Cuando se llevaron a Nancy, se sentó en la hierba y contempló las luces de la ciudad a sus pies y dudó de cuándo podría dejar ese lugar. Luego deambuló por detrás de los edificios, pendiente arriba, y se quedó debajo de las lilas en flor. Melzie vio que no estaba en el baile y fue a buscarlo. La vio llegar complacido, observando cómo los zapatos blancos chapoteaban en el césped oscuro, deseosa de hablar con él. Y habló mientras bajaban por la pendiente hasta el suelo de piedra y bailó con él cinco veces.

Su padre apenas le hablaba desde que había vuelto del hospital, pero

había aprendido a no preocuparse demasiado por eso. Además, ahora tenía algo muy importante en lo que pensar y ese algo era Nancy Spector, a quien había conocido aquella tarde en el Allan. No la había visto desde el baile y cuando se chocó con ella en el vestíbulo delante del busto de lord Allan, sintió el mismo profundo estremecimiento. Los dos iban a ver a sus respectivos médicos. Ella llegaba tarde y tuvo que darse prisa, pero dijo que le encantaría verlo y charlar sobre la Vieja Ruina, que es como llamaba al instituto. Esa noche no podía y al día siguiente por la noche tampoco, aunque, espera un segundo: ¿podría ir a verla esa noche a última hora o creía que no podría escaparse?

—Claro que podré —le dijo él con voz profunda, y quedaron en verse en una esquina.

Luego él fue a la consulta de Stryker, pero no le contó que había quedado con Nancy Spector.

Sostuvo la llave en la mano y balanceó el llavero de cuero como si fuese un pajarillo con el cuello roto. Bajó las escaleras hasta el sótano y fue al garaje, que olía a hojas y gasolina. Subió al Oldsmobile y notó la frialdad del asiento de cuero a través de los pantalones. Todo encajaba a la perfección, se sintió como un técnico experto. Al poner en marcha el motor, sonó como el obturador de una cámara cara. El ruido del motor reverberó en la estancia. Accionó el mando a distancia que abría las puertas del garaje y sacó el coche al patio trasero. ¿Qué más daba si su padre se enteraba? No era nada comparado con otras cosas que había hecho, como robar dinero del despacho del colegio o que le pillaran con su prima en el cuarto de baño. Además, solo iba a llevarse aquel cacharro unas horas, además, su padre había tenido mucho cuidado con él desde que había vuelto del hospital. Nancy Spector estaba a la vuelta de la esquina. Llevaba un jersey italiano de rayas y pantalones negros. Abrió la portezuela ella misma aunque Tony iba a apearse para abrírsela. De pronto se sintió cohibido cuando ella se acurrucó a su lado.

—Es genial ser rica, no poderosa, solo rica. No llevo sujetador, no soporto el sujetador en verano —dijo de un tirón.

Tony masculló que no pasaba nada, no supo qué responder. Mientras

iban hacia el centro, ella le dijo que le había gustado la primera vez que le había visto porque se parecía a Keats, aunque probablemente fuese más corpulento que Keats y confiaba en que también tuviese más salud que él. ¿Alguna vez había visto un retrato de Keats? Él respondió que no con la esperanza de que no le hiciese más preguntas porque, aunque el nombre le sonaba, no estaba seguro de qué había hecho Keats en la historia y no lo habían estudiado en el colegio. Luego le preguntó si le había dicho a su médico que había quedado con ella esa noche y él respondió desafiante que no, como si estuviese negando la acusación de un chivato. Pues bien, ella se lo había contado al suyo, que había dicho: «Nancy», no iba a decirle qué hacer y qué no, solo estaba allí para ayudarla a entender por qué debía o no hacerlo, para que pudiese tomar sus decisiones de manera más lúcida.

—Vamos a ver a esos pobres maricas desgraciados —dijo Nancy, y le pidió que fuese al Saint Moritz, en la esquina de Stanley con Ste. Catherine.

Aparcó el coche y cuando se apearon en la esquina iluminada, se sintió mucho más inseguro sin la protección del Oldsmobile. Ella repitió que no llevaba sujetador, aunque allí a nadie le importaría. Era un sitio grande y cromado, no había ni una sola mujer. Había hombres sentados al lado de la fuente o dentro, en grupos conspiratorios en torno a mesas de plástico laminado. Parecían usar mucho tónico capilar y todos tenían las sienes brillantes y mojadas. La mayoría estaban delgados, vestían pantalones ajustados con cinturón y muchos llevaban suéteres de cuello de pico sin camisa. Varios hombres saludaron a Nancy con la mano y ella les saludó amistosa. Le susurró a Tony que eran maricas de clase baja y que ningún marica de la Ivy League se pasaría por allí ni aunque lo mataran, pero que aun así eran maravillosos, eran su gente, guapos, tiernos, bordes y maravillosamente retorcidos. Mientras ella hablaba de esa manera tan extravagante, Tony no sabía qué hacer con las manos. Las metió con el puño apretado en los bolsillos, echándose hacia atrás para que el gesto resultase masculino. Dejó que sus manos rodearan el dolor de su entrepierna. Le habría gustado ser mayor y conocer algún sitio adonde llevarla. No, ya no la quería. Era, como

diría su madre, vulgar. Aun así, si él fuese un hombre, podría pasárselo bien esa noche. ¿Dónde podría llevarla, le creerían en un motel, tenía suficiente dinero? Nancy era casi tan alta como él. Llevaba el pelo largo. Tony pensó que no era un pelo para llevarlo largo, lo tenía un poco encrespado. Era delgada, tenía los dedos finos, había puesto cinta adhesiva en el anillo que llevaba en uno de ellos para que no se le cayera. Sus ojos eran negros, pequeños, y siempre estaban intentando clavarse en los de Tony, como si fuesen agujeros y los de ella ganchos, pero no le apetecía mirarla mucho. Ella los enfocó por encima de la taza de café y dijo que sería la mujer mayor y pecadora de su vida. Esperaba que él no la decepcionara diciéndole que no había reservado su virtud de dieciséis años para ella, dieciséis años era mucho tiempo. Cuando lo vio bajar dolido los ojos al oír el número dieciséis, dijo con dulzura que le costaba ser amable. Le rozó la mejilla.

—No me hagas caso, Tony, soy una bruja.

Ese gesto le infundió valor. Lo entendió como que iba a retroceder un poco y a renunciar a parte de su dominio para ser más una chica. Decidió contarle su historia, la de los problemas, la de que siempre había tenido la sensación de no ser el hijo que su padre quería, que esa sensación lo había empujado a hacer cosas verdaderamente estúpidas. Por ejemplo, el invierno anterior, cuando más se estaba esforzando en complacer a su padre, él llegó a casa una noche y llamó aparte a Tony con un guiño, le dio un paquete de condones Sheiks, le dijo que ya era un hombre, le dio las señas de un sitio donde le había concertado una cita y le dijo el nombre de la chica por la que tenía que preguntar y lo que tenía que hacer. Él había acudido el día señalado y lo había odiado por su frialdad. Después las cosas habían ido a peor y había acabado en el garaje con el motor en marcha, peleándose con el jardinero, sin querer matarse de verdad, pero decidido a castigarlos a todos. Se lo contó a Nancy, intentando no sonar demasiado joven, intentando presentarlo como un problema, que era como le habían dicho que debía verlo. Tenía la esperanza de que eso los dejase a la misma altura porque, al fin y al cabo, se habían conocido en un sitio donde se analizaban los problemas.

Le decepcionó la amargura de su voz cuando ella le respondió:

—Bienvenido al club, Tony, bienvenido al club.

Pero no dejó que le afectara demasiado porque se dijo a sí mismo que no podía esperar más de ella, sabiendo cuál era su problema. Cuando salieron del Saint Moritz, los mismos hombres la saludaron con la mano. Volvieron a sentarse en el cómodo automóvil. Esta vez él no intentó abrirle la puerta. Ella propuso que fuesen a dar un paseo en coche. Tony esperaba que no fuese muy largo, no quería salir perjudicado y le preocupaba que ella no se hubiese acurrucado a su lado como la primera vez. Tal vez no debería haberle contado nada, parecía haberla enfriado, pero ¿acaso no le había incitado ella cuando le rozó la mejilla? Melzie no habría reaccionado así. Recorrieron las arterias principales de Montreal. Nancy apoyó la cara contra la ventanilla, muy concentrada en la oscura ciudad que la rodeaba. Las calles estaban cambiando, por todas partes se veían adornos victorianos en el suelo. En cada esquina se veía el esqueleto medio tapado de un nuevo edificio de oficinas. La ciudad parecía orgullosa de volverse moderna, como si se hubiese convertido de pronto a una nueva teoría de la higiene que excluyera las piedras victorianas sucias por el tiempo. Nancy dijo que al cabo de diez años Sherbrooke Street parecería la Quinta Avenida. Luego sugirió que echaran un vistazo a la Vieja Ruina, su *alma mater*, al menos eso no iban a derribarlo.

Subió por Peel Street, orgulloso por el modo en que respondía el coche, y aparcó en Pine Avenue. Por encima de Pine se alzaba la ladera sur del monte Royal. Había unas escaleras de madera por las que se podía subir al mirador. Se apearon del coche, cruzaron la calle y empezaron a andar calle arriba entre los árboles en dirección a las escaleras. El instituto estaba a la izquierda y, cuando llegaron a su altura, se sentaron y se echaron a reír. Las torres del edificio italiano parecían siniestras e inquietantes. Nancy dijo que ellos eran viajeros medievales al borde de un bosque y que aquel era el castillo del enano cruel. Luego lo miraron en silencio. Tony pensó que era mayorcito para las bromas. Y no estaba interesado en las bromas, estaba buscando una oportunidad. Nancy se pasó la mano por el pelo y se quitó algo blanco

de encima de la frente.

—Siempre me dejan el pelo hecho un asco —dijo.

Tony sabía que se refería a la pasta que utilizaban para pegar los electrodos al cuero cabelludo para los electroshocks. Él también los había recibido.

—No se nota nada —dijo.

Juzgó que era el momento indicado, así que contuvo el aliento e intentó besarla porque se estaba haciendo tarde, pronto amanecería. Ella le dijo que era muy torpe pero muy dulce, y que le pondría las cosas fáciles. Dejó que sus manos aletearan sobre sus pequeños pechos y él tuvo su placer incluso antes de tocarle a ella el vientre. No sabía qué hacer. A ella no pareció importarle, volvió a remeterse el suéter de rayas en el pantalón y empezó a hablar. Él no la estaba escuchando. En realidad, estaba enfadado consigo mismo por no haber conseguido lo que quería. A sus pies la ciudad crecía y se enriquecía a cada semana que pasaba. Nancy empezó a hablar como una loca. Dijo que todo era una broma, una preciosa broma. El corazón de la ciudad no estaba allí, entre los nuevos edificios y las calles cada vez más anchas, el corazón de la ciudad estaba justo ahí, en el Allan, que con drogas y electricidad mantenía cuerdos a los hombres de negocios, apartaba a sus mujeres del suicidio y a sus hijos del odio, el hospital era el verdadero corazón de la ciudad, bombeando estabilidad, erecciones, orgasmos y sueño en aquellos miembros comerciales marchitos. Tony no la seguía, estaba demasiado sumido en la rabia. Se sentía estafado. Ella se volvió de repente.

—No me estás escuchando, aunque da igual.

Ella dijo que, como hacía una noche o una mañana preciosa, y como se parecía a Keats, iba a hacer algo por él que tal vez pudiera recordar. A lo mejor era la primera vez, al menos para eso. Se inclinó sobre su regazo y le dio un experto regalo con la boca y la lengua. Él estaba encantado y espantado, no solo por el placer, sino por adquirir una nueva dimensión de la experiencia, algo que podría recordar. Pronto la llevó de vuelta a la esquina. Estaba muy aislado de ella por aquel nuevo tesoro, le daba vueltas en la cabeza sin saber qué podría hacer con él.

Ella se apoyó en la ventanilla, acostumbrada al aislamiento, tarareando un fragmento de un cuarteto. Cuando se apeó, le dijo que estaba muy bien, de verdad, que todo iba de maravilla y que le diese recuerdos a todos los médicos que fuese conociendo y que, si los escuchaba, llegaría a ser mil veces mejor que el bueno de Keats. Él no supo si hablaba o no en broma.

Pasó bajo las puertas electrónicas del garaje, todo seguía funcionando a la perfección. Cuando volvió a casa, metió la mano en el armario de la ropa del vestíbulo. Esta vez como una paloma que vuelve a casa con un mensaje, dejó las llaves en el bolsillo de cachemira y, al hacerlo, experimentó una extraña y agradable sensación de lealtad; en cierto modo, tenía la impresión de haber cumplido. Al subir las escaleras en dirección a su cuarto, se recordó tumbado en la ladera del monte Royal, con la cara de la mujer en su regazo. Se metió en la cama y se quedó tumbado de espaldas con una sonrisa. Había encontrado un uso para su nuevo tesoro. Por fin, su padre y él tendrían algo de lo que charlar y bromear.

Epílogo

Cuando entrevistaron a Leonard Cohen a propósito de la publicación de *El juego favorito* en 1963, se aseguró de aclarar que esa no era su primera novela, dando a entender que había una novela anterior a la que valía la pena aludir, aunque no se hubiese publicado. Dicha novela, además de una serie de relatos y de obras de teatro, está en el archivo Leonard Cohen de la Universidad de Toronto, y se publica aquí por primera vez.

Estas obras tempranas destacan por varias razones. En ellas vemos surgir a Leonard Cohen como narrador, con protagonistas que casi parecen ser un *alter ego* del autor, una técnica que vuelve a aparecer en su obra posterior. Encontramos a personajes que se descubren a sí mismos y revelan demonios interiores bajo una luz hiriente y casi brutal, y que emplean la ironía y el humor. Y, de principio a fin, el lector halla exploraciones tempranas sobre temas que interesarán al autor durante toda su vida artística: las dimensiones sagradas y profanas del deseo sexual; el anhelo de la mujer ideal, capaz de un amor liberador; la búsqueda de la libertad en un mundo lleno de limitaciones y cortapisas; la dificultad —e incluso la incapacidad— de comprometerse; los sentimientos de alienación; el temor que surge de una sensación de falta de valía unida a la aspiración a lo trascendente y lo bello.

El manuscrito se divide en partes: la primera novela, inédita, de Leonard Cohen, titulada *Un ballet de leprosos*; quince relatos y un guion titulado *Comercio*.

El autor escribió la novela *Un ballet de leprosos* en la casa donde pasó su infancia en Belmont Avenue, en Montreal. Algunas cartas de su

archivo indican que la escribió entre 1956 y 1957. Hay cuatro borradores de esta novela inédita. En contra de lo que cabría esperar, el segundo borrador es la versión más completa y la que hemos reproducido aquí, aunque como la última página había sido arrancada, para reemplazarla transcribí la última página del tercer borrador.

En la segunda parte del libro, se incluyen los quince relatos ordenados según el lugar en que fueron escritos. Empieza con «San Jig», «Muy bien, Herb, muy bien, Flo» y «Señales», escritos todos en la casa en que el autor pasó su infancia. El cuarto relato, «Polly», lo escribió entre septiembre de 1956 y la primavera de 1957, cuando, con veintidós años, comenzó sus estudios de posgrado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, y vivía en la International House ubicada en Riverside Drive. El quinto y el sexto relato, «Cien trajes de Rusia» y «Ceremonias», los escribió entre 1957 y 1958, cuando vivía en Mountain Street, en el centro de Montreal.

El séptimo cuento, «Los episodios del señor Euemer», data de esa misma época, aunque la versión que se conserva en el archivo tiene un título distinto: «El matrimonio de la Virgen». El octavo, «El ritual del afeitado», fue escrito en Montreal en 1958, aunque no se especifica el lugar donde vivía. Como los mismos personajes, el señor y la señora Euemer, aparecen en el séptimo, el octavo y el noveno relato, he preferido incluirlos consecutivamente. Otro borrador de este cuento en el archivo lleva por título «Barberos y amantes». Leonard comentó que había escrito el noveno cuento, «Canción de cuna», en Mountain Street, así que podemos deducir que tal vez ideara las historias en las que aparecen esos personajes en el mismo lugar entre 1957 y 1958. Los dos cuentos siguientes, «Una semana es mucho tiempo» y «El corazón de gramola», también fueron redactados en Mountain Street.

Cohen escribió el duodécimo relato, «¿Qué David?», en la isla de Hydra, en Grecia, en 1960, y en los primeros borradores se titula: «Diario de un libertino de Montreal». Es posible que el decimotercero, «Relato en una isla griega», también viera la luz en 1960, en Hydra.

El decimocuarto relato destaca por su estilo hebreo: Leonard Cohen lo escribió sin título, sin letras mayúsculas, sin signos de puntuación ni

apóstrofes, con solo unos pocos espacios entre el final de una frase y el inicio de la siguiente, sugiriéndole al lector una puntuación invisible. Según la tradición judía, a la que recurrió para titular cada uno de sus quince salmos en *El libro de la misericordia*, utilizó las primeras palabras de este relato como título: «he tenido muchas mascotas». Esta historia, así como la decimoquinta y última, «Un niño raro con un martillo», pudo haberse escrito en cualquier lugar y en cualquier momento entre 1956 y 1960.

La tercera y última parte del manuscrito es un guion, «Comercio», redactado entre 1957 y 1958, cuando Leonard vivía en Mountain Street, en el centro de Montreal. A juzgar por un intercambio de correspondencia de 1961, «Comercio» despertó el interés de Robert Weaver, productor de la Canadian Broadcasting Corporation, pero no queda claro qué ocurrió después.

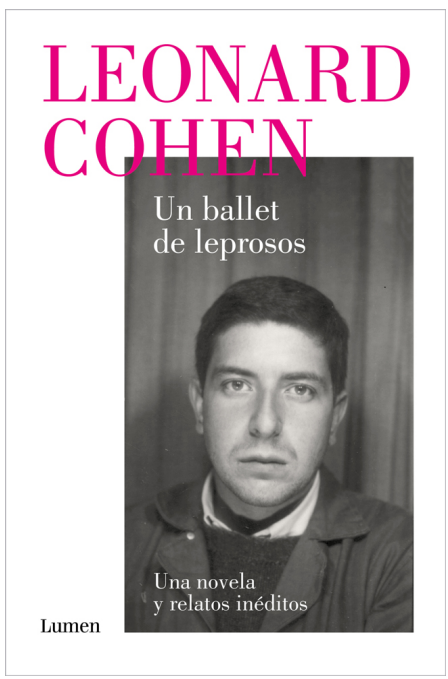
A partir de las cartas recogidas en el archivo de Leonard Cohen, sabemos que intentó publicar estas obras en diversas ocasiones. Aunque el rechazo forme parte de la carrera de muchos escritores jóvenes, en su caso es desconcertante, dado el éxito de sus primeros libros de poemas: *Comparemos mitologías* (1956) y *La caja de especias de la Tierra* (1961), recopilaciones que en cierto sentido enmarcan las obras incluidas en este volumen. Estas obras inéditas hasta ahora abren una ventana única al arte temprano de Leonard Cohen.

Alexandra Pleshoyano
Sainte Catherine de Hatley (Quebec)

LEONARD COHEN INÉDITO.

La esperada novela y los relatos de uno de los grandes iconos del siglo XX: una puerta de entrada privilegiada para descifrar a un hombre fascinante.

«Su escritura captura el espléndido lirismo que tanto amamos en sus canciones, así como una inocencia juvenil, una picardía y una crudeza que no me esperaba. ¡Es tan increíble ver dónde comenzó todo!».
Ottessa Moshfegh, *CNN*



Un ballet de leprosos es el título de una novela inédita que Leonard Cohen escribió con poco más de veinte años, mucho antes de que su talento se plasmara en más de veinte álbumes y seis premios Grammy y alcanzara una fama mundial. Narra la historia de un joven cuya vida sufre un trastorno irremediable cuando se ve obligado a acoger a su abuelo, a quien no conoce y del que se encariña a pesar de su carácter tóxico e indomable. Brillante, incómoda y provocadora, Cohen consideraba que esta novela sarcástica y despiadada era la mejor que había escrito.

Junto a ella se publican también por primera vez varios cuentos y un guion escritos en su primera juventud y que giran en torno la vergüenza, la rabia, el deseo sexual o el anhelo, e indagan en los demonios de cada uno de sus personajes, en los que a menudo descubrimos a un álter ego del propio autor. Un libro que nos revela al gran artista y al genio visceral como nunca lo habíamos visto.

La crítica ha dicho:

«El libro desvela destellos tempranos de su inimitable visión artística: íntima pero distante, atravesada por la vulnerabilidad aun en su aspiración a la sabiduría».
Nathan Goldman, *The New York Times*

«Una recopilación fascinante de su narrativa temprana, en la que ya están presentes los motivos y preocupaciones que poblaron su música. [...] Una indagación profunda sobre los límites de la franqueza y la crueldad».
Tim Adams, *The Guardian*

«Reflexiva, algo amarga y con un gran sentido del humor, la narrativa inédita de este gran músico se lee como la obra de un joven Saul Bellow, [...] como un regalo inesperado de un amigo excepcional al que

ya creíamos haber enterrado».
Christian Lorentzen, *The Telegraph*

«Una exploración existencial de la violencia y la belleza, el amor y la crueldad, la obsesión y la renuncia. [...] Un mapa de ruta para las décadas posteriores».
Robert J. Wieserma, *Toronto Star*

«Leonard Cohen es tres escritores diferentes que son el mismo poeta; sus obras pueden estar en verso, en prosa o dentro de una canción, pero siempre logran lo que consigue un buen poema: transformar las palabras en un encantamiento».
Benjamín Prado, *El Mundo*

«Hay poca, poquísima gente que pueda ocupar el lugar que habita Cohen. Es nuestra Mary Shelley, nuestro lord Byron».
Bono

Leonard Cohen nació en Montreal en 1934 y falleció en Los Ángeles en noviembre de 2016. Poeta, novelista, músico y cantante, este hombre polifacético supo reflejar las emociones de más de una generación de mujeres y hombres que buscaban en su obra aliento y consuelo, y en 2011 se le concedió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Cohen grabó más de veinte discos, entre ellos clásicos como *Songs of Leonard Cohen* y *Songs From a Room*. Su carrera literaria empezó en 1956 con la publicación de su primer libro de poesía, *Let Us Compare Mythologies*. Lumen ha editado su obra poética más conocida, *Libro del anhelo* (2006), sus dos novelas, *El juego favorito* (2017) y *Hermosos perdedores* (2017), y la recopilación de su narrativa incluida en *Un ballet de leprosos*. Una novela y relatos inéditos (2023). Próximamente verán la luz sendos volúmenes con sus cartas, poemas y notas inéditas.

Título original: *A Ballet of Lepers*

Primera edición: marzo de 2023

© 2022, Old Ideas, LLC
Todos los derechos reservados
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Miguel Temprano García, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Fotografía de portada: © Cedida por los herederos de Leonard Cohen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2452-5

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] «Lejía». *(N. del T.)*

[2] «Guapísimo». *(N. del T.)*

[3] Canción yidis: «En el hogar se enciende un fuego...». *(N. del T.)*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Un ballet de leprosos

Un ballet de leprosos

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX
- Capítulo X
- Capítulo XI
- Capítulo XII
- Capítulo XIII
- Capítulo XIV
- Capítulo XV
- Capítulo XVI
- Capítulo XVII

Relatos

- San Jig
- Muy bien, Herb, muy bien, Flo
- Señales

Polly

Cien trajes de Rusia

Ceremonias

Los episodios del señor Euemer

El Ritual del Afeitado

Canción de cuna

Una semana es mucho tiempo

El corazón de gramola

¿Qué David?

Relato en una isla griega

he tenido muchas mascotas

Un niño raro con un martillo

Comercio

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Leonard Cohen

Créditos

Notas